



La extraordinaria historia de Mowgli, el niño indio educado y criado por una pareja de lobos, junto con los lobeznos de ésta. Mowgli aprenderá a vivir de la caza y, poco a poco, se instruirá en todos los ardides para sobrevivir en una naturaleza hostil, donde rige la ley del más fuerte. Asimismo, conocerá y llegará a ser amigo de varios de los animales que pueblan su territorio.

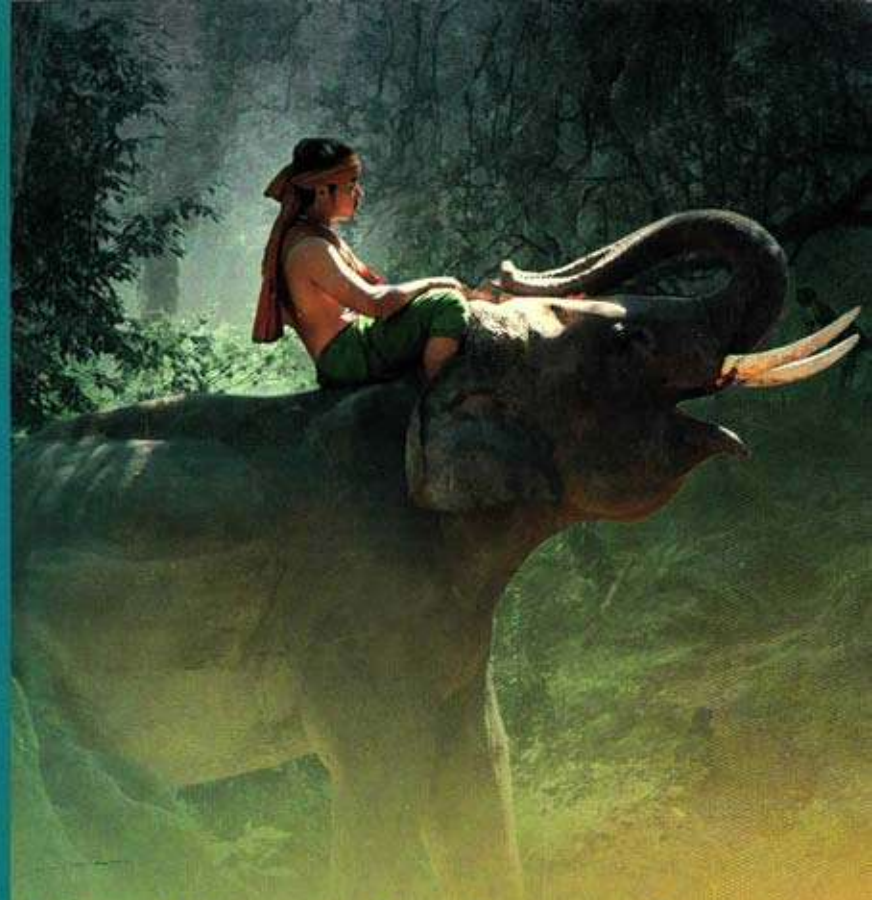
Rudyard Kipling nació en Bombay, India, en 1865. Como muchos niños ingleses cuya familia vivía en India, tuvo una niñera nativa que lo introdujo en la cultura y en la tradición del país. Considerado como el gran cantor del Imperio Británico, sus obras derraman simpatía por las "virtudes" que sirvieron para construir aquel imperio. Kipling exaltó en sus obras el sentimiento de orgullo y de fe en la raza, que llegó a ser, con el nombre de "imperialismo", el sentimiento público de Gran Bretaña. En 1907 recibió el Premio Nobel de Literatura por "su poderosa capacidad de observación, su imaginación llena de originalidad, la virilidad de sus ideas y su notable talento de narrador".

CODIGO 20656

ISBN 978-956-12-3211-2



9 789561 232112



El libro de la selva

RUDYARD KIPLING



EL LIBRO DE LA SELVA

(EL LIBRO DE LAS TIERRAS VÍRGENES)

RUDYARD KIPLING

ILUSTRACIONES DEL INTERIOR
RAÚL DELGADO

ZIG-ZAG

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	7
LOS HERMANOS DE MOWGLI	11
LA CAZA DE KAA	33
DE CÓMO VINO EL MIEDO	58
¡AL TIGRE! ¡AL TIGRE!	74
LA SELVA INVASORA	88
LOS PERROS JAROS	109
EL ANKUS DEL REY	130
CORRETEOS PRIMAVERALES	145

LOS HERMANOS DE MOWGLI

Eran las siete de una calurosa tarde en los cerros de Seeonee, cuando papá Lobo empezaba a despertar de su siesta. Se rascó, bostezó y estiró las patas. Mamá Loba estaba echada con sus cuatro juguetones y pequeños lobos, mientras la luna brillaba a la entrada de la caverna donde todos ellos vivían.

—¡Augr! —dijo el lobo padre—, ya es hora de volver a cazar.

Iba a tirarse por la ladera cuando una sombra, no muy voluminosa y de gruesa cola, atravesó el umbral y exclamó con una voz quejumbrosa:

—¡Buena suerte, Jefe de los lobos, para ti y para tus hijos!
¡Que les crezcan dientes fuertes y que jamás se les olvide lo que es el hambre en este mundo!

El que hablaba era el chacal (Tabaqui, el goloso). Los lobos en la India lo desprecian, porque es un chismoso y se alimenta de desperdicios. Pero aunque lo desdeñan, le tiene mucho miedo, porque es propenso a perder la cabeza y entonces muerde todo lo que encuentra en su camino.

—Bueno, entra y busca —dijo papá Lobo—, pero te advierto que aquí no hay comida.

—Para un lobo no —contestó Tabaqui—, pero para un pobre como yo hasta un hueso puede ser un exquisito banquete.

¿Quiénes somos nosotros, los Gidur-log (el Pueblo de los Chacales), para andar escogiendo?

Rápidamente se dirigió hacia el fondo de la caverna, donde encontró un hueso de ciervo con restos de carne, y se puso a roerlo alegremente.

—Muchísimas gracias por la comida, estaba muy rica —dijo relamiéndose, y luego agregó con aire de despecho—: Shere Khan, el Grande, ha cambiado de cazadero. Durante la próxima luna cazará, según me ha dicho, en estos cerros.

—No tiene ningún derecho a eso —protestó enojado papá Lobo—. Según la Ley de la Selva, no puede cambiar de lugar sin advertirlo debidamente. Va a asustar toda la caza en quince kilómetros a la redonda, y yo..., yo tendré que trabajar doble en esos casos.

—Por algo su madre le llamó Lungri (el Cojo) —dijo mamá Loba en voz baja—; es cojo de nacimiento. Por eso no ha podido matar nunca más que ganado. Ahora los campesinos de Waingunga lo persiguen, y se ha venido aquí a molestar a los nuestros. Revolverán la Selva en busca de él cuando ya esté lejos, pero nosotros y nuestros hijos tendremos que huir cuando enciendan fuego a la maleza. ¡Te aseguro que le estamos muy agradecidos a Shere Khan!

—¿Quieres que se lo diga? —dijo Tabaqui.

—¡Fuera de aquí! —replicó enfadado papá Lobo—. ¡Fuera de aquí! ¡Ándate a cazar con tu amo! Ya has hablado bastante por esta noche.

—Ya me voy —respondió suavemente Tabaqui—. Desde aquí se oye a Shere Khan allí abajo entre todos esos árboles. Veo que no era necesario que yo les trajera hasta acá la noticia.

Papá Lobo se puso a escuchar. En el valle que descendía hasta el río oyó un seco, rabioso y pérfido lamento de un tigre que, siempre que no ha podido capturar ni una sola presa, pierde todo pudor y no le importa que toda la Selva se entere.

—¡Imbécil! —exclamó papá Lobo—. ¡Qué manera de comenzar

el trabajo metiendo semejante ruido! ¿Se imaginará que nuestros ciervos son como sus gordos bueyes de Waingunga?

—¡Chiss! No son bueyes ni ciervos lo que caza esta noche —contestó mamá Loba—. Lo que busca es al Hombre.

—¡Al Hombre! —exclamó papá Lobo, mostrando la doble fila de blanquísimos dientes—. ¡Faug! ¿Acaso no hay suficientes escarabajos y ranas en los estanques, que ahora se le ocurre comer carne humana? ¡Y además en nuestras tierras!

La Ley de la Selva prohíbe a toda fiera comer al hombre, ya que toda matanza humana significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos, montados en elefantes y armados de fusiles. Entonces a todo el mundo en la Selva le tocaría sufrir. Dicen también (y es cierto) que los devoradores de hombres se vuelven sarnosos y pierden los dientes.

El ronquido se fue haciendo cada vez más intenso y terminó, al fin, en el ¡Aaar! a plena voz que lanza el tigre en el momento que ataca.

Se oyó entonces un aullido lanzado por Shere Khan.

—Falló el tiro —dijo mamá Loba—. ¿Qué ocurre?

Papá Lobo corrió hacia fuera y a unos pocos pasos oyó a Shere Khan murmurando y gruñendo furiosamente, mientras se revolcaba en la maleza.

A ese estúpido se le ha ocurrido nada menos que saltar por encima del fuego de unos leñadores, y se le han quemado las patas —replicó papá Lobo gruñendo con mal humor—. Tabaqui está allí con él.

—Algo sube por el cerro —observó mamá Loba enderezando una oreja—. Prepárate.

—¡Un hombre! —exclamó papá Lobo con disgusto—. Un cachorro humano. ¡Mira!

Frente a frente de él, apoyándose sobre una rama baja, se erguía, completamente desnudo, un niño moreno que apenas sabía

andar: la cosa más tierna y pequeña que jamás se había presentado en la caverna de un lobo. Miró a éste cara a cara, y se rió.

—¿Es esto un cachorro de hombre? —preguntó curiosamente mamá Loba—. Nunca he visto ninguno; tráelo.

Papá Lobo estaba acostumbrado a mover de un lado a otro a sus propios cachorros, por lo que sin grandes esfuerzos tomó cuidadosamente al niño entre sus dientes, y sin daño alguno lo acomodó junto a sus pequeños lobos.

—¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo!... Y... ¡qué atrevido! —dijo con dulzura mamá Loba. El niño se abrió paso por entre los cachorros para arrimarse al calor de la piel—. ¡Ajá! Ahora come con los demás. Así que éste es un cachorro de hombre, ¿eh? Pues a ver si ha habido alguna vez lobo que pudiera vanagloriarse de contar con uno que estuviera entre sus hijos.

—De eso he oído hablar en varias ocasiones, pero nunca refiriéndose a nuestra manada ni a mis tiempos —contestó papá Lobo—. Está completamente desprovisto de pelos, y bastaría que lo tocara con el pie para matarlo. Pero observa: nos está mirando y ni siquiera tiene miedo.

El resplandor de la luna que penetraba por la boca de la caverna quedó interceptado, de pronto, por la enorme cabeza cuadrada y por parte del pecho de Shere Khan, que se asomaba por la entrada. Tabaquí, detrás de él, le decía con voz chillona:

—¡Señor, señor, se ha metido aquí!

—Shere Khan ¡qué honor su visita! —dijo papá Lobo, mientras sus iracundos ojos lo delataban—. ¿Qué desea, Shere Khan?

—Mi presa. Un cachorro humano ha pasado por aquí. Sus padres han huido. Dámelo.

—Los lobos son un pueblo libre —dijo papá Lobo—. Obedecen a las órdenes del Jefe de su manada, y no a las de un pintarrajeado cazador de reses como tú. El cachorro de hombre es nuestro..., para matarlo si se nos antoja.

—¡Si se nos antoja! ¡Si se nos antoja! ¿Qué es eso de “si se nos antoja”? ¡Por el toro que maté, que es cosa de preguntar hasta cuándo he de estar oliendo su perruna guarida, para obtener lo que justamente se me debe! ¡Soy yo, Shere Khan, el que les habla!

El rugido del tigre sonó estruendosamente por toda la caverna. Mamá Loba se separó de sus pequeños lobos y se adelantó, fijando en los llameantes ojos de Shere Khan los suyos, semejantes a dos verdes lunas brillando en la oscuridad.

—Y soy yo, Raksha (el demonio), quien te contesta. El cachorro humano es mío, Lungri, mío y muy mío. No se le matará. Vivirá para correr junto con nuestra manada y para cazar con ella; y, al fin y al cabo, mire, usted, señor cazador de desnudos cachorritos..., devorador de ranas..., matador de peces...; al fin y al cabo, él será quien, a su vez, le cace. Así que ahora apártese, o por el sambhur que maté, le aseguro, fiera malvada de estas selvas, que va a volver al regazo de su madre más cojo aún que al venir al mundo. ¡Lárguese!

Shere Khan hubiera desafiado a papá Lobo, pero no podía resistirse contra mamá Loba, porque sabía que en el lugar en que estaban, todas las ventajas eran para ella, y que lucharía hasta morir. Se retiró, pues, refunfuñando de la boca de la caverna, y cuando se vio libre, gritó:

—¡Cada perro ladra en su propia guarida! Ya veremos lo que dice la manada respecto a eso de criar cachorros humanos. El cachorro es mío, y al fin vendrá a parar a mis dientes, ¡ladrones!

Mamá Loba se dejó caer jadeante entre sus hijos, y papá Lobo le habló gravemente:

—Hay mucho de verdad en lo que ha hablado Shere Khan. Es necesario que la manada conozca a ese cachorro. ¿Todavía quieres guardártelo, mamá?

—¡Guardarlo! —contestó ella suspirando—. Desnudo vino, de noche, solo y hambriento, y, sin embargo, no tenía miedo. Mira:

ha echado ya a un lado a uno de mis hijos. ¡Y ese carnicero cojo lo habría querido matar y luego escaparse al Waingunga, mientras los campesinos, en venganza, vendrían aquí a maldecir nuestras guaridas! ¡Guardarlo! ¡Por supuesto que lo guardaré! Acuéstate quietecito, renacuajo. Ya llegará el día, Mowgli (porque Mowgli, la rana, le llamaré de ahora en adelante), en que no sea él cazado por Shere Khan, sino quien le cace a él.

—Pero ¿qué va a decir la manada? —exclamó papá Lobo.

La Ley de la Selva, prescribe terminantemente que cualquier lobo, al casarse, puede retirarse de la manada a la que pertenece; pero que a penas los cachorros puedan mantenerse en pie debe llevarlos al Consejo de la manada, con el fin de que los demás lobos puedan identificarlos. Después de esto los cachorros quedan en libertad, y mientras éstos no hayan matado el primer ciervo, no hay excusa para que un lobo mayor mate a alguno de ellos. En esos casos, el asesino es castigado con la pena de muerte.

Esperó papá Lobo a que sus cachorros pudieran correr un poco, y entonces los tomó junto con Mowgli y con mamá Loba y se los llevó al Consejo de la Peña. Akela, el enorme y gris Lobo Solitario, estaba echado sobre su roca y más abajo se sentaban unos cuarenta lobos de todos los tamaños y colores. El Lobo Solitario los guiaba a todos desde hacia un año.

Poco se habló en la reunión de la Peña. Los pequeños lobos eran observados cuidadosamente por el resto de la manada, mientras desde su roca Akela gritaba: “Ya saben lo que dice la Ley, ya lo saben. ¡Miren bien, lobos!” Y las ansiosas madres repetían: “¡Miren! ¡Miren bien, lobos!”

Al fin (y en aquel momento se le erizaron a mamá Loba todos los pelos del cuello), papá Lobo empujó a “Mowgli, la rana”, como le llamaban, hacia el centro, donde se sentó, riendo y jugando con unas piedras que brillaban con la luz de la luna.

Akela, sin levantar la cabeza que tenía puesta sobre las patas, continuó con su monótono grito: “¡Miren bien!” Sorpresivamente un sordo rugido se elevó por detrás de las rocas; era la voz de Shere Khan, que gritaba a su vez:

—El cachorro es mío, dénmelo. ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Akela no movía ni las orejas. No hizo más que decir:

—¡Miren bien, lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con los mandatos de cualquiera que no sea el mismo Pueblo? ¡Mírenlo bien!

Se alzó un coro de gruñidos, y un lobo joven, de unos cuatro años, tomó la pregunta de Shere Khan, dirigiéndose otra vez a Akela:

—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro humano?

Ahora bien: la Ley de la Selva prescribe que en caso de que en la manada se disputa el derecho de admisión de un cachorro, deben defenderlo, por lo menos, dos de los miembros de ésta, que no sean su padre o su madre.

—¿Quién habla a favor de este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién, que pertenezca al Pueblo Libre, habla a favor suyo?

Nadie contestó, y mamá Loba se preparó para lo que ya sabía ella que sería su última pelea, si al terreno de la lucha era necesario llegar.

Entonces, Baloo, el soñoliento oso pardo que enseña a los pequeños lobos la Ley de la Selva, el único animal de otra especie a quien se le permite tomar parte en el Consejo de la manada, el viejo Baloo que puede ir y venir por donde se le antoje, se levantó en dos patas y gruñó:

—¿El cachorro humano?... —dijo—. Yo hablo a favor del cachorro. Ningún mal puede hacernos. No tengo el don de la palabra, pero digo la verdad. Déjenlo correr con la manada, y considérenlo como uno de tantos. Yo mismo lo enseñaré.

—Necesitamos ahora que hable otro —dijo Akela—. Baloo lo ha hecho ya, y él es el maestro de nuestros pequeños lobos. ¿Quién toma la palabra además de él?

Una sombra negra se deslizó hacia el círculo. Era Bagheera, la pantera negra.

—¡Akela —dijo como susurrando— y ustedes, Pueblo Libre! Yo no tengo derecho a mezclarme en su asamblea; pero la Ley de la Selva dice que si surge alguna duda respecto a un nuevo cachorro, que no sea relativa a alguna muerte, su vida se puede comprar a un precio estipulado. Y la Ley no dice quién puede o no pagar este precio. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Bien, bien! —exclamaron los lobos más jóvenes, hambrientos siempre—. ¡Que se oiga a Bagheera! El cachorro puede comprarse por un precio estipulado. La Ley lo dice.

—Como sé que no tengo derecho a hablar aquí, les pido permiso para hacerlo.

—¡Habla, pues! —gritaron a la vez unas veinte voces.

—Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Por otra parte, les puede ser muy útil en la caza cuando sea mayor. Baloo ha hablado ya en su defensa. Ahora yo además les ofrezco un toro, gordo y recién cazado, si aceptan al cachorro humano, de acuerdo con lo que dice la Ley. ¿Alguna objeción?

Se levantó un clamor de docenas de voces que decían:

—¡Qué importa!, ya se morirá cuando lleguen las lluvias del invierno. Ya le abrasarán vivo los rayos del sol. ¿En qué puede perjudicarnos una rana desnuda como ésta? Aceptémoslo.

Y entonces se oyó el profundo gruñido de Akela, que advertía:

—¡Mírenlo bien, mírenlo bien, lobos!

Tan entretenido estaba Mowgli en jugar con las piedras, que no se daba cuenta de que uno a uno se le iban acercando para mirarlo atentamente. Al fin descendieron todos del cerro, en busca

del toro muerto, excepto Akela, Bagheera, Baloo y los lobos que adoptaron a Mowgli.

Shere Khan rugía aún entre las sombras de la noche, rabioso por no haber logrado que le entregaran a Mowgli.

—¡Sí! ¡Ruge, ruge cuanto quieras! —le dijo Bagheera en sus propias barbas—: o yo no sé nada de lo que son los hombres, o llegará el día en que esa cosa que está ahí tan desnuda te hará rugir en un tono muy distinto.

—Lo hemos hecho bien —observó Akela—. Los hombres y sus cachorros saben mucho. Con el tiempo podría ayudarnos. —Y añadió dirigiéndose a papá Lobo—: Llévatelo y adiestralo, enseñándole la pertenencia al Pueblo Libre.

Y así fue como Mowgli entró a formar parte de la manada de los lobos de Seonee, siendo un toro el rescate pagado por su vida y Baloo su defensor.

* * *

Alrededor de diez años más tarde Mowgli todavía llevaba una vida alegre y entretenida entre los lobos. Papá Lobo le enseñó su oficio y todo lo que en la selva había, hasta que cada crujido bajo la hierba; cada sople del tibio aire de la noche; cada nota lanzada por el búho sobre su cabeza; cada ruido que producen los murciélagos, arañando, al descansar por un momento en un árbol; cada rumor que causa un pez al saltar en una balsa, significaron para él tanto como el trabajo de la oficina significa para el hombre de negocios. Ocupó también su puesto en el Consejo de la Peña, al reunirse la manada, y allí descubrió que mirando fijamente a un lobo le obligaba a bajar los ojos, lo que después hacía incluso por mera diversión. Otras veces arrancaba de la piel de sus amigos largas espinas que se les clavaban en ella. Descendía también por la ladera del cerro, en plena noche,

hasta llegar a las tierras de cultivo, y miraba curiosamente a los campesinos en sus chozas; pero desconfiaba de ellos, porque Bagheera le había enseñado lo que eran las trampas. En cuanto tuvo edad suficiente para hacerse cargo de las cosas, Bagheera le enseñó que se abstuviera de poner mano en cabeza alguna de ganado, porque su propia vida había sido rescatada mediante la entrega de un toro.

Una o dos veces le dijo mamá Loba que desconfiara de Shere Khan, y que un día u otro tendría que matarlo; pero a diferencia de lo que hubiera hecho un pequeño lobo recordando ese consejo a cada momento, Mowgli, como niño que era, lo olvidó por completo...

Continuamente Shere Khan le salía al paso, porque como Akela estaba envejeciendo y perdía fuerzas cada día, el tigre cojo había llegado a tener gran amistad con los lobos más jóvenes de la manada que le seguían para recoger sus sobras, cosa que Akela no hubiera tolerado si se hubiera atrevido a ejercer fuertemente su autoridad.

En tales ocasiones, Shere Khan los halagaba manifestándose sorprendido de que tan jóvenes y excelentes cazadores se dejaran guiar por un lobo que estaba ya medio muerto y por un cachorro humano.

—Me han contado por ahí —les decía Shere Khan— que no se atreven a mirar a los ojos al hombrequito cuando se reúnen en el Consejo.

Y los lobos le contestaban gruñiendo, erizando el pelo. Bagheera, que parecía estar en todas partes, viéndolo y oyéndolo todo, llegó a saber algo de esto, y más de una vez le explicó a Mowgli, en pocas palabras, que Shere Khan algún día lo mataría; a lo que Mowgli contestaba riéndose:

—Cuento con la manada y contigo; y hasta Baloo, con toda su pereza, no dejaría de dar algunos golpes para defenderme. ¿De qué preocuparme entonces?

Un día de muchísimo calor, a Bagheera se le ocurrió una nueva idea, nacida de algo que había oído, y dijo a Mowgli:

—¿Cuántas veces te he dicho, Hermanito, que Shere Khan es enemigo tuyo?

—Tantas como frutos tiene esta palmera —contestó Mowgli, que, naturalmente, no sabía contar—. ¡Bueno! ¡Y qué! Tengo sueño, Bagheera, y Shere Khan no tiene más que mucha cola y muchas palabras...

—No es hora de dormir. Baloo sabe que es verdad; lo sabe la manada, y lo saben hasta los infelices, los simplísimos ciervos. A ti mismo, además, te lo ha dicho Tabaqui.

—¡Oh! —repuso Mowgli—. Hace poco vino con las impertinencias de que yo era un desnudo cachorro de hombre y que no servía ni para desenterrar raíces; pero lo tomé por la cola y lo golpeé contra una palmera un par de veces para enseñarle a tener mejores modales.

—¡Valiente tontería! Porque aunque Tabaqui es un chismoso, te hubiera dicho algo que te interesa mucho. ¡Abre esos ojos, Hermanito! Shere Khan no se atreve a matarte en la Selva; pero acuérdate de que Akela está muy viejo, y no tardará en llegar el día en que le será imposible cazar un solo ciervo. Ese día dejará de ser el jefe. Muchos de los lobos que te admitieron cuando fuiste presentado al Consejo son ya viejos también, y los jóvenes creen, porque así se lo ha enseñado Shere Khan, que un cachorro humano no tiene derecho a estar en la manada. Dentro de poco serás un hombre.

—¿Qué es, pues, un hombre que no puede juntarse con sus hermanos? —preguntó Mowgli—. En la Selva nací, su Ley he obedecido, y no hay un solo lobo, entre los nuestros, al que yo no le haya arrancado alguna espina de las patas. ¿Cómo dudar de que son mis hermanos?

Bagheera se recostó y, con los ojos medio cerrados, dijo:

—Toca ahí, Hermanito, bajo mis mandíbulas.

Levantó Mowgli su áspera y tostada mano, y debajo de la suave barba de Bagheera encontró un espacio raído.

—Nadie, en toda la extensión de la Selva, sabe que yo, Bagheera, tengo esta marca..., la marca que deja el collar; y, sin embargo, Hermanito, yo nací entre los hombres, y entre ellos murió mi madre..., en las jaulas del Palacio Real, en Oodeypore. Este fue el motivo que me llevó a pagar por ti el precio convenido en el Consejo cuando no eras más que un desnudo cachorrito. Sí, también yo nací entre los hombres. La Selva era desconocida para mí, me alimentaban a través de los barrotes de la jaula, hasta que una noche despertó en mí el sentimiento de que yo era Bagheera, la pantera, y no un juguete para diversión de los hombres, y entonces rompí de un zarpazo la estúpida cerradura y me escapé; y precisamente porque sabía las costumbres de los hombres, llegué a infundir en la Selva más terror que Shere Khan. ¿No es cierto?

—Sí —afirmó Mowgli—, todos en la Selva temen a Bagheera..., todos, excepto Mowgli.

—¡Oh!... Tú eres cachorro humano —dijo con gran ternura la pantera negra—, y del propio modo que yo he vuelto a mi Selva, así debes tú volver, al fin, donde están los hombres..., los hombres que son tus hermanos. Esto, si no te matan antes en el Consejo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué alguien va a querer matarme? —preguntó Mowgli.

—Mírame —contestó Bagheera. Y Mowgli la miró fijamente en los ojos. La enorme pantera, luego de algunos momentos, volvió la cabeza—. Por esto, hasta a mí me es imposible mirarte a los ojos, y eso que yo nací entre los hombres; y te quiero, Hermanito. Los otros te odian porque eres sabio, porque has arrancado espinas de sus patas, porque... eres un hombre.

—No sabía nada de eso —replicó con aspereza Mowgli, arrugando las negras y gruesas cejas.

—¿Cuál es la Ley de la Selva? Pega primero y avisa después. Hasta por tu propio descuido conocen que eres un hombre. Pero sé prudente. Me dice el corazón que en cuanto a Akela se le escape el primer ciervo sobre el cual se arroje, la manada se pondrá en contra de él y de ti. Se celebrará un Consejo de la Selva en la Peña, y entonces..., y entonces... Ya tengo una idea —dijo Bagheera levantándose de un salto—. Vete inmediatamente donde los hombres tienen sus chozas, allá en el valle, y toma una parte de la Flor Roja que allí cultivan, a fin de que en el momento oportuno puedas contar con un apoyo más fuerte que yo, o que Baloo, o los que bien te quieren en la manada. Anda y busca la Flor Roja.

Bagheera decía Flor Roja refiriéndose al fuego.

—¿La Flor Roja? —preguntó Mowgli—. ¿Es la que a la hora del crepúsculo crece fuera de las chozas? Yo la tomaré.

—Así deben hablar los cachorros de los hombres —dijo Bagheera con orgullo—. Acuérdate de que la flor crece en unas macetas pequeñas. Cortas una y la guardas para cuando la necesites.

—¡Bueno! —exclamó Mowgli—. Allá voy. Pero ¿estás segura de que todo esto es obra de Shere Khan?

—Por la cerradura que me dio la libertad, te aseguro que sí, Hermanito.

—Pues, entonces, por el toro que sirvió para rescatar mi vida, te prometo que voy a saldar mis cuentas con Shere Khan, y es posible que le pague aun algo más de lo que le debo. —Y diciendo esto salió disparado.

Mowgli había ido alejándose por el interior del bosque, a todo correr, con el corazón ardiendo en su pecho. Llegó a la cueva a la hora en que comenzaba a aparecer la niebla de la tarde, se paró para tomar aliento, y miró hacia el fondo del valle. Los pequeños lobos habían salido, pero mamá Loba, desde las profundidades de la caverna, conoció por el modo de respirar que algo le pasaba a su rana.

—¿Qué hay, hijo? —exclamó.

—Palabrerías de ese Shere Khan —respondió Mowgli—. Esta noche cazo en tierras de trabajo —añadió, y en seguida se hundió entre los arbustos, dirigiéndose hacia el lugar por donde corrían las aguas en el fondo del valle. Se detuvo allí, porque oyó los salvajes alaridos de la cacería en que se encontraba la manada; el mugido del sambhur cuando lo persiguen; el resoplar del ciervo que se ve acorralado. Entonces resonó un coro de perversos e insultantes aullidos que partía de los lobos más jóvenes.

—¡Akela! ¡Akela! Deja que el Lobo Solitario muestre su fuerza —decían—. ¡Paso al Jefe de la manada! ¡Salta, Akela!

Sin duda, el Lobo Solitario debió saltar equivocando el tiro, porque Mowgli oyó el castañeteo de los dientes y luego una especie de ladrido cuando el sambhur le hizo rodar por el suelo empujándolo con las patas delanteras.

No esperó ya más para ver lo que sucedía. Siguió adelante, y los gritos fueron oyéndose cada vez más débiles a medida que se alejaba en dirección a las tierras de cultivo, en las cuales vivían los campesinos.

“Bagheera estaba en lo cierto —se dijo al recostarse sobre unos forrajes que encontró bajo la ventana de una choza—. Mañana será un día importante para Akela y para mí.”

Pegó, entonces, la cara a la ventana, y miró el fuego que ardía en el suelo. Vio a la mujer del labrador levantarse y arrojar sobre las llamas unos pedazos de algo negro. Al llegar la mañana, cuando todo estaba envuelto en blanca y fría neblina, vio a un niño, hijo del campesino, tomar una especie de maceta de mimbre, llenarla de enrojecidas brasas, colocarla bajo una manta, y salir para cuidar a las vacas en el establo.

“¿Y esto es todo? —se dijo Mowgli—. Si un cachorro como éste puede hacerlo, entonces no hay nada que temer.”

Dobló la esquina de la casa, corrió hacia el hombrecito, le

arrebató aquella especie de maceta y desapareció con ella entre la niebla, mientras el niño campesino se quedaba chillando de miedo.

“Son muy parecidos a mí —añadió Mowgli soplando en la maceta, como había visto que lo hacía la mujer—. Y esto se me va a morir si no lo alimento.”

Comenzó entonces a arrojar ramitas de árbol y cortezas secas sobre aquella materia de un rojo tan vivo. Un poco más allá en el cerro, se encontró con Bagheera.

—Akela ha fallado el tiro —le dijo la pantera—. Si no hubiera sido que te necesitaban también a ti, lo hubieran matado anoche. Fueron al cerro en tu búsqueda.

—Yo andaba entonces por las tierras de cultivo. Ya estoy listo. ¡Mira! —Y Mowgli levantó la especie de maceta llena de fuego.

—¡Bien! Ahora falta hacer otra cosa: yo he visto a los hombres arrojar una rama seca sobre esto, y al poco rato la Flor Roja se abría al extremo de la rama. ¿No tienes miedo de hacer eso?

—No. ¿Por qué tendría que temer? Recuerdo ahora como, antes de ser lobo, me acosté junto a la Flor Roja, encontrándola caliente y agradable.

Mowgli estuvo todo el día sentado en la caverna, cuidando de su maceta y metiendo en ella ramas secas, para ver el efecto que producían después. Encontró una a su gusto y, al anochecer, cuando Tabaqui llegó a la cueva y le dijo, con harta rudeza, que lo necesitaban en el Consejo de la Peña, se estuvo riendo hasta que Tabaqui se puso a correr. Entonces se dirigió hacia el Consejo, pero riéndose aún.

Akela, el Lobo Solitario, estaba echado junto a su roca como signo de que la jefatura de la manada estaba vacante, y Shere Khan, con su serie de lobos empachados de sus sobras, se paseaba de un lado a otro con aire resuelto y satisfecho. Bagheera estaba echada junto a Mowgli, y éste tenía entre las piernas la maceta del

fuego. Cuando estuvieron todos reunidos, Shere Khan comenzó a hablar, lo que jamás se habría atrevido a hacer en los buenos tiempos de Akela.

—No tiene derecho a esto —murmuró Bagheera—. Díselo. Ese es de casta de perro: verás cómo se atemoriza.

Mowgli se puso de pie.

—¡Pueblo Libre! —gritó—, ¿es acaso Shere Khan quien dirige la manada? ¿Qué tiene que ver un tigre con nuestra jefatura?

—Viendo que el puesto está vacante, y que me han suplicado que hable... —comenzó a decir Shere Khan.

—¿Quién lo ha suplicado? ¿Acaso nos hemos vuelto todos chacales para estar alabando a este carnicero, matador de reses? La jefatura pertenece exclusivamente a miembros de la manada misma —replicó Mowgli.

Se oyeron feroces aullidos que querían decir:

—¡Silencio, cachorro de hombre!

—Déjenle hablar. Ha observado fielmente nuestra Ley.

Al fin los ancianos de la manada gritaron con voz estruendosa:

—¡Dejen que hable el Lobo Muerto!

Cuando un jefe de la manada falla en el tiro, dejando de matar la presa que perseguía, recibe el nombre de Lobo Muerto por el resto de su vida.

Akela levantó con aire de fatiga la cabeza, mostrándose viejo y desgastado por los años.

—¡Pueblo Libre! —exclamó—, y ustedes también, chacales de Shere Khan. Durante doce temporadas los he llevado a cazar, y siempre han regresado sanos y salvos. Ahora he fallado en el tiro. Bien saben cómo ustedes mismos me llevaron a atacar un ciervo sin experiencia, para que así se viera más clara mi debilidad. Fueron muy hábiles. Tienen derecho a matarme ahora mismo, aquí, en el Consejo de la Peña. Por lo tanto no pregunto más que esto: ¿quién es el que va a quitar la vida al Lobo Solitario?

Porque según la Ley de la Selva me corresponde otro derecho: el de exigir que se acerquen a mí uno a uno.

Se produjo un largo silencio, porque a ningún lobo le parecía muy agradable el tener un duelo a muerte con Akela.

De pronto Shere Khan rugió:

—¡Bah! ¿Qué nos importa lo que nos diga ese viejito sin dientes? ¡No tardará en morirse! El hombrecito ese es quien ha vivido demasiado ya... ¡Pueblo Libre! Fue mi presa desde el primer día: dénmelo. Estoy cansado de seguir empeñándome en hacer de él un hombre-lobo. Durante diez temporadas no ha hecho más que molestar a todo el mundo en la Selva. Denme a ese hombrecito, o de lo contrario les prometo que vendré a cazar siempre aquí y no les daré ni un solo hueso. Él es un hombre, un jovencito de los que los hombres tienen, y yo lo odio más que a nada en el mundo.

Entonces, más de la mitad de los lobos que formaban la manada aullaron:

—¡Un hombre! ¿Qué tiene que ver con nosotros un hombre? ¡Que se vaya con los suyos!

—¿Y que vaya a levantar contra ustedes a toda la gente de los pueblos? No: dénmelo a mí, es un hombre, y ninguno de nosotros puede mirarlo fijamente a los ojos —replicó Shere Khan.

Akela levantó de nuevo la cabeza y dijo:

—Le hemos dado comida; durmió hasta hoy con nosotros; nos ha proporcionado caza y no ha hecho nada contrario a la Ley de la Selva.

—Además, yo pagué un toro por él cuando lo aceptamos. Poco vale un toro; pero el honor de Bagheera es algo por lo que estaría dispuesta a pelear —dijo la pantera suavizando su voz lo que más pudo.

—¡Un toro que fue pagado hace diez años! —gruñeron entre dientes los lobos de la manada—. ¡Que nos importan unos huesos roídos hace ya diez años!

—¿O, mejor, qué les importa una promesa?—observó Bagheera mostrando sus dientes blancos por debajo del labio—. ¡Bien les queda ese nombre de Pueblo Libre!

—Un cachorro humano no puede juntarse con el Pueblo de la Selva—rugió Shere Khan—. ¡Entrégenmelo!

—Por todo es nuestro hermano, excepto por la sangre—exclamó Akela—. ¡Y ustedes lo matarían aquí! Es verdad que hartos he vivido. Algunos de ustedes se alimentan de ganado, y de otros he oído decir que, bajo la dirección de Shere Khan, van de noche, protegidos por la obscuridad, a robar niños a las mismas puertas de las aldeas. De ello deduzco que son unos cobardes, y que a cobardes les estoy hablando. Es cierto que moriré y que mi vida carece ya de valor, pero si lo tuviera ofrecería mi vida por la del hombrecito. Por el honor de la manada, yo les prometo que, si dejan a ese hombre-cachorro volver con los suyos, no les mostraré los dientes cuando llegue mi hora de morir. Esperaré la muerte sin resistencia. De esta manera, se ahorrarán tres vidas por lo menos. No puedo hacer más; pero si aceptan lo que les digo, no pasarán por la vergüenza de matar a un hermano que no ha cometido ningún delito..., un hermano cuya vida fue defendida y comprada, de acuerdo con la Ley de la Selva, cuando se le incorporó a nuestra manada.

—¡Es un hombre..., un hombre..., un hombre!—gruñeron los lobos y la mayor parte de ellos comenzó a agruparse alrededor de Shere Khan, que se golpeaba las caderas con la cola.

—En tus manos está ahora el asunto—dijo Bagheera a Mowgli—. Ni tú ni yo podemos hacer ya más que luchar contra todos.

Mowgli se puso de pie llevando entre las manos la maceta del fuego... Estiró los brazos y bostezó mirando hacia el Consejo; pero estaba loco de ira y de pena al ver que los lobos, procediendo como lo que eran, le habían ocultado siempre el odio que sentían por él.

—¡Escúchenme!—gritó—. No hay ninguna necesidad de que estén aquí conversando como si fueran perros. Me han dicho ya tantas veces esta noche que soy un hombre, que empiezo a comprender que están en lo cierto. En adelante, no los llamaré mis hermanos, sino sag (perros), como los llamaría un hombre. Lo que hagan, o dejen de hacer, no son ustedes los llamados a decirlo. Me corresponde a mí este asunto; y para que puedan hacerse cargo de él más claramente, yo, el hombre, he traído aquí una pequeña porción de la Flor Roja que tanto los atemoriza a ustedes, como perros que son.

Arrojó al suelo la maceta del fuego, y algunas de las brasas prendieron en un montón de musgo seco, que ardió de inmediato, mientras todo el Consejo retrocedía aterrorizado al ver elevarse las llamas.

Mowgli lanzó sobre el fuego la rama que llevaba, y cuando ésta se encendió chisporroteando, comenzó a agitarla rápidamente por encima de los acobardados lobos.

—Ahora tú eres el único amo—dijo Bagheera en voz baja—. Salva la vida de Akela; que fue siempre tu amigo.

—¡Bueno!—dijo Mowgli, mirando pausadamente a su alrededor—. Veo que no son más que unos perros. Los dejo para irme con mi gente..., si existen realmente. Como la Selva es ahora un lugar prohibido para mí, necesariamente tendré que olvidar esta amistad; pero voy a mostrarme más generoso que ustedes, por la sola razón de que, cuando yo sea un hombre entre los hombres, no los traicionaré, como ustedes lo han hecho conmigo.

Dio un puntapié al fuego, y el aire se llenó de chispas.

—No habrá guerra entre nosotros—prosiguió—. Pero antes de dejarlos, debo solucionar una deuda.

Se dirigió a grandes pasos hacia el lugar donde Shere Khan estaba sentado sobre sus patas, parpadeando con aire atontado al mirar las llamas, y lo tomó por el puñado de pelos que tenía

bajo la barba. Bagheera siguió a ambos, para prevenir lo que podría ocurrir.

—¡Levántate, perro! —gritó Mowgli—. ¡Levántate cuando te habla un hombre, o de lo contrario te quemaré la piel!

Shere Khan bajó las orejas hasta dejarlas como aplastadas sobre su cabeza, y cerró los ojos, porque vio muy cerca de él la rama ardiendo.

—Este cazador de reses dijo que me mataría en el Consejo, porque no pudo matarme cuando yo no era más que un cachorro. Así es como nosotros pagamos a los perros cuando llegamos a ser hombres. ¡Si mueves solo uno de tus bigotes, Lungri, te hundo la Flor Roja en la garganta!

Le pegó a Shere Khan en la cabeza con la rama, y el tigre gimió lastimosamente, como agonizante de terror.

—¡Bah! ¡Ándate ahora, malvado gato de la Selva! Pero acuérdate de lo que te digo: cuando yo vuelva al Consejo de la Peña, como es bien que un hombre vuelva, será cubriendo mi cabeza con tu piel. Por lo demás, Akela queda en libertad de vivir, y del modo que más le guste. No lo matarán, porque no es ésta mi voluntad. Ni pienso, tampoco, que van a estar aquí más tiempo con la lengua colgando, como si fueran algo más que perros que yo arrojo de este lugar... Por lo tanto, ¡largo de aquí!

Ardía furiosamente el extremo de la rama, y Mowgli comenzó a golpear con ella, a derecha e izquierda, a los que formaban el círculo, con lo cual los lobos se pusieron a correr, aullando al sentir que las chispas les quemaban el pelo. No quedaron al fin más que Akela, Bagheera y unos diez lobos que se habían puesto al lado de Mowgli. Entonces sintió en su interior una pena que nunca antes había experimentado. Tomando aliento, sollozó, y las lágrimas corrieron por su rostro.

—¿Qué se esto?... No quisiera abandonar la Selva, y no sé qué me ocurre. ¿Me estoy muriendo, acaso, Bagheera?



—No, Hermanito. Éstas no son más que lágrimas, como las derraman todos los hombres —le explicó Bagheera—. Ahora sí que eres un hombre, y no ya un cachorro humano, como antes. Es verdad que la Selva se ha cerrado para ti desde hoy. Déjalas caer, Mowgli: no son más que lágrimas.

Mowgli se sentó, y lloró como si el corazón se le fuera a romper en pedazos. Era la primera vez que lloraba.

—Ahora —dijo— me voy con los hombres. Pero antes debo despedirme de mi madre —y diciendo esto se fue a la caverna donde ella vivía junto con papá Lobo, y sobre su piel derramó nuevas lágrimas, mientras los cuatro pequeños lobos aullaban tristemente.

—¿No me olvidarán? —les preguntó Mowgli.

—Nunca, mientras podamos seguir una pista —respondieron los cachorros—. Cuando seas un hombre, ven hasta el pie del cerro y hablaremos contigo. Nosotros iremos también, de noche, a las tierras de cultivo, y allí jugaremos juntos.

—¡Vuelve pronto! —agregó papá Lobo—. ¡Vuelve pronto, ranita sabia, porque tanto tu madre como yo somos ya viejos!

—¡Vuelve pronto! —repitió mamá Loba—, desnudito, hijo mío; porque..., oye lo que voy a decirte: siempre te he querido más a ti que a mis cachorros, a pesar de que seas hijo de un hombre.

—Sin duda que volveré —respondió Mowgli—, y cuando lo haga será para tender sobre el Consejo de la Peña la piel de Shere Khan. ¡No me olviden! ¡Díganle a todos en la Selva que tampoco me olviden nunca!

Ya era casi el alba cuando Mowgli bajó del cerro, completamente solo, para ir en busca de esos misteriosos seres que se llaman hombres.

LA CAZA DE KAA

Antes de que Mowgli fuera arrojado de la manada de lobos de Seeonee y se vengara de Shere Khan, el tigre, sucedieron también muchas cosas dignas de contarse. Era la época en que Baloo le enseñaba la Ley de la Selva. El serio, viejo y enorme oso pardo estaba contentísimo con un alumno tan inteligente, porque los pequeños lobos no quieren aprender de la Ley de la Selva más que lo que se refiere a su propia manada y tribu. Pero Mowgli, que era un hombrecito, tuvo que aprender mucho más, llegando a cansarse de tanto repetir lo mismo más de cien veces. Un día que Bagheera, la pantera negra, le pegó a Mowgli haciendo que él se fuera muy enojado, Baloo le dijo a ella:

—Un cachorro humano es un cachorro humano, y tengo el deber de enseñarle toda la Ley de la Selva.

—Pero ten presente lo pequeño que es —adujo la pantera negra, que habría mimado en exceso a Mowgli si la hubieran dejado educarlo a su modo—. ¿Cómo en una cabeza tan chica le cabe todo lo que hablas?

—¿Hay, acaso, en la Selva cosa alguna que de puro pequeña no pueda matarse? No. Por esta razón le enseño todo eso, y por lo mismo le pego, con mucha suavidad, cuando se le olvida algo.

—¡Con suavidad! ¿Qué sabes tú de suavidades, viejo Patas de Hierro? —gruñó Bagheera—. Le estás dejando toda la cara llena de moretones con tu... suavidad. ¡Uf!...

—Es mejor que tenga moretones de pies a cabeza causados por mí que lo quiero, a que le pueda ocurrir alguna desgracia por

ignorancia. —contestó Baloo con seriedad—. Ahora le estoy enseñando las Palabras Mágicas de la Selva, que lo protegerán contra los pájaros, contra el Pueblo de las Serpientes y contra todo cuadrúpedo que caza, excepto contra su propia manada. Desde hoy, con solo recordar tales palabras, podrá pedir protección a todos los habitantes de la Selva. ¿No vale la pena recibir algunos golpes por esto?

—Bien, pero cuidado con matarlo. No es ningún tronco de árbol para que vayas a afilar en él tus embotadas garras. Pero, dime, ¿qué palabras mágicas son esas de que estás hablando?

—Llamaré a Mowgli y él te dirá esas palabras... si se le antoja. ¡Ven, Hermanito!

—Tengo la cabeza como un árbol lleno de abejas que zumban —dijo por encima de los que hablaban una voccecita malhumorada, y Mowgli, en el colmo de la indignación, se deslizó por el tronco de un árbol, añadiendo al echar pie a tierra: ¡Si vengo es por Bagheera y no por ti, viejo gordinflón!

—Me da lo mismo —replicó Baloo, aunque le apenara hondamente la respuesta—. Dile, pues, a Bagheera las Palabras Mágicas de la Selva, que te he enseñado hoy.

—¿Las Palabras Mágicas... para qué Pueblo? —preguntó Mowgli contentísimo, al ver la ocasión que se le ofrecía para exhibir sus conocimientos—. En la Selva hay muchos lenguajes. Yo los sé todos.

—Algo de ellos sabes, pero no mucho. ¿Ves, Bagheera? Nunca se muestran agradecidos con quien les enseña. Jamás un solo lobito ha venido a dar las gracias a Baloo por sus enseñanzas. Vamos, di, pues, las Palabras para el Pueblo Cazador... ¡gran sabio!

—“Tú y yo somos de la misma sangre” —recitó Mowgli, dando a las palabras el acento especial de oso que usan todos los que cazan allí.

—Bueno. Ahora las que sirven para los pájaros.

Mowgli las repitió, terminando la frase con el silbido característico del milano.

—Ahora las que son para el Pueblo de las Serpientes —dijo Bagheera.

La respuesta fue un silbido indescriptible, tras el cual Mowgli hizo una salvaje pirueta, batió palmas para celebrar su propia habilidad y de un salto se puso sobre el lomo de Bagheera, sentándose de medio lado y dándole con los talones sobre la reluciente piel, mientras le hacía a Baloo las más horribles muecas.

—¡Ea! ¡Ea! ¡Bien merecido tenías el moretón! —dijo con ternura el oso pardo—. Algún día me lo agradecerás. Sabiendo las Palabras Mágicas de la Selva, no hay que temer a nadie.

“Excepto a los de su propia tribu”, dijo Bagheera para sí.

Y añadió luego en voz alta, dirigiéndose a Mowgli:

—¡Ten un poco de cuidado con mis costillas, Hermanito! ¿Qué significa tanto bailoteo?

Mowgli había intentado repetidas veces hacerse oír estirándole a Bagheera la piel de los huesos de su espalda y pegándole fuertemente con los pies.

Cuando los dos lo escucharon gritó a viva voz:

—Así, yo tendré una tribu propia y la dirigiré por entre las ramas durante todo el día.

—¿Qué nueva locura es ésta? ¡Ya estás haciendo castillos en el aire! —lo reprendió Bagheera.

—Sí, y le tiraré ramas y porquerías al viejo Baloo —continuó diciendo Mowgli—. Me lo han prometido. ¡Ah!

—Mowgli —le dijo Baloo con tono enojado—, tú has hablado con los Bandar-log (el Pueblo de los Monos).

Mowgli miró a Bagheera para ver si la pantera se había incomodado también, y vio que los ojos de ésta tenían tan dura expresión como si fueran dos piedras de jade.

—Tú has estado con el Pueblo de los Monos... con los monos grises..., el Pueblo sin Ley..., los que comen cuanto se les presenta. ¡Qué vergüenza!

—Cuando Baloo me hizo daño en la cabeza —refirió Mowgli—, me fui, y entonces los monos grises bajaron de los árboles y se acercaron, compadeciéndome. Nadie más que ellos me hicieron caso. —Y al decirlo, su voz se alteró un poco.

—¡La piedad del Pueblo de los Monos! —refunfuñó Baloo—. ¿Y qué ocurrió después, hombrecito?

—Después..., después... Me dieron nueces y muy buenas cosas para comer, y... me llevaron en brazos a lo más alto de los árboles..., y dijeron que yo era su hermano, que éramos de la misma sangre, solo que yo no tenía cola, y que algún día sería su jefe.

—No tienen jefe —dijo Bagheera—. Mienten. Siempre han mentido.

—Conmigo estuvieron muy amables y me rogaron que volviera a verlos. ¿Por qué nunca me han llevado a donde está el Pueblo de los Monos? Andan en dos pies como yo, no me pegan, no tienen las patas duras... Juegan todo el día. ¡Déjenme subir a donde están ellos! ¡Baloo, malo! ¡Déjame subir! Jugaremos otra vez.

—¡Oye, hombrecito! —le advirtió el oso, y su voz retumbó como un trueno en la noche calurosa—. Te he enseñado toda la Ley de la Selva para que te sirva con todos los pueblos que en la Selva existen..., excepto el de los monos, que viven en los árboles. Esos no tienen Ley. Esos son los repudiados por todo el mundo. No poseen lenguaje propio, sino que usan palabras robadas que oyen por casualidad cuando escuchan, y atisban, y están al acecho allá arriba en las ramas. Su camino no es el nuestro. No tienen jefe. No tienen memoria. Presumen y conversan, y pretenden ser un gran pueblo ocupado en asuntos importantísimos; pero la caída de una nuez desde el árbol les provoca risa y basta para que todo lo olviden. Nosotros, los de la Selva, no nos relacionamos con ellos. No bebemos donde los monos beben; no vamos donde los monos van; no cazamos donde ellos cazan; no morimos donde

ellos mueren. ¿Me has oído hablar antes de los Bandar-log?

—No —dijo Mowgli en voz muy baja, ya que el silencio fue completo cuando calló Baloo.

—El Pueblo de la Selva los tiene desterrados de su boca y de su pensamiento. Son muchísimos, malos, sucios, desvergonzados y desean llamar nuestra atención.

Apenas había acabado de hablar cuando una lluvia de nueces y de ramas cayó desde las copas de los árboles, mientras se oían toses, aullidos y rumor de saltos entremedio del ramaje.

—Al Pueblo de la Selva —precisó Baloo— está prohibido todo trato con el Pueblo de los Monos. Acuérdate.

—Prohibido —repitió Bagheera—; pero me parece que Baloo debía haberte prevenido antes contra ellos.

—¿Yo?... ¿Yo? ¿Cómo podía yo adivinar que se le ocurriría jugar con gentuza de esta calaña? ¡El Pueblo de los Monos! ¡Qué asco!

Cayó una nueva lluvia sobre ellos, y ambos se fueron corriendo hacia otro lugar, llevándose consigo a Mowgli.

Lo que Baloo había dicho de los monos era la pura verdad. Ellos vivían en las copas de los árboles, y como las fieras rara vez miran hacia lo alto, nunca se cruzaban en el mismo camino. Pero siempre que veían un animal enfermo o herido, se divertían en atormentarlo solo por entretenimiento y por llamar la atención, dejando luego los muertos donde el Pueblo de la Selva pudiera verlos. Siempre estaban a punto de poseer un jefe y leyes propias, pero nunca lo lograban porque olvidaban todo, y así, se contentaban con repetir: “Lo que los Bandar-log piensan ahora, toda la Selva lo pensará después”, y esta idea los consolaba. Ninguna de las fieras podía llegar hasta sus alturas; pero ninguna se fijaba en ellos, y de ahí su alegría cuando vieron que Mowgli iba a buscarlos para mezclarse en sus juegos y que esto irritaba a Baloo.

No se propusieron pasar de ahí, pero a uno de ellos se le ocurrió que les convenía conservar una persona tan útil como Mowgli, porque él sabía entrelazar ramas de modo que protegieran contra el viento, y así, si lo mantenían junto a ellos, podrían obligarle a que les enseñara. Siguiéron entonces, con el mayor sigilo, a Baloo, Bagheera y Mowgli a través de la Selva, hasta que llegó la hora de la siesta, y Mowgli, que se sentía en realidad avergonzado de sí mismo, se durmió entre la pantera y el oso, resolviendo no tener más tratos con el Pueblo de los Monos.

Después de esto, lo único que recordó fue el haber sentido el contacto de unas manos sobre sus piernas y brazos, y en seguida el choque de unas ramas en la cara, y luego el encontrarse mirando hacia abajo a través del movedizo ramaje, mientras Baloo despertaba a toda la Selva con sus gritos roncós y Bagheera saltaba tronco arriba del árbol, mostrando todos los dientes. Los Bandar-log aullaban con aire de triunfo mientras decían:

—¡Se ha fijado en nosotros! ¡Bagheera se ha fijado en nosotros! ¡Todo el Pueblo de la Selva nos admira por nuestra habilidad y astucia!

Comenzaron, entonces, su huida a través del país arbóreo. Dos de los monos más fuertes tomaron a Mowgli por sus brazos y se lo llevaron atravesando las copas de los árboles, y dando saltos de una altura de casi seis metros. De tal suerte, saltando y haciendo ruido, resoplando fuertemente y dando chillidos, la tribu entera de los Bandar-log pasó por sus caminos trazados en los árboles, llevando prisionero a Mowgli. Era completamente inútil mirar hacia abajo, pensaba Mowgli, porque no podía ver nada, y así dirigió hacia arriba sus miradas, logrando divisar a lo lejos, en la azul inmensidad, a Rann, el milano, balanceándose y describiendo curvas en el aire. Rann vio que los monos se habían apoderado de algo que se llevaban, y abatió el vuelo algunos centenares de metros para averiguar si aquella presa era

comestible. Al ver a Mowgli arrastrado hasta lo más alto de la copa de un árbol, y al oírlo gritar, el milano se sorprendió mucho y le contestó con un silbido:

—Tú y yo somos de la misma sangre.

—¡Sigue mi pista! —gritó Mowgli—. ¡Avisa a Baloo, de la manada de Seonee, y a Bagheera, del Consejo de la Peña!

—¿En nombre de quién, hermano? —preguntó Rann, que nunca había visto a Mowgli, aunque está claro que había oído hablar de él.

—En nombre de Mowgli, la rana. ¡El hombrecito es como me llaman! ¡Sigue mi pista...a!

Las últimas palabras las chilló cuando ya lo balanceaban en el aire: pero Rann movió la cabeza en señal de asentimiento y se elevó hasta que no parecía ya mayor que un grano de polvo, y allí observó con el telescopio de sus ojos el moverse de las copas de los árboles, al paso de la escolta de monos que dirigía a Mowgli.

Entretanto, Baloo y Bagheera andaban locos de furor y de pena. Bagheera se encaramó a los árboles hasta donde nunca se había atrevido a llegar; pero se quebraron bajo su peso las delgadas ramas, y se resbaló hasta llegar al suelo con las garras llenas de cortezas.

—¿Por qué no se lo advertiste al hombrecito? —le decía rugiendo al pobre Baloo, que sostenía un trote algo pesado, con la esperanza de adelantarse a los monos—. ¿De qué le ha servido que casi lo mataras a golpes si no lo previniste contra esto?

—¡Apúrate! ¡Apúrate! Aún..., aún puede ser que los alcancemos —replicó Baloo jadeando.

—Al paso que vamos no alcanzaríamos ni a una vaca herida. Maestro de la Ley..., azotacachorros..., si tuvieras que agitarte como lo harías corriendo un cuarto de legua, sería bastante para reventar. ¡Descansa y piensa! Traza un plan. No es éste el mo-

mento de perseguirlos. Si los seguimos muy de cerca podrían dejarlo caer.

—¡Arrula! ¡Woo! Quizás lo han hecho ya, cansados de llevarlo. ¿Quién se fía de los Bandar-log? ¡Pon murciélagos muertos en mi cabeza! ¡Dame por toda comida huesos negros, porque soy el más desgraciado de cuantos osos existen! ¡Arulala! ¡Wahooa! ¡Ah! ¡Mowgli, Mowgli! ¿Por qué no te previne contra el Pueblo de los Monos? ¿Quién sabe si a golpes le saqué de la memoria la lección del día, y se encontrará solo en la Selva, sin la ayuda de las Palabras Mágicas?

Baloo se tomó la cabeza entre las patas y se arrastró gimiendo.

—Por lo menos, hace un momento me dijo todas las palabras correctamente —replicó Bagheera con impaciencia—. Baloo —continuó—, tú has perdido la memoria y el propio respeto. ¿Qué pensaría de mí la Selva entera si yo, la pantera negra, me hiciera una pelota como Ikki, el puerco espín, y empezara a aullar?

—¿Qué me importa a mí lo que la Selva piense? A estas horas quizá él ya está muerto.

—A no ser que lo dejaran caer por juego, o que lo mataran por pereza, no creo que haya que temer por el hombrecito. Él es listo, está bien enseñado y, sobre todo, cuenta con sus ojos que atemorizan a todo el Pueblo de la Selva. Pero está en poder de los Bandar-log, que, como viven en los árboles, no tienen miedo a nuestra gente.

—¡Qué tonto soy! ¡Oh! ¡Cuán obeso y moreno, cuán estúpido desenterrador de raíces soy! —dijo Baloo desenroscándose de un salto—. Gran verdad es lo que afirma Hathi, el elefante salvaje, cuando dice que “cada uno tiene su miedo peculiar”. Pues bien: ellos, los Bandar-log, temen a Kaa, la serpiente de la Peña. Se encarama tan bien como ellos; les roba a sus pequeños por la noche... Su solo nombre basta para que queden helados de espanto hasta sus endiabladas colas. Vamos a ver a Kaa.

—¿Y qué va a hacer? No es de nuestra tribu, porque que no tiene patas... y, además, la maldad está escrita en sus ojos —señaló Bagheera.

—Es muy vieja y muy astuta. Ante todo, hay que pensar que está siempre hambrienta —contestó Baloo esperanzado—. Prométele muchas cabras.

—Apenas come una, duerme un mes entero. Sería bueno que estuviera durmiendo ahora; pero ¿y si prefiriera matar las cabras por su propia cuenta?

—En ese caso, tú y yo juntos, vieja cazadora, la haríamos entrar en razón. —Aquí Baloo frotó su hombro, de desteñido color moreno, contra la pantera, y ambos se alejaron en busca de Kaa, la serpiente pitón que vive en la Peña.

La encontraron tendida al sol en el tibio reborde de una roca, recreándose en la contemplación de su hermosa piel nueva, porque acababa de pasar diez días en el más completo retiro, cambiándola, y ahora estaba verdaderamente espléndida, con la enorme cabeza roma a lo largo del suelo y con el cuerpo de nueve metros de largo enroscado en fantásticos nudos y curvas, relamiéndose al pensar en la próxima comida.

—Está en ayunas —expresó Baloo con un gruñido de satisfacción, en cuanto vio la hermosa piel de manchas amarillo y color tierra—. ¡Mucho cuidado, Bagheera! Siempre queda medio ciega después del cambio de piel, y ataca con la mayor facilidad.

Kaa no era una serpiente venenosa; pero su poder radicaba en su fuerza de presión, y cuando ella había envuelto a alguien en sus enormes anillos, bien podía darse por terminada toda lucha.

—¡Buena caza! —gritó Baloo sentándose sobre su trasero.

Como todas las serpientes de su especie, Kaa era bastante sorda, y al principio no oyó bien lo que le decían. Se enrolló en forma de espiral por lo que pudiera ocurrir, conservando baja la cabeza.

—¡Buena caza para todos! —contestó—. ¡Ah! ¿Eres tú, Baloo? ¿Y qué haces por aquí? ¡Buena caza, Bagheera! Por lo menos uno de nosotros necesita comer. ¿Saben si hay por ahí algo a mano? ¿Algún ciervo, por ejemplo, aunque sea joven? Estoy vacía como un pozo seco.

—Vamos de caza —dijo Baloo como al descuido, porque bien sabía que con Kaa no hay que apurarse: es harto grande para andar con apuros.

—Permítanme que vaya con ustedes —les pidió Kaa—. Un zarpazo de más o de menos nada significa para Bagheera y Baloo; pero yo..., yo tendría que esperar días y días en alguna senda del bosque, o pasar media noche subiéndome a los árboles, para tener la suerte de tropezar con algún mono joven. ¡Pss naw! Las ramas ya no son como cuando yo era joven. Las más tiernas están podridas, y secas las mayores.

—Tu enorme peso debe tener algo que ver con el asunto —dijo Baloo.

—Sí, no me falta longitud..., no me falta... —contestó Kaa con cierto orgullo—. Pero, con todo, no es mía la culpa, sino del ramaje nuevo. En mi última cacería faltó poco..., muy poco..., para que me cayera, y el ruido que produje despertó a los Bandar-log, que comenzaron a insultarme.

—Lombriz de tierra, amarilla y sin patas —dijo entre dientes Bagheera, como si tratara de recordar algo.

—¡Ssss! ¿Me han llamado eso alguna vez? —preguntó Kaa.

—Algo parecido es lo que nos gritaron a nosotros en el último cuarto de luna que ha pasado, pero no les hicimos ningún caso. Son capaces de decir cualquier cosa..., hasta que te has quedado sin dientes, y que no te atreves a enfrentar cualquier cosa que sea mayor que un cabrito, porque... les tienes miedo a los cuernos —continuó diciendo Bagheera.

—Los Bandar-log han huido de su acostumbrado terreno —expresó Kaa sosegadamente—. Cuando hoy salí a tomar sol, oí sus

gritos entre las copas de los árboles.

—Precisamente..., precisamente vamos siguiendo su pista —contestó Baloo.

—Indudablemente no dejará de ser importante lo que obliga a dos cazadores como ustedes, que son jefes y directores entre los suyos, a seguir los pasos de los Bandar-log —replicó Kaa cortésmente, llena de curiosidad.

—En honor de la verdad —comenzó a decir Baloo—, yo no soy más que el anciano, y a veces bastante tonto, Maestro de la Ley, encargado de enseñársela a los pequeños lobos de Seonee, y Bagheera, que aquí está presente...

—Es Bagheera —dijo la pantera negra, porque no estaba ella para modestias—. Lo que nos ocurre es esto, Kaa: esos ladrones de nueces y de hojas de palmera nos han robado a nuestro hombrequito, del cual habrás oído hablar.

—Algo le oí a Ikki de una especie de hombre que fue admitido en una manada de lobos; pero yo no creí nada de eso. Ikki anda siempre con cuentos que oye mal y cuenta peor.

—Pero en este caso ha dicho la verdad. El hombrequito es tal que jamás hubo otro como él —manifestó Baloo—. El mejor, el más inteligente y más agraciado de todos..., mi discípulo, que hará famoso el nombre de Baloo en todas las selvas..., y vaya que yo... o, mejor dicho, que nosotros... le queremos de verdad, Kaa.

—¡Ts! ¡Ts! —contestó ésta—; yo también he sabido lo que es querer. ¡Podría contarles cosas que...!

—Que exigen una noche clara y el estómago lleno para apreciarlas bien —dijo con prontitud Bagheera—. Nuestro hombrequito está ahora en poder de los Bandar-log, y nos consta que de todo el Pueblo de la Selva ellos no temen a nadie más que a Kaa.

—A nadie más que a mí y no les falta razón —aseveró Kaa—. Charlatanes, locos y vanos: así son los monos. Pero si hay algo humano que se encuentra entre ellos, es el peligro. La nuez que

toman les cansa rápido, y la tiran. En verdad que el hombrecito ese no es digno de envidia. Al insultarme, ¿no me llamaron también pez amarillo?... ¿eh?

—Lombriz de tierra —dijo Bagheera—... y otras cosas más que no puedo repetir ahora por vergüenza.

—Habrá que enseñarles a hablar con más respeto de su maestro. ¡Aaa-sss! Tendremos que refrescarles algo la memoria. Pero, díganme, ¿y a dónde se llevaron el cachorro?

—Solo la Selva puede saberlo. Creo que hacia el lado por donde se pone el sol. Nosotros pensábamos que tú lo sabrías, Kaa.

—¿Yo? ¿Y cómo? Suelo apoderarme de ellos cuando se cruzan en mi camino, pero no voy a cazar a los Bandar-log ni a las ranas...

—¡Eh!, ¡eh!, ¡eh! ¡Arriba!, ¡arriba! ¡Mira hacia arriba, Baloo, de la manada de los lobos de Seonee!

Baloo miró hacia lo alto para ver de dónde venía la voz que lo llamaba, y vio a Rann, el milano, que descendía con las alas desplegadas.

—¿Qué hay? —preguntó Baloo.

—He visto a Mowgli entre los Bandar-log. Él mismo me encargó que te lo dijera. He estado al acecho: se lo han llevado al otro lado del río..., a la ciudad de los monos..., a las Moradas Frías. No sabemos cuanto tiempo permanecerán allí. Podrían quedarse una noche, diez o solo un rato. He encargado a los murciélagos que vigilen durante las horas de oscuridad. Esto es lo que debía decirles. ¡Buena suerte para todos!

—¡Buena suerte, que te llenes el buche y duermas bien, Rann! —gritó Bagheera—. No me olvidaré de ti en mi próxima caza: la cabeza de lo que mate, quedará reservada para ti, porque eres el mejor de todos los milanos.

—Lo que he hecho no es nada. El hombrecito se acordó de decir las Palabras Mágicas, y yo no podía menos que cumplir

con mi deber —contestó Rann elevándose por los aires trazando círculos, para dirigirse luego a su escondite.

—Vamos, veo que no ha perdido la lengua —observó Baloo, con sonrisa de satisfacción y orgullo—. ¡Y pensar que, siendo tan joven, se ha acordado de las Palabras Mágicas que sirven para los pájaros, en el preciso instante en que lo llevaban a través de los árboles!

—¡Bien se lo metiste en la cabeza! —contestó Bagheera—. Pero estoy orgullosa de él. Y ahora vamos a las Moradas Frías.

Todo el Pueblo de la Selva sabía dónde estaba este lugar, pero ninguno de ellos iba nunca allí, porque lo que llamaban las Moradas Frías era una antigua ciudad abandonada, perdida y enterrada en la Selva, y pocas veces se ve que las fieras usen un lugar donde antes estuvieron los hombres.

—El viaje demorará media noche... yendo a toda velocidad —dijo Bagheera, con lo cual Baloo se puso muy serio.

—Iré tan rápido como pueda —contestó lleno de ansiedad.

—No nos atrevemos a esperarte; síguenos, Baloo. Kaa y yo no podemos ir a paso lento.

—Tenga pies o no, yo puedo correr tanto como tú con los cuatro que tienes —dijo Kaa brevemente.

Baloo se esforzó en acelerar el paso; pero tuvo que sentarse, jadeante, y así lo dejaron para que fuera más despacio, mientras Bagheera se adelantaba con el rápido galope propio de la pantera. Kaa no dijo una palabra; pero por mucho que corriera Bagheera, la enorme serpiente pitón de la Peña no se dejaba adelantar.

—¡Por la cerradura que me dio la libertad! —exclamó Bagheera al desvanecerse la última luz del crepúsculo—, te aseguro que eres andadora.

—Tengo hambre —dijo Kaa—. Por otra parte, me han llamado rana con manchas...

—Lombriz..., lombriz de tierra..., y amarilla por añadidura.

—Da lo mismo. Sigamos —respondió Kaa.

Allá en las Moradas Frías, en lo que menos podían pensar los monos era en los amigos de Mowgli... Se llevaron al jovencito a la ciudad perdida, y por mientras quedaron muy satisfechos con eso. Mowgli, no había visto hasta entonces, ninguna ciudad india, y aunque aquella no fuera ahora más que un montón de ruinas, le pareció espléndida y maravillosa. Los monos llamaban a este lugar su ciudad, y despreciaban al Pueblo de la Selva porque vivía en el bosque. Sin embargo, jamás supieron para qué se habían levantado aquellos edificios ni cómo los usaban. Se sentaban formando círculos en la antecámara de la real sala del Consejo, y se rascaban buscándose pulgas. O a veces entraban y salían corriendo de aquellas casas sin techos, y recogían pedazos de yeso y ladrillos viejos, llevándolos a un rincón, que luego olvidaban. Había explorado todos los pasadizos y caminos subterráneos que existían en el palacio, los centenares de oscuras salitas; pero jamás se acordaron de lo que habían visto o dejado de ver, y así se paseaban de uno en uno, de dos en dos, o por grupos, diciéndose unos a otros que hacían lo mismo que los hombres hacen.

A Mowgli, que había sido educado conforme a la Ley de la Selva, no le gustó este género de vida, ni llegó a entenderla. Cuando terminaba la tarde, los monos se lo llevaron a las Moradas Frías, y en vez de irse a dormir, como Mowgli hubiera hecho después del largo viaje, se tomaron de las manos y comenzaron a bailar y a cantar las más descabelladas canciones. Uno de los monos dio un discurso, en el cual les dijo que la captura de Mowgli marcaba una nueva etapa en la historia de los Bandar-log, porque iba a enseñarles el modo de formar, juntando palos y cañas, un refugio contra la lluvia y el frío. Mowgli tomó algunas enredaderas y comenzó a entretejerlas, mientras los monos trataban de imitarlo; pero, al cabo de pocos minutos, eso les dejó de interesar y se estiraban unos a otros la cola, o saltaban en cuatro patas y tosiendo.

—Quisiera comer —dijo Mowgli—. En esta parte de la Selva soy forastero. Denme entonces comida o permiso para cazar aquí.

Veinte o treinta monos saltaron en seguida fuera del recinto, para traerle nueces y papayas silvestres; pero se enredaron en una pelea en el camino, y les pareció demasiada molestia volver con los restos de aquellos frutos. Mowgli sentía el cuerpo adolorido, estaba tan malhumorado como hambriento, y anduvo errante por la ciudad abandonada, lanzando de vez en cuando el grito de caza de los forasteros; pero como nadie le contestaba, se convenció de que realmente había ido a parar a un muy mal lugar.

Apenas llegó a las murallas de la ciudad, los monos lo hicieron retroceder, diciéndole que no sabía él la suerte que tenía por estar allí, y pellizcándole para enseñarle a ser agradecido. Él apretó los dientes y no dijo nada; pero fue, entre el alboroto producido por los monos, a una terraza colocada sobre los depósitos de piedra roja destinados al agua, y que se encontraban entonces a medio llenar. Por más cansado, soñoliento y muerto de hambre que estuviera Mowgli, no pudo no reírse cuando veinte, a la vez, de los Bandar-log, comenzaron a decirle lo grandes, sabios, fuertes y discretos que eran y la locura que él había cometido al intentar separarse de ellos.

—Somos grandes; somos libres; somos admirables. Somos el más admirable pueblo que hay en toda la Selva. Todos lo decimos, y, por lo tanto, es cierto —gritaban—. Ahora bien; como es la primera vez que puedes escucharnos y tendrás la ocasión de repetir nuestras palabras al Pueblo de la Selva para que en el futuro se fije en nosotros, vamos a decirte lo que respecta a nuestras importantísimas personas.

Frente a esto, Mowgli no objetó nada, y los monos se reunieron por centenares en la terraza para oír a sus propios oradores, que cantaban alabanzas a los Bandar-log, y cada vez que uno de los oradores se callara, por un instante, para tomar aliento,

gritaban todos a la vez:

—¡Cierto es! ¡Lo mismo opinamos nosotros!

Mowgli movía la cabeza en señal de asentimiento y parpadeaba, añadiendo un sí cuando le preguntaban algo, y sentía que la cabeza se le iba, aturdido por el alboroto.

También dos amigos de Mowgli contemplaban aquella misma nube desde los medio cegados fosos que circundaban la ciudad, porque, sabiendo lo peligroso que era estar con el Pueblo de los Monos, cuando éstos se juntaban de a muchos, Bagheera y Kaa no querían arriesgarse demasiado. Jamás los monos aceptan la lucha si no es cien contra uno, y son pocos en la Selva los que están de acuerdo con condiciones tan desiguales.

—Iré hacia el lado oeste de la muralla —dijo Kaa en voz tan baja que parecía un leve susurro—; desde allí me lanzaré rápidamente aprovechando el declive del terreno. No me podrán echar encima a cientos; pero...

—Ya sé lo que hay que hacer. ¡Si Baloo estuviera aquí!... Pero habrá que limitarse a lo que se pueda. Cuando esa nube pase cubriendo por delante la luna, iré a la terraza. Allí celebran una especie de Consejo para hablar del jovencito.

—¡Buena caza! —dijo Kaa con aire feroz, y se deslizó con suavidad hacia el lado occidental del muro. Casualmente era éste el que estaba en mejor estado, y la enorme serpiente se demoró un poco en encontrar camino transitable por entre las piedras.

La luna quedó cubierta por la nube, y cuando Mowgli se preguntaba qué iba a pasar allí entonces, oyó los pasos rapidísimos de Bagheera, que estaba ya en la terraza. La pantera negra había subido el declive casi sin ruido alguno, y comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro entre la multitud de monos, que estaban sentados en círculos alrededor de Mowgli. Sonó un aullido general de miedo y de rabia, y entonces, mientras Bagheera se tropezaba con los cuerpos que rodaban por el suelo, uno de los

monos gritó:

—¡No es más que uno solo! ¡Mátenlo! ¡Mátenlo!

Una desordenada masa de monos, mordiendo, arañando, rasgando y arrancando cuanto podía, se precipitó sobre Bagheera, mientras cinco o seis se apoderaban de Mowgli, lo arrastraban hacia lo alto de las terrazas del jardín y lo metían por el agujero de la cúpula rota, dejándolo caer.

—¡Quédate aquí! —le gritaron los monos— hasta que hayamos matado a tus amigos, y más tarde vendremos a jugar contigo... si el Pueblo Venenoso te ha dejado con vida!

—“¡Ustedes y yo somos de la misma sangre!” —dijo Mowgli, apurándose en pronunciar las Palabras Mágicas que sirven para las serpientes. Oía distintamente voces y silbidos entre los escombros que lo rodeaban, y así, para asegurarse más, volvió a gritar lo mismo.

—¡Verdad esss! ¡Abajo las cabezas, ustedes! —dijeron media docena de voces muy bajas—. Quédate quieto, Hermanito, porque tus pies podrían lastimarnos.

Mowgli procuró no moverse lo más mínimo, mirando a través de los calados de mármol y escuchando el ruido de la furiosa lucha contra la pantera negra: los aullidos, el ronco resoplido de Bagheera mientras retrocedía, avanzaba, se revolvía o se hundía bajo las enormes masas de sus enemigos. Por primera vez en su vida, Bagheera no luchaba más que para salvar su pellejo.

“Baloo debe de andar por ahí cerca, porque Bagheera no se hubiera atrevido a venir sola”, pensó Mowgli; y entonces gritó:

—¡A los estanques, Bagheera, a los estanques! ¡Anda y zambúllate dentro! ¡Al agua!

Bagheera oyó la voz, y, comprendiendo que Mowgli estaba a salvo, sintió renacer sus fuerzas. Desesperadamente, paso a paso, se abrió camino en dirección a los estanques, repartiendo golpes en silencio. Entonces, desde el muro en ruinas más cercano a la

selva, se elevó el rugiente grito de guerra de Baloo. El buen oso había hecho todo lo posible; pero aun así, no pudo llegar antes.

Llegó, casi sin aliento, a la terraza, y su cuerpo desapareció, en seguida, hasta la altura de la cabeza, bajo una verdadera oleada de monos; pero se plantó resueltamente en dos pies y, abriendo los brazos, tomó entre ellos el mayor número posible de enemigos, y comenzó a golpearlos con un continuo ¡paf!, ¡paf!, ¡paf!, parecido al chapoteo de una rueda de palas. El ruido de algo que caía en el agua advirtió a Mowgli que Bagheera se había abierto paso hasta llegar al estanque, en donde no lo podían perseguir los monos.

Estaba echada la pantera, con el agua hasta el cuello, respirando ansiosamente, mientras los monos la vigilaban desde los rojos escalones, listos para saltar sobre ella en cuanto intentara salir para ir en ayuda de Baloo. Fue entonces cuando Bagheera levantó la cabeza, perdida ya toda esperanza, y lanzó, en busca de protección, el grito que sirve para las serpientes: “Tú y yo somos de la misma sangre”, porque creyó que en el último momento Kaa se había vuelto atrás.

En esos precisos instantes, estaba Kaa terminando de abrirse paso por entre el muro situado hacia el oeste, y, con el último esfuerzo que hizo para trasponerlo, produjo el desprendimiento de una de las piedras de las murallas, que fue a parar al foso. No quería desperdiciar ni una sola de las ventajas que le proporcionaba el terreno, y así se enroscó y desenroscó una o dos veces, para asegurarse de que todo su larguísimo cuerpo estaba en condiciones de trabajar con lucimiento.

Entonces Kaa atacó en línea recta, rápidamente, sintiendo el vivo deseo de matar. Todo el poder que tiene una serpiente pitón en la lucha, radica en la fuerza con que su cabeza ataca, apoyada por el fuerte y pesado cuerpo. Su primera lucha fue contra el centro de la imponente masa que rodeaba a Baloo: fue

una ataque a boca cerrada, silenciosa, y no necesitó ir acompañada de la segunda. Los monos huyeron gritando:

—¡Kaa! ¡Es Kaa! ¡Corran! ¡Corran!

Kaa era para los monos lo más temible de toda la Selva, porque ninguno de ellos sabía hasta dónde llegaba su poder; ninguno se atrevía a mirarla cara a cara; y ninguno, tampoco, salió nunca con vida de entre sus anillos. Fue así que, muertos de miedo, huyeron hacia los muros, o los techos de las casas, y Baloo pudo respirar al fin. Su piel era más gruesa que la de Bagheera; pero había sufrido gravemente en la lucha. Entonces Kaa abrió la boca por primera vez, produjo un largo silbido, que era una de sus palabras, y los monos que desde lejos acudían apurados en defensa de sus compañeros de las Moradas Frías, se quedaron en el mismo lugar donde estaban, completamente acobardados, hasta que con su peso se doblaron y crujieron las ramas. Los que estaban sobre los muros y las casas vacías cesaron de gritar, y en medio del silencio que reinó en la ciudad, Mowgli pudo oír a Bagheera sacudiéndose el agua de encima, al salir del estanque.

—Saca al hombrecito fuera de esa trampa, que yo no puedo hacer nada más —dijo Bagheera casi sin aliento—. Tomémoslo y vamos. Puede ser que vuelvan a atacarnos.

—No se moverán hasta que yo se lo mande. ¡Quietos; Asssí!

Silbó Kaa estas palabras, y la ciudad quedó en silencio una vez más. Y continuó Kaa, dirigiéndose a Bagheera:

—No pude venir antes, hermana; pero me parece que te oí llamar...

—Probablemente haya gritado en medio de la lucha —contestó Bagheera—. Baloo, ¿te han hecho daño?

—No estoy muy seguro de que, de tanto estirarme, no me hayan convertido en un centenar de diminutos ositos —contestó gravemente Baloo, alargando primero una pata y después la otra—.

¡Wow! Tengo todo el cuerpo adolorido... Creo que a ti, Kaa, te debemos la vida Bagheera y yo...

—No importa. ¿Dónde está el hombrecito?

—¡Aquí, en la trampa! No puedo encaramarme para salir de ella —gritó Mowgli, que veía sobre su cabeza la curva de la cúpula rota.

—Sáquenlo de aquí. Está bailando como Mao, el pavo real, y va a aplastar a nuestros pequeños —pidieron desde dentro las culebras.

—¡Ja, ja! —exclamó Kaa riendo—, en todas partes tiene amigos este hombrecito. Échate un poco para atrás. Y ustedes, Pueblo Venenoso, escóndanse. Voy a derribar la pared.

Kaa practicó un detenido examen hasta descubrir en los calados de mármol una grieta que indicaba un punto débil; dio encima dos o tres golpecitos con la cabeza para calcular así la distancia conveniente, y entonces, levantando completamente el cuerpo del suelo, en una longitud de cerca de dos metros, dio con toda su fuerza media docena de terribles cabezazos. La pérgola se hizo pedazos, y Mowgli saltó por la rotura, arrojándose entre Baloo y Bagheera, y pasando un brazo alrededor del cuello de cada uno.

—¿Te han hecho daño? —preguntó Baloo, abrazándolo tiernamente.

—Todo el cuerpo me duele, tengo hambre y estoy lleno de moretones; pero, ¡oh!, ¡cómo los han dejado a ustedes! Están cubiertos de sangre.

—Otros también lo están —replicó Bagheera relamiéndose y mirando el gran número de monos muertos que había en la terraza, alrededor del estanque

—¡Eso no es nada..., no es nada! ¡Lo principal es que tú te hayas salvado, ranita mía, orgullo mío! —gimió fuertemente Baloo.

—Ya hablaremos de eso después, —dijo Bagheera, tan secamente que Mowgli se quedó perturbado—. Pero ahí está Kaa, a la

que tú debes la vida y nosotros el haber ganado la batalla. Dale las gracias, según nuestra costumbre, Mowgli.

Éste se volvió y vio a poquísima distancia de su cabeza, a la gran serpiente pitón, que balanceaba la suya.

—Así que éste es el hombrecito —observó Kaa—. Muy fina tiene su piel, y en realidad no deja de parecerse algo a los Bandar-log. Cuida, hombrecito, de que algún día, allá a la hora del crepúsculo, al terminar de cambiar yo la piel, no me equivoque y te tome por un mono.

—“Tú y yo somos de la misma sangre” —contestó Mowgli—. La vida me salvaste esta noche; lo que yo mate en la caza será para ti, Kaa, siempre que sientas hambre.

—Mil gracias, Hermanito —dijo Kaa, cuyos ojos brillaron maliciosamente—. ¿Y qué es lo que puede matar un cazador tan fiero? Desde ahora pido permiso para seguirlo cuando vaya de cacería.

—Nada mato..., soy demasiado pequeño para eso..., pero acorralo las cabras haciéndolas ir hacia el lugar en que están los que pueden apoderarse de ellas. Cuando tengas hambre vente conmigo y verás que no miento. Tengo cierta destreza en el manejo de éstas —y al decirlo mostraba sus manos—, y si algún día llegas a caer en una trampa, podría ser que te pagara la deuda que tengo contigo, con Bagheera y con Baloo, aquí presentes. ¡Buena suerte para todos, maestros míos!

—¡Bien dicho! —gruñó Baloo, al ver la habilidad con que Mowgli había dado las gracias. En cuanto a la serpiente pitón, dejó caer por un momento y muy blandamente su cabeza sobre el hombro del jovencito, diciéndole:

—Tienes un gran corazón y eres muy educado. Eso te llevará muy lejos en la Selva, hombrecito; pero ahora ándate luego de aquí con tus amigos. Anda y duerme, porque la luna ya nos va a dejar, y no está bien que veas lo que va a suceder.

Y Kaa se deslizó hasta el centro de la terraza, cerrando la boca tan ruidosamente que atrajo la mirada de todos los monos:

—La luna se esconde —dijo—. ¿Queda aún suficiente luz para que me vean?

Llegó de los muros una especie de gemido semejante al que produce el viento en los árboles y se oyó:

—Ya te vemos, Kaa.

—Bien. Ahora empieza la danza..., la Danza del Hambre de Kaa. Estén quietos y miren.

Se enroscó dos o tres veces en forma de un enorme círculo, balanceando la cabeza de derecha a izquierda. Luego se puso a formar con el cuerpo óvalos y ochos, viscosos triángulos de vértices achatados que se convertían en cuadrados y pentágonos, y torres hechas de anillos, no descansando un momento, no apurándose nunca, ni cesando el zumbido de su canción especial.

Se quedaron parados Baloo y Bagheera como si fueran de piedra, lanzando sordos aullidos guturales, y con los pelos del cuello erizados. Mowgli miraba sorprendido.

—Bandar-log —dijo, al fin Kaa—, ¿pueden mover los pies y las manos sin que yo se los mande? ¡Hablen!

—Sin orden tuya no podemos, Kaa.

—¡Bien! Den un paso. Acérquense.

Las hileras de monos se inclinaron, sin fuerzas ya, hacia delante, y al propio tiempo que ellas, Baloo y Bagheera dieron también un paso inconscientemente.

—¡Más cerca! —silbó Kaa, y se movieron de nuevo.

Mowgli puso las manos sobre Baloo y Bagheera para apartarlos de allí, y las dos enormes fieras se pusieron a andar como si despertaran de un sueño.

—No separes de mi hombro tu mano —murmuró Bagheera—. No la separes, o tendré que retroceder..., tendré que ir donde está Kaa. ¡Aah!



—Si no hace más que trazar círculos en el suelo —dijo Mowgli—. Vámonos.

Y los tres se escaparon por una rotura de las murallas, dirigiéndose a la Selva.

—¡Woof! —exclamó Baloo, al estar otra vez bajo los árboles—. Nunca más buscaré a Kaa como aliada.

—Sabe más que nosotros —agregó Bagheera temblando—. Si llego a quedarme allí un rato más, voy a parar derecho a su garganta.

—Muchos irán a parar a ella antes de que vuelva a salir la luna —afirmó Baloo—. ¡Bien va a cazar... a su modo!

—Pero ¿qué significa todo eso? —preguntó Mowgli, que ignoraba el poder de fascinación que poseía Kaa—. Yo no vi más que una enorme serpiente que trazaba círculos del modo más estúpido, hasta que quedamos en la obscuridad. Y tenía la nariz muy hinchada. ¡Jo, jo, jo!

—Mowgli —lo reprendió de muy mal humor Bagheera—, si su nariz está hinchada, es por tu culpa, como por tu culpa también están mis orejas, mis lados, mis patas, y el cuello y pecho de Baloo llenos de mordiscos. Ni Baloo ni Bagheera podrán cazar a gusto en bastantes días.

—No importa —contestó Baloo—. Hemos recuperado al hombrecito.

—Cierto; pero nos cuesta nuestro tiempo, que hubiéramos podido aprovechar mejor en una buena cacería; nuestras heridas, nuestro pelo y, finalmente, nuestra honra. Porque, acuérdate, Mowgli, de que yo, la pantera negra, me vi obligada a llamar en mi auxilio a Kaa, y Baloo y yo quedamos atontados como pajaritos al ver la Danza del Hambre de Kaa, y todo eso, por haberte ido a jugar con los Bandar-log.

—Es cierto, es cierto —asintió tristemente Mowgli—. Soy un hombrequito muy malo, y aquí en el pecho siento la tristeza de

haberlo sido.

—¡Je! ¿Qué dice la Ley de la Selva, Baloo?

—El arrepentimiento no libra del castigo. Pero acuérdate, Bagheera, de que es aún muy joven —añadió.

—Ya me acuerdo; pero ha cometido una falta, y hay que pegarle. ¿Tienes algo que decir, Mowgli?

—Nada. Hice mal. Baloo y tú están heridos. Es justo.

Entonces Bagheera le dio media docena de golpes, ligeros y cariñosos. Cuando terminó, Mowgli estornudó y se enderezó nuevamente, sin decir palabra.

—Ahora —dijo Bagheera—, siéntate en mi lomo, Hermanito, y volveremos a casa.

Mowgli se tendió sobre el lomo de Bagheera, apoyando la cabeza en él, y se durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando lo pusieron junto a mamá Loba en la caverna donde tenía su hogar.

DE CÓMO VINO EL MIEDO

La Ley de la Selva ha considerado casi todos los casos que podrían presentarse a su Pueblo. Mowgli, que pasó gran parte de su vida en la manada de los lobos de Seeonee, aprendió la Ley con Baloo, el oso pardo; y el mismo Baloo fue quien le dijo, cuando el jovencito empezó a impacientarse de tanto recibir órdenes, que la Ley era como la Enredadera Gigante, porque alcanza todas las espaldas, y no hay una que pueda escaparse de que caiga sobre ella.

—Cuando hayas vivido tanto como yo, Hermanito, verás que toda la Selva obedece, por lo menos, a una ley —dijo Baloo—. Y no te parecerá esto muy agradable —añadió.

Y hubo un año en que las palabras de Baloo se cumplieron: entonces Mowgli pudo ver a toda la Selva bajo el poder de la Ley.

Esto comenzó a ocurrir cuando las lluvias del invierno faltaron casi por completo, y cuando Ikki, el puerco espín, encontrando a Mowgli entre unos bambúes, le dijo que las batatas silvestres se secaban.

—¿A mí qué me importa eso? —le respondió Mowgli.

—Por ahora no mucho —contestó Ikki, haciendo sonar sus púas muy estirado y violento—; pero más tarde, veremos. ¿Sigues aún dando chapuzones en la laguna que hay en la roca, allá en las Peñas de las Abejas, Hermanito?

—No. El agua es tan tonta que se va marchando, y no tengo ganas de romperme la cabeza —contestó Mowgli, que en aquella

época creía saber tanto como cinco juntos de cuantos formaban el Pueblo de la Selva.

—Pues todo eso te pierde. Si te la rompieras un poco, quizá por la abertura te podría entrar algo de juicio.

El hombrecito le contó luego a Baloo lo que aquél le había dicho. Se puso el oso muy serio, y murmuró entre dientes:

—Si estuviera solo cambiaría ahora de cazadero, antes de que empezaran los demás a pensar en uno. Sin embargo, cuando se caza en país ajeno siempre se termina en una lucha, y bien podría ser que le hicieran daño al hombre-cachorro. Hay que esperar y ver cómo florece el mohwa...

Aquella primavera, el árbol de mohwa, al que tanto cariño tenía Baloo, no floreció. Luego, el incesante calor fue entrando, paso a paso, en el corazón de la Selva, primero volviéndolo todo amarillo, después de color de tierra, y, finalmente, negro.

Desde los comienzos del año, los pájaros y los monos emigraron hacia el norte, porque sabían lo que iba a venir; y el ciervo y el jabalí se instalaron entre los muertos campos de los aldeanos, muriéndose ellos también, algunas veces a la vista de los hombres, que estaban demasiado débiles para matarlos.

Mowgli, que nunca había sabido realmente lo que significaba tener hambre, tuvo que recurrir incluso a una miel vieja, de tres años, raspada de abandonadas colmenas hechas en la roca..., miel negra como la mora y entera empolvada con azúcar seca. Se dedicó también a cazar gusanos de los que taladran la corteza de los árboles, y no pocas veces les robó a las avispa las crías de sus avisperos. Toda la caza que había en la Selva no era más que piel y huesos, y Bagheera mataba tres veces en una sola noche sin llegar a obtener lo que necesitaba para saciar su apetito. Pero lo peor de todo era la falta de agua, porque aunque el Pueblo de la Selva bebe muy rara vez, necesita beber, sin embargo, en gran cantidad cada vez.

El calor continuó, y secó toda humedad, hasta que, al fin, el arroyo del río Waingunga fue el único lugar por donde pasaba un hilito de agua entre las orillas secas; y cuando Hathi, el elefante salvaje, vio aparecer un largo, descarnado y azul banco de piedra, completamente seco, en medio de la corriente, comprendió que aparecía ante su vista la Peña de la Paz, y, de cuando en cuando, levantó la trompa y proclamó la Tregua del Agua, como su padre la había proclamado, cincuenta años atrás.

Según la Ley de la Selva, se castiga con pena de muerte al que mata en lugares destinados a beber, desde el momento en que la Tregua del Agua ha sido proclamada. Esto se debía a que el beber es antes que el comer. En las buenas temporadas, cuando el agua era abundante, los que iban a beber al río Waingunga lo verificaban arriesgando la vida, y este riesgo contribuía, en gran parte, al atractivo de las excursiones nocturnas. Pero ahora, todo ese juego, que podía ser mortal, había terminado; el Pueblo de la Selva llegaba, hambriento y triste, al río, cuyo cauce parecía haberse encogido, y el tigre, el oso, el ciervo, el búfalo, el jabalí, todos juntos, bebían en las sucias aguas y se quedaban allí mismo, sin fuerzas para moverse. Solo la Peña de la Paz se extendía a través del agua poco profunda, como si fuera una larga culebra, y las leves, fatigadas ondulaciones de la corriente, silbaban al dar contra sus cálidos costados y evaporarse.

Allí iba cada noche Mowgli en busca de aire y de compañía. El más hambriento de todos sus enemigos apenas hubiera hecho caso al hombrecito. Su piel desnuda le hacía parecer aun más flaco y miserable que ninguno de sus compañeros. El cabello se le había descolorido con el sol perdiendo toda gracia; se le notaban las costillas como si fueran mimbres de un canasto, y los bultos que le habían crecido en las rodillas y los codos, por la costumbre de arrastrarlos por el suelo caminando en cuatro patas, daban a sus reducidos miembros el aspecto de ramos de hierbas trenzadas. Pero debajo de esa melena enredada se veían

unos ojos fríos, reposados, porque Bagheera, que era su consejera en aquellos días, le advirtió que anduviera con calma, que cazara despacio, y que nunca, por ningún motivo, se enojara.

—Malos tiempos son éstos —dijo la pantera negra una noche en que el calor era como el de un horno—; pero ya pasarán, si no nos morimos antes. ¿Te has llenado el estómago, hombrecito?

—Algo metí en él; pero no lo suficiente. ¿No te parece, Bagheera, que las lluvias se han olvidado de nosotros y que no volverán nunca más?

—¡No! Aún veremos florecer el mohwa y engordar los pequeños ciervos con la hierba fresca. Vente a la Peña de la Paz a saber noticias. Súbete a mi lomo, Hermanito.

—No es ésta época de cargar pesos. Aún puedo mantenerme en pie sin que me ayuden; pero la verdad es que ni tú ni yo nos parecemos, por lo gordos, a los bueyes bien cebados.

Bagheera se miró los lados, verdaderos harapos cubiertos de polvo, y murmuró:

—Anoche maté un buey uncido al yugo. Tan pocas fuerzas me quedaban que creo que no me habría atrevido a saltarle encima si le hubiese visto en libertad. ¡Wou!

Mowgli se rió y dijo:

—Sí, tú y yo somos ahora un buen par de cazadores. Yo soy muy audaz para comer gusanos.

Y ambos se fueron, a través de la maleza, hacia la orilla del río, donde se formaban hermosos montones de arena que, por todos lados, habían salido de él.

—El agua ya no puede durar mucho —observó Baloo juntándose con ellos—. Miren hacia allá. Al otro lado se ven hileras de huellas que se parecen a los caminos que trazan los hombres.

—En verdad que estamos bajo el peso de una sola ley —dijo Bagheera, pasando la corriente y mirando hacia las filas de cuernos, que chocaban unos con otros, y a los inquietos ojos

que se veían en el lugar donde ciervos y jabalíes se empujaban—: ¡Buena suerte a todos los de mi sangre! —añadió, tendiéndose larga como era, con uno de sus costados fuera del agua, y luego entre dientes—: ¡Buena suerte sería la del que pudiera cazar aquí a no ser por eso que se llama Ley!

Al finísimo oído de los ciervos no se escaparon las últimas palabras, y surgió un rumor sobresaltado a lo largo de las filas.

—¡La Tregua! ¡Acuérdate de la Tregua! —exclamaron.

—¡Orden, orden! —pidió con voz profunda Hathi, el elefante salvaje—. La Tregua subsiste, Bagheera. No es ésta la ocasión para hablar de caza.

—Nadie lo sabe mejor que yo —contestó Bagheera, dirigiendo sus miradas río arriba—. No devoro más que tortugas..., no soy más que una pescadora de ranas. ¡Ñayah! ¡Quisiera poder alimentarme únicamente de ranas!

—También nosotros quisiéramos que lo hicieras, y nos gustaría mucho —replicó, gimiendo, un pequeño ciervo nacido esa misma primavera, y al cual no le agradaba a Bagheera.

Por muy abatido que estuviera el Pueblo de la Selva, nadie, ni aun el mismo Hathi, pudo menos que reírse con disimulo, mientras Mowgli, echado de codos sobre el agua, soltaba la carcajada y golpeaba la espuma con los pies.

—¡Bien dijiste, pequeño ciervo! —replicó Bagheera—. Cuando haya terminado la Tregua se te tendrá esto en cuenta.

Y a través de las sombras, le clavó los ojos, para tener la seguridad de reconocerlo en mejor ocasión.

Poco a poco la conversación se fue generalizando por todos lados en los lugares destinados a beber. De vez en cuando dirigían alguna pregunta en demanda de noticias a los carnívoros que estaban al otro lado del río; pero éstas eran siempre malas, y el rugiente viento de la Selva iba y venía por entre las rocas, esparciendo ramas y polvo por encima del agua.

—También los hombres se mueren junto a sus arados —dijo un sambhur joven—. Yo he encontrado a tres, entre la hora del crepúsculo y la noche. Estaban tendidos, completamente quietos, y sus bueyes con ellos, a su lado. Así estaremos nosotros dentro de poco, bien quietos y tendidos.

—El río ha bajado desde ayer en la noche— afirmó Baloo—. Hathi, ¿has visto alguna vez una sequía como ésta?

—Ya pasará, ya pasará —contestó Hathi, lanzando agua al aire para que le cayera sobre el lomo y los lados.

—Tenemos aquí a alguien que no podrá resistir mucho tiempo —observó Baloo, y al decirlo miró hacia el jovencito a quien tanto quería.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó indignado Mowgli, sentándose sobre el agua—. Yo no tengo un pelo largo para cubrir mis huesos, pero..., pero ¿y si te quitaran a ti la piel, Baloo?

Hathi tembló nada más que de pensarlo, y Baloo dijo con aire severo:

—Hombrecito, eso no está bien que se lo digas a un Maestro de la Ley. Nunca nadie me ha visto sin piel.

—Bien, yo no quise decir nada malo, Baloo, sino únicamente que tú eres, por decirlo así, como un coco con cáscara, y yo soy como uno que no la tuviera. Ahora bien, esa cáscara parda que tú tienes...

Estaba Mowgli sentado con las piernas cruzadas, razonando como de costumbre con el índice levantado, cuando de pronto Bagheera alargó suavemente una pata, y lo tiró de espaldas al agua.

—Vamos de mal en peor —dijo atarantadamente la pantera negra al levantarse el hambrecito—. Primero, que hay que quitarle la piel a Baloo; luego que es un coco... Pues mira, cuida que no haga él lo que hacen los cocos maduros.

—Y ¿qué es eso? —preguntó Mowgli, a quien por un momento escuchó distraído la advertencia y no la comprendió.

—Romperte la cabeza —contestó suavemente Bagheera, dándole otro empujón y zambulléndolo de nuevo.

—¡No está bien! Pues, ¿qué quisieras? Esa cosa desnuda, que anda corriendo siempre de aquí para allá, bromea, como los monos, con los que en un tiempo fueron buenos cazadores, y nos tira de los bigotes, por juego, a los mejores de nosotros.

El que hablaba era Shere Khan, el tigre cojo, que descendía hacia el agua. Se quedó plantado un momento para disfrutar con la impresión que su vista producía a los pequeños ciervos al otro lado del río; luego dejó caer la cuadrada cabeza llena de arrugas, comenzó a beber a lengüetadas, y refunfuñó:

—La Selva se ha convertido ahora en un criadero de cachorros desnudos. ¡Mírame, hombrecito!

Mowgli miró, clavó los ojos, mejor dicho, con el aire más insolente que le fue posible, y, al cabo de un instante, Shere Khan se volvió con visible malestar.

—¡Hombrecito por aquí..., hombrecito por allá!... —rugió sordamente—. ¡Ea! El cachorro ese no es ni hombre ni cachorro, porque de lo contrario hubiera tenido miedo. En la próxima temporada tendré yo que pedirle permiso para que me deje beber.

—Bien podría ser que ocurriera esto —dijo Bagheera—. Bien podría ser. ¡Fu! ¡Shere Khan! ¿Qué cosa tan abominable nos trae ahí?

El tigre cojo había hundido la barba y la mandíbula en el agua, y obscuras, flotaban oleosas rayas desde donde él bebía, siguiendo corriente abajo.

—¡Un hombre! —dijo fríamente Shere Khan—. Hace una hora que maté a un hombre.

Toda la fila de animales se estremeció, moviéndose presa de agitación, y por ella comenzó a correr un murmullo que, al fin, se convirtió en un grito:

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Ha matado a un hombre!

Entonces todos miraron hacia Hathi, el elefante salvaje, pero él parecía en aquel momento no oír.

—¡Matar a un hombre en esta temporada! ¿Es que no tenías otra caza a mano? —exclamó Bagheera.

—Maté por gusto, no porque necesitara carne.

Comenzó nuevamente el murmullo de horror, y el vigilante ojo blanco de Hathi miró en dirección a Shere Khan.

—Por gusto —repitió lentamente Shere Khan—. Y ahora vengo a beber y a limpiarme. ¿Hay alguien que se oponga a ello?

El lomo de Bagheera comenzó a encorvarse como un bambú cuando sopla viento fuerte; pero Hathi levantó la trompa y habló con calma.

—¿Has matado por gusto? —preguntó.

—Así es. Tenía derecho a hacerlo, porque esta noche es mía. Tú lo sabes Hathi.

Shere Khan hablaba casi cortésmente.

—Sí, ya sé —concedió Hathi.

Y después de breve silencio, añadió:

—¿Has bebido todo lo que necesitabas?

—Por esta noche, sí.

—Entonces lárgate. El río es para beber y no para ensuciarlo. Nadie más que el tigre cojo hubiera aprovechado su derecho en esta temporada en que..., en que padecemos todos..., tanto los hombres como el Pueblo de la Selva. Limpio o sucio, ¡regresa a tu guarida, Shere Khan!

Las últimas palabras resonaron como si fueran trompetas de plata, y los tres hijos de Hathi se adelantaron un paso, aunque no hubiera ninguna necesidad de ello. Se escurrió Shere Khan sin atreverse ni a dar siquiera un gruñido, porque bien sabía lo que para nadie es cosa ignorada: que finalmente el amo de la Selva es Hathi.

—¿Qué derecho es ese de que habla Shere Khan? —preguntó Mowgli al oído de Bagheera—. Matar a un hombre es siempre

cosa vergonzosa. La Ley lo establece así. Y, sin embargo, dice Hathi...

—Pregúntaselo a él. Yo no sé, Hermanito. Pero tenga o no derecho, a no haber hablado Hathi ya le habría dado yo a ese carnicero cojo una lección. Venir a la Peña de la Paz poco después de matar a un hombre... y luego jactarse de ello..., eso es acción digna solo de un chacal. Y además ha venido a ensuciar el agua.

Esperó Mowgli un minuto para darse ánimo, porque nadie se atrevía a hablar a Hathi directamente, y luego preguntó:

—¿Cuál es el derecho que tiene Shere Khan, Hathi?

—Es una antigua historia —respondió Hathi—; una historia más vieja que la Selva. Cállense todos, en ésta y la otra orilla, y yo se las contaré.

Hubo uno o dos minutos de alboroto, y al fin los que dirigían las manadas gruñeron suavemente:

—Estamos esperando.

Hathi se adelantó, metiéndose casi hasta las rodillas en la laguna que se formaba junto a la Peña de la Paz.

—Bien saben, hijos míos —comenzó—, que de todas las cosas a la que más temen es al hombre.

Se oyó un murmullo de aprobación.

—¿Y saben por qué le tienen miedo al hombre? —continuó Hathi—. La razón es ésta: en el principio de la Selva, y nadie sabe cuándo fue eso, nosotros, sus hijos, andábamos juntos, sin sentir ningún temor unos de otros. Y el señor de la Selva era Tha, el primer elefante. Él sacó a la Selva de las profundas aguas con su trompa; y donde él trazó surcos en la tierra con sus colmillos, allí corren los ríos; y donde él pegó con el pie, allí brotaron manantiales de agua potable; y cuando él hizo sonar la trompa... así... cayeron los árboles. De esta suerte fue hecha la Selva por Tha; y así me contaron a mí el cuento:

“En aquellos tiempos no había trigo, ni melones, ni pimentas, ni cañas de azúcar, ni había tampoco chozas como las

que todos ustedes han visto, y el Pueblo de la Selva no sabía una palabra del hombre, y vivía en común formando un solo Pueblo. Pero, poco a poco, empezaron las disputas por la comida, aunque hubiera pastos suficientes para todos. Eran unos holgazanes. Cada uno quería comer donde estaba echado. Tha, el primer elefante, andaba ocupado creando nuevas selvas y encauzando ríos. No podía estar en todas partes, y así, nombró al primer tigre dueño y juez de la Selva, con la obligación de que disolviera todas las cuestiones que el Pueblo tenía el deber de someter a su juicio. En aquellos tiempos el primer tigre comía fruta y hierba, como todos los demás. Tenía igual tamaño que yo y era muy hermoso, era entero del color de las flores de enredadera amarilla. No había rayas en su piel en aquellos felices tiempos en que la Selva era joven. El Pueblo de la Selva acudió ante él sin ningún temor, y su palabra era para todos la ley.

”Pero una noche hubo una disputa entre dos ciervos, y dicen que al hablar ambos a la vez, ante el primer tigre, uno de los ciervos lo empujó con los cuernos, y el primer tigre se olvidó de que era el dueño y juez de la Selva, y, saltando sobre el ciervo, le partió el cuello de un mordisco.

”Hasta aquella noche, ninguno de nosotros había muerto, y el primer tigre, al ver lo que había hecho, y enloquecido por el olor de la sangre, huyó hacia los pantanos del norte, y nosotros, los de la Selva, al quedarnos sin juez, comenzamos a luchar unos con otros, y Tha, que oyó el ruido, volvió entonces. Le dijimos unos esto, y los otros lo otro; pero él vio el ciervo muerto, y preguntó quién lo había matado, y nosotros no quisimos decírselo, porque el olor de la sangre nos había enloquecido también. Entonces Tha dio a los árboles que tenían ramas bajas y a las enredaderas de la Selva la orden de que marcaran al matador del ciervo de modo que él pudiera reconocerlo, y añadió:

"¿Quién quiere ser, ahora, dueño del Pueblo de la Selva?"
 "Saltó en seguida el mono gris, que vive en las ramas, y dijo:
 "Yo quiero ser el dueño de la Selva."
 "Tha se rio al oírlo, y contestó:
 "Así sea."
 "Después de eso se fue de muy mal humor.
 "Hijos míos, ya conocen al mono gris. Era entonces lo que es ahora. Al principio tuvo toda la compostura de un sabio; pero al cabo de poco tiempo comenzó a rascarse y a saltar, y cuando Tha volvió lo encontró colgado, cabeza abajo, de una rama, burlándose de los que estaban en el suelo, y éstos, a su vez, se burlaban de él. Así, pues, no había ley en la Selva..., sino solamente una estúpida charla y palabras sin sentido.
 "Entonces Tha nos llamó a todos y dijo:
 "El primero de sus dueños trajo la Muerte a la Selva, y el segundo, la Vergüenza. Pues bien: ya es hora de que tengan una ley, y una ley a la que no puedan faltar. Ahora conocerán al Miedo, y, una vez que lo hayan conocido, sabrán que él es su amo, y todo lo demás vendrá por sí solo. Entonces nosotros, los de la Selva, dijimos:
 "¿Qué es miedo?"
 "Y Tha contestó:
 "Búsquenlo hasta encontrarlo.
 "Fuimos, por lo tanto, de un lado a otro de la Selva buscando al Miedo, y de pronto los búfalos volvieron con la noticia de que en una caverna, en la Selva, estaba sentado el Miedo, y de que no tenía pelo en el cuerpo, caminando solo con las patas posteriores. Entonces nosotros seguimos al rebaño hasta llegar a aquella caverna, y allí estaba el Miedo, de pie a la entrada. Al vernos gritó, y su voz nos llenó de temor, y nosotros, entonces, atropellándonos unos a otros y haciéndonos daño, huimos porque teníamos miedo. Aquella noche, los de la Selva no nos echamos

juntos como solíamos, sino que cada tribu fue por sí sola..., cada uno con su semejante, y así se acostaron todos en la Selva, presa de agitación.
 "El único que no estaba con nosotros era el primer tigre, porque se ocultaba aún en los pantanos del norte, y cuando llegó hasta él el rumor de lo que habíamos visto en la caverna, dijo:
 "Iré a donde esté eso, y le partiré el cuello."
 "Corrió, pues, toda la noche hasta llegar a la caverna; pero los árboles y las enredaderas que encontraba al paso recordando la orden que les había dado Tha, bajaron sus ramas y marcaron su piel mientras corría, dibujando las huellas de sus dedos en el dorso, lados, frente y mandíbulas del tigre. ¡Y estas rayas son las que aún hoy llevan sus hijos! Cuando llegó a la caverna, el Miedo, el de la piel desnuda, tendió la mano y lo llamó el rayado, el cazador nocturno, y el primer tigre sintió miedo ante el de la piel desnuda, y se volvió, rugiendo, a los pantanos.
 "Tan fuertes eran los rugidos que llegó a oírlos Tha, y dijo:
 "¿Qué desgracia te ocurre?"
 "Y el primer tigre contestó:
 "¡Oh, Tha! Devuélveme mi antiguo poder. Me avergonzaste ante toda la Selva, llegué a huir de quien tiene la piel desnuda, y aun me ha llamado lo que para mí es una deshonra.
 "¿Y por qué? —preguntó Tha.
 "Porque voy manchado con el fango de los pantanos.
 "Nada, entonces; revuélcate sobre la hierba mojada y, si es fango, quedarás limpio —aseguró Tha.
 "Y el primer tigre nadó, y se revolcó cien y cien veces sobre la hierba; pero ni una sola rayita de su piel cambió en lo más mínimo, y Tha, que lo estaba observando, se rio. Entonces, el primer tigre dijo:
 "¿Qué he hecho yo para que me ocurra esto?"
 "A lo que contestó Tha:

—Mataste a ciervo: con eso la Muerte tuvo fácil entrada en la Selva la Muerte, y con la Muerte vino el Miedo, hasta el punto de que los habitantes de la Selva se temen unos a otros, de la misma manera que tú le temes al de la piel desnuda.

—Frente a esto el primer tigre sostuvo:

—A mí no me tendrán miedo nunca, porque los conocí desde el principio.

—Repuso Tha:

—Anda a verlo.

—Y el primer tigre corrió de un lado a otro llamando a voces a los de la Selva, y todos huyeron de él, que había sido su juez, porque le tenían miedo.

—Se volvió entonces el primer tigre, vencido su orgullo, y dando cabezazos contra el suelo, desgarró la tierra con sus uñas, replicando:

—Acuérdate de que hubo un tiempo en que fui el dueño de la Selva. ¡No me olvides, Tha! ¡Permite que mis hijos recuerden que algún día no supe lo que era la vergüenza ni lo que era el miedo!

—Y Tha contestó:

—Haré algo por ti, porque tú y yo vimos juntos nacer la Selva. Por espacio de una noche cada año, las cosas volverán a ser lo que fueron antes de que muriera el ciervo..., y esto no será más que para ti y tus hijos. Durante aquella noche, si tropezas con el de la piel desnuda (y su nombre es el hombre), no le temerás tú a él, sino que él te temerá a ti. Ten misericordia de él esta noche cuando lo veas atemorizado, porque también tú conoces al Miedo.

—Entonces el primer tigre contestó:

—Contento estoy.

—Pero cuando se acordó luego del nombre que le había dado el de la piel desnuda, se enfureció. Durante un año vivió en

los pantanos, esperando que Tha cumpliera su promesa. Una noche, al fin, cuando el Chacal de la Luna (la estrella vespertina) brilló con clara luz sobre la Selva, sintió él que su noche había llegado, fue a la caverna en busca del de la piel desnuda, y encontrándolo atemorizado lo mató, creyendo que había matado al Miedo. Entonces, mientras olfateaba al muerto, oyó a Tha que descendía de los bosques del norte, y luego la voz del primer elefante preguntó:

—¿Es ésta la misericordia que tú muestras?

—El primer tigre se relamió contestando:

—¿Qué importa? Maté al Miedo.

—Y Tha le replicó:

—¡Ah, ciego y loco! Le has quitado a la Muerte las cadenas que detenían sus pies y ella seguirá tus huellas hasta que mueras. Tú enseñaste al hombre a matar.

—El primer tigre, erguido junto al cadáver, repuso entonces:

—Está como estaba el ciervo. Ya no existe el Miedo. Ahora juzgaré de nuevo a los Pueblos de la Selva.

—Pero Tha respondió:

—Jamás volverán a buscarte los Pueblos de la Selva. Solo el Miedo te seguirá y con invisibles golpes te hará estar a su disposición. Tú no le has tenido misericordia, y ninguna, tampoco, te tendrá él a ti.

—El primer tigre se sintió lleno de audacia, porque su noche no había pasado aún, y replicó:

—Lo prometido es deuda para Tha. ¿Me privará él de mi noche?

—Y Tha le contestó:

—La noche que te di es tuya, como te dije; pero tienes que pagar algo por ella. Tú enseñaste al hombre a matar, y él es discípulo que aprende rápido.

—Continuó el primer tigre:

—Aquí está el espinazo, bajo mi garra y partido. Haz saber a la Selva que yo maté al Miedo.

—Entonces Tha se rió, y dijo:

—Has matado a uno de tantos; pero tú mismo se lo contarás a la Selva..., porque tu noche ha terminado ya.

—Entonces se hizo de día, y de la boca de la caverna salió otro de los de piel desnuda, vio el cadáver en el camino y el primer tigre encima, y tomó un bastón puntiagudo, como los que ponen en el fondo de los hoyos que sirven de trampa, y arrojándolo hirió al primer tigre en el lado. Así, ocurrieron las cosas tal como había dicho Tha, porque el tigre fue corriendo por la Selva dando rugidos, hasta que logró arrancarse el palo ese, y todos supieron que el de la piel desnuda podía herir a distancia, por lo que le temieron más que antes. Y, sin embargo, una noche durante cada año, el de la piel desnuda teme al tigre, como Tha prometió que sucedería, y nunca la fiera le ha dado motivo para perder ese miedo. Donde lo encuentra, lo mata, acordándose de la vergüenza que tuvo que pasar el primer tigre. Durante el resto del año, el Miedo se pasea por la Selva tanto de día como de noche. Y solo cuando un gran miedo aparece sobre todas las cosas, como ocurre ahora, podemos los de la Selva dejar a un lado nuestros temores de poca importancia y juntarnos en un mismo lugar, como actualmente lo hacemos”.

—¿Nada más que durante una noche le tiene miedo el hombre al tigre? —preguntó Mowgli.

—Solo durante una noche —contestó Hathi.

—Pero yo..., pero ustedes..., pero toda la Selva sabe que Shere Khan mata hombres dos y tres veces en lo que dura una misma luna.

—Así es. Entonces ataca por la espalda y vuelve la cabeza al saltar, porque está lleno de miedo. Si el hombre llegara a mirarlo, el tigre saldría corriendo.

—¡Ah! —dijo para sí Mowgli—. Ahora comprendo por qué Shere Khan me retó a que le mirara. No ganó mucho con eso, porque no pudo resistir mi mirada, y... yo, la verdad es que no caí a sus pies. Pero hay que tener en cuenta que yo no soy un hombre, pues pertenezco al Pueblo Libre”.

—¡Hum! —exclamó Bagheera desde lo más profundo de su garganta—. ¿Sabe el tigre cuál es su noche?

—Nunca hasta que el Chacal de la Luna brilla claramente, elevándose por encima de la niebla del anochecer. Cae a veces en la época de las lluvias y a veces en la sequía de verano. Pero, a no ser por el primero, nunca hubiera ocurrido nada de eso, ni ninguno de nosotros hubiera conocido el Miedo.

Gimió tristemente el ciervo, y los labios de Bagheera se movieron para sonreír con una sonrisa irónica.

—¿Saben los hombres este cuento? —preguntó.

—Nadie lo sabía más que los tigres y nosotros, los elefantes..., los hijos de Tha. Ahora ya lo saben, también todos los que están por ahí en las lagunas.

Hundió Hathi la trompa en el agua, como demostrando que no quería hablar más.

—Pero..., pero..., pero... —dijo Mowgli, volviéndose hacia Baloo—. ¿Por qué el primer tigre no siguió comiendo hierbas, hojas y árboles? Después de todo, no hizo más que quebrarle el pescuezo al ciervo: no lo devoró. ¿Qué es lo que le hizo aficionarse a comer carne caliente?

—Los árboles y enredaderas le llenaron el cuerpo de señales, Hermanito, e hicieron de él esa cosa rayada que hoy vemos. Nunca más quiso comer sus frutos, sino que desde aquel día se vengó en el ciervo y en los demás que son de los que comen hierba —contestó Baloo.

—Entonces tú sabías también el cuento, ¿eh? ¿Cómo nunca te lo oí?

—Porque la Selva está llena de cuentos así. Si empezara a contártelos no terminaría nunca. Vamos, suéltame la oreja, Hermanito.

¡AL TIGRE! ¡AL TIGRE!

Ahora bien, retrocedamos hasta la época del primer cuento. Cuando Mowgli abandonó la caverna de los lobos, después de la lucha que tuvo con la manada en el Consejo de la Peña, se fue hacia las tierras de cultivo donde vivían los campesinos; pero no quiso quedarse allí por estar demasiado cerca de la Selva y por saber que en el Consejo había dejado, por lo menos, un enemigo acérrimo. Así, entonces, afirmó el paso siguiendo un mal camino que iba a parar hasta el valle, y no lo abandonó, corriendo al trote largo durante casi cinco leguas, hasta que llegó a un país que no conocía. El valle se abría allí convirtiéndose en gran llanura, salpicada de rocas y con precipicios. A un extremo se veía una aldea, y al otro la tupida selva descendía súbitamente hasta las tierras de pastos, parándose de golpe. Por toda la llanura pastaban búfalos y ganado, y cuando los cuidadores vieron a Mowgli, comenzaron a gritar, huyendo. Mowgli siguió adelante, porque se sentía hambriento, y al llegar a la entrada de aquel lugar vio que el gran arbusto espinoso que habían puesto allí para interceptar el paso, estaba entonces corrido hacia un lado.

—¡Huy! —exclamó—. ¡Así que aquí los hombres también le temen al Pueblo de la Selva!

Se sentó junto a la entrada, y cuando vio venir a un hombre, se levantó, abrió la boca y señaló hacia el interior de ella, para expresar que necesitaba comida. El hombre miró y retrocedió corriendo por la única calle de la aldea, llamando a grandes voces

al sacerdote. Éste acudió, y con él unas cien personas más, mirando, hablando y dando gritos mientras señalaban a Mowgli.

—¡Qué mal educado está el Pueblo de los Hombres! —se dijo el hombrecito—. Solo los monos grises harían semejantes cosas”.

—¿Pero de qué tienen miedo? —preguntó el sacerdote—. Miren esas señales que tiene en los brazos y en las piernas: son cicatrices de los mordiscos que le han dado los lobos. Él mismo no es más que un niño-lobo que se ha escapado de la Selva.

—¡Arré! ¡Arré! —exclamaron a la vez dos o tres mujeres—. ¡Mordido por los lobos! ¡Pobrecito! ¡Un jovencito tan hermoso! Tiene unos ojos como brasas. Te juro, Messua, que se parece al niño que te robó el tigre.

—Déjame mirarlo bien —dijo una mujer que llevaba pesados brazaletes de cobre en la muñeca y en los tobillos—. De verdad que se le parece —continuó—. Es más flaco, pero tiene el mismo aspecto de mi niño.

El sacerdote era un hombre inteligente, y sabía que Messua era esposa del aldeano más rico del lugar. Así, mirando antes al cielo por un momento, dijo solemnemente:

—Lo que la Selva te quitó, la Selva te lo devuelve. Llévate al jovencito a tu casa, hermana mía, y no te olvides de honrar al sacerdote cuya mirada penetra hondamente en la vida de los hombres.

Se disolvió el grupo al ver que la mujer hacía señas a Mowgli para que se dirigiera con ella a su choza, donde le dio un buen trago de leche y un poco de pan, y, hecho esto, le puso la mano sobre la cabeza y lo miró en los ojos, pensando si realmente sería su hijo que volvía de la Selva, adonde el tigre se lo había llevado.

—¡Nathoo! ¡Nathoo! —le llamó. Pero Mowgli no dio señal alguna de reconocer este nombre.

—¿No te acuerdas de aquel día en que te regalé un par de zapatos nuevos?

Tocó el pie del jovencito y lo encontró tan duro casi como si estuviera revestido de una superficie córnea.

—No —dijo tristemente—, esos pies no han llevado jamás zapatos... Pero tú te pareces mucho a mi Nathoo, y de todos modos serás mi hijo.

“¿De qué sirve ser hombre —se preguntaba Mowgli—, cuando uno no entiende el lenguaje que los hombres usan? Estoy hecho un tonto y un sordo, como le ocurriría también a cualquier hombre que estuviera entre nosotros. No tengo más remedio que aprender ese lenguaje”.

Así, en cuanto Messua pronunciaba una palabra, Mowgli la imitaba también, casi con perfección, y antes de que obscureciera ya había aprendido los nombres de muchas cosas de las que se veían en la choza.

Surgió alguna dificultad a la hora de acostarse, porque Mowgli se resistía a dormir bajo un techo, y en cuanto cerraron la puerta, salió por la ventana. Así, entonces, Mowgli se tendió sobre la alta y limpia hierba que crecía al extremo del campo; pero antes de que hubiera podido cerrar los ojos, un gris y suave hocico vino a tocarle bajo la barba.

—¡Fú! —exclamó el Hermano Gris, que era el mayor de los cachorros que tenía mamá Loba—. ¡Qué premio me das por haberte estado siguiendo durante veinte leguas! Nada de humo de leño ni ganado..., ni más ni menos que un hombre. ¡Anda, despiértate, Hermanito! ¡Traigo noticias!

—¿Están todos bien en la Selva? —preguntó Mowgli, dándole un abrazo.

—Todos, excepto los que recibieron quemaduras de la Flor Roja. Ahora oye: Shere Khan se ha ido a cazar a otra parte, muy lejos, hasta que le vuelva a crecer el pelo, porque lo tiene todo quemado. Jura que cuando regrese enterrará tus huesos en el Waingunga.

—Somos dos los que hemos de hablar de este asunto. También yo he jurado algo.

—¿No te olvidarás de que eres un lobo? ¿No te harán los hombres olvidarte de ello? —preguntó el Hermano Gris con la mayor ansiedad.

—Nunca. Siempre he de acordarme de que te quiero a ti, y de que quiero a todos los de nuestra cueva; pero también me acordaré siempre de que me expulsaron de la manada.

—Cuida de que no te expulsen ahora de otra. Los hombres son hombres y nada más, Hermanito, y sus conversaciones son como las de las ranas en los charcos. Cuando vuelva por aquí te esperaré entre los bambúes, al extremo de la pradera.

En tres meses, a contar desde aquella noche, Mowgli casi no salió de la aldea, porque estaba muy ocupado aprendiendo los usos y costumbres de los hombres. Además, los jovencitos de la aldea lo molestaban mucho. Mowgli no conocía tampoco las diferencias que las castas establecen entre los hombres. Ayudaba al alfarero cuando su burrito resbalaba y se hundía en el barro, lo que era altamente ofensivo, porque el alfarero era de casta inferior. Cuando el sacerdote lo reprendió por eso, amenazó a Mowgli con ponerlo a él también sobre el burro, lo que decidió al sacerdote a decir al marido de Messua, que cuanto antes, lo pusiera a trabajar; y el que hacía de jefe en la aldea mandó al día siguiente a Mowgli a apacentar los búfalos. Nada podía ser tan agradable para Mowgli como esto, y aquella misma noche, considerándose ya realmente a cargo de uno de los servicios de la aldea, se dirigió a una reunión que se hacía diariamente al oscurecer, en una plataforma de ladrillos, a la sombra de una gran higuera. Venía a ser como el casino de la aldea, y en él el jefe, el vigilante, el barbero y el viejo Buldeo, cazador del lugar, se reunían y fumaban. Allí se contaban historias muy entretenidas de dioses, hombres y duendes; pero las preferidas eran las contadas

por Buldeo sobre las costumbres de las fieras. La mayor parte de esos relatos se referían a animales, porque, como estaban tan cerca de la Selva, era lo que más les interesaba.

Buldeo explicaba cómo el tigre que había robado al hijo de Messua era un tigre-duende, en cuyo cuerpo habitaba el alma de un malvado ladrón que se había muerto hacía algunos años.

—Y no me cabe de ello la menor duda —añadía—, porque Purun Dass cojeaba siempre, y el tigre de que hablo también, porque las huellas que deja al andar son desiguales.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Es la pura verdad! —asintieron los viejos.

—¿Y todos sus cuentos son así: un tejido de fantasías y de sueños? —preguntó Mowgli—. Ese tigre cojea porque nació cojo, como todo el mundo sabe.

Buldeo se quedó mudo de sorpresa por un momento, y el jefe miró fijamente al hombrecito.

—¡Ah! Tú eres el jovencito que ha venido de la Selva, ¿verdad? Si tanto sabes, llévanos la piel de ese tigre a Khanhiwara, porque el gobierno tiene ofrecidas cien rupias al que lo mate. Pero más vale que te calles y respetes a las personas mayores.

Mowgli se puso de pie para marcharse.

—En todo el rato que llevo aquí escuchando —dijo desdeñosamente—, Buldeo, no ha dicho ni una palabra verdadera respecto a la Selva, que tiene tan cerca. ¿Cómo voy a creer, entonces, esos cuentos de duendes y dioses, y toda clase de espíritus que él dice haber visto?

—Ya es hora de que el jovencito ese vaya a guardar el ganado —indicó el jefe, mientras Buldeo daba bufidos de rabia al ver la impertinencia de Mowgli.

Mowgli pasó por la calle de la aldea, casi al alba, sentado sobre los lomos de Rama, el gran toro del rebaño, y los búfalos, de un color azulado de pizarra, de largos cuernos colgando hacia atrás y de ojos

feroces, se levantaron de sus establos y le siguieron, demostrando bien claramente Mowgli a los jovencitos que le rodeaban que él era allí el que mandaba. Golpeó a los búfalos con una larga caña de bambú, y dijo a Kamya, uno de los que cuidaba el ganado mientras él se iba con los búfalos; pero que por nada se alejara del rebaño. Mowgli llevó a los búfalos al extremo de la llanura, y apeándose de Rama, corrió hacia un grupo de bambúes, encontrando allí al Hermano Gris.

—¡Ah! —exclamó éste—. Te estoy esperando aquí desde hace muchos días. ¿Y qué significa eso de que vayas con el ganado?

—Me han dado esta orden. Soy pastor por ahora. ¿Y qué noticias me traes de Shere Khan?

—Ha vuelto a este país, y ha estado mucho tiempo buscándote. Hoy se ha marchado, porque la caza escasea aquí; pero tiene la intención de matarte.

—Perfectamente —dijo Mowgli—. Mientras no vuelva, procura tú o uno de tus hermanos ponerse sobre esta roca para que yo pueda verlos al salir de la aldea. En cuanto él esté aquí, espérame en el barranco donde está aquel árbol de dhâk, en el centro de la llanura.

Día tras día llevó Mowgli a los búfalos a aquellos pantanos; día tras día vio al Hermano Gris, a una legua y media de distancia, en la extensa llanura.

Llegó, al fin, un día en que no vio al Hermano Gris en el lugar convenido, y, riéndose, condujo entonces a los búfalos por el barranco en que estaba el árbol de dhâk, cubierto materialmente de flores de color rojo dorado. Allí encontró al Hermano Gris, con todos los pelos del lomo erizados.

—Se ha escondido durante un mes para despistarte. Anoche cruzó por los campos, acompañado de Tabaqui, siguiéndote de cerca los pasos —contó el lobo.

Mowgli frunció el entrecejo.

—No le tengo miedo a Shere Khan —contestó—, pero conozco la astucia de Tabaqui.

—No le temas —dijo el Hermano Gris—. Yo encontré a Tabaqui al rayar el alba. Que les cuente ahora a los milanos toda su sabiduría; pero antes me la contó a mí... antes de que le partiera el espinazo. El plan tramado por Shere Khan consiste en esperarte a la entrada de la aldea, esta noche..., a ti y solo a ti. Está ahora echado en el gran barranco seco del Waingunga.

—¿Ha comido hoy, o caza con el estómago vacío? —preguntó Mowgli, porque de la respuesta dependía su vida.

—Mató algo al amanecer..., un jabalí..., y también ha bebido. Acuérdate de que Shere Khan jamás pudo ayunar, ni siquiera cuando le convenía a sus propósitos de venganza.

—¡Ah, imbécil! ¡Imbécil! ¡Eso es ser dos veces niño! ¡Bien comido, bien bebido, y aún cree que voy a dejarlo dormir! ¡A ver! ¿Dónde dices que se echa? Si fuéramos al menos diez lo atrapábamos y lo arrastrábamos hasta aquí. Estos búfalos no querrán atacarlo, mientras no sientan el rastro del tigre y yo no sé hablar su lenguaje. ¿Podríamos ponernos detrás de él, de tal manera que, olfateando, ellos pudieran seguir su pista?

—Siguió nadando por la corriente del río Waingunga, para evitar toda posibilidad de que hiciéramos eso.

Se quedó Mowgli pensando, con un dedo en la boca.

—El gran barranco seco del Waingunga —observó—, desemboca en la llanura a menos de media legua de aquí. Puedo conducir el rebaño a través de la Selva, hasta la parte superior del barranco, y luego lanzarlo hacia abajo..., pero entonces se escaparía por la parte inferior. Hay que cerrar ese extremo. Hermano Gris, ¿no puedes dividir en dos el rebaño?

—Yo quizá no; pero he traído alguien que me puede ayudar.

El Hermano Gris corrió y se metió en un agujero. Salió de allí entonces una enorme cabeza gris, que Mowgli conocía perfectamente, y llenó el cálido ambiente el más desolado grito que pueda oírse: el aullido de caza de un lobo resonando en pleno día.

—¡Akela! ¡Akela! —exclamó Mowgli, aplaudiendo—. No sé cómo no se me ocurrió pensar que no me olvidarías. Traemos entre manos un trabajo muy importante. Divide en dos el rebaño. Akela. Ponme a un lado las vacas y terneros, y déjame solo a los toros y a los búfalos de labor.

Los dos lobos, corriendo, entrando y saliendo, como por juego, del rebaño, el cual dando bufidos y levantando a la vez las cabezas, se separó en dos grupos. Ni seis hombres juntos hubieran dividido tan bien el ganado.

—¿Qué mandas ahora? —preguntó Akela jadeante—. Intentan reunirse otra vez.

Mowgli se montó sobre Rama y contestó:

—Llévate los toros hacia la izquierda, Akela. Y tú, Hermano Gris, cuando nos hayamos ido, cuida de que no se separen las vacas, y llévalas al pie del barranco.

—¿Hasta dónde? —preguntó el Hermano Gris.

—Hasta donde veas que los lados tienen más altura que la que puede saltar Shere Khan —gritó Mowgli—. Tenlas allí hasta que nosotros bajemos.

Al oír gruñir a Akela, los toros se fueron y se quedó el Hermano Gris frente a las vacas. Éstas lo atacaron, y entonces corrió, siempre delante de ellas, hasta llegar al pie del barranco, mientras Akela se llevaba los toros hacia la izquierda.

—¡Muy bien! Otro ataque y están a punto. ¡Hujah! Este trabajo es más pesado que el de acorralar ciervos negros. ¿Te imaginaste alguna vez que animales como éstos pudieran correr tanto? —gritó Mowgli.

—Los he cazado..., los he cazado también en mis buenos tiempos —susurró débilmente Akela—. ¿Los lanzo hacia la Selva?

—¡Sí, lánzalos! ¡Lánzalos pronto! Rama está furioso. ¡Ah! ¡Si yo pudiera darle a entender para qué lo necesito ahora!

El plan de Mowgli era muy sencillo. Su propósito consistía en trazar un gran círculo al subir, llegar a la parte alta del barranco, y entonces hacerlo descender a los toros, atrapando a Shere Khan entre éstos y las vacas. Al fin Mowgli reunió alrededor suyo al sobresaltado rebaño en lo alto del barranco, sobre una breve pendiente cubierta de hierba, en su extremo se unía con el mismo barranco. Los lados de éste se elevaban casi perpendicularmente, y las vides y enredaderas que colgaban de ellos no podían prestar apoyo suficiente a un tigre, en el caso de que por allí quisiera huir.

—Déjalos jaderar, Akela —dijo levantando una mano—. No han encontrado aún el rastro del tigre. Tengo que anunciarle a Shere Khan lo que se le viene encima. Ya lo hemos pillado en la trampa.

Hizo ruido con sus manos, gritó hacia el barranco, y el eco de su voz fue repercutiendo de roca en roca.

Luego de un largo rato contestó el vago y soñoliento gruñido de un tigre cansado, que venía recién despertando.

—¿Quién llama? —preguntó Shere Khan.

—Yo, Mowgli. ¡Ladrón de reses, ya es hora de que te vengas conmigo al Consejo de la Peña! ¡Ahí va! ¡Lánzalos, Akela! ¡Abajo, Rama, abajo!

El rebaño se quedó un instante quieto al borde de la pendiente; pero Akela lanzó a plenos pulmones su grito de guerra, y se precipitaron todos, uno tras otro. Una vez comenzada la carrera no había modo de pararla, y, aun antes de llegar al cauce del torrente, Rama sintió ya el rastro de Shere Khan, y mugió.

Ya sabían todos qué clase de trabajo les esperaba: el terrible ataque de un rebaño de búfalos, contra el cual no hay tigre que pueda pensar siquiera en resistir. Shere Khan oyó el ruido atrozador de las pezuñas, se levantó y caminó a paso lento torrente abajo, mirando a ambos costados en busca de huida; pero los lados del cauce parecían cortados a pique, y tuvo que quedarse

allí sintiendo la hinchazón producida por la comida y la bebida, deseando cualquier cosa menos tener que agitarse. Mowgli vio a Shere Khan volverse, y entonces Rama tiró algo a la tierra, se tropezó con eso, y siguió adelante, pasando por encima de una masa blanda, y con los demás toros detrás, se cayó sobre el otro rebaño, y tan fuerte fue el choque entre todos que los búfalos más débiles se levantaron por el aire.

Mowgli esperó el momento oportuno, y, arrimándose a Rama, comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro con el palo que llevaba.

—¡Pronto, Akela! ¡Divídelos! ¡Sepáralos, o si no van a pelearse unos con otros! ¡Llévatelos, Akela! ¡Ay, Rama! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, hijos míos. ¡Poco a poco, ahora, poco a poco! Ya ha terminado todo.

No hacía falta que pisotearan más a Shere Khan. Estaba muerto, y los milanos ya se iban acercando para devorarlo.

—¡Hermanos! Ha muerto como un perro —sentenció Mowgli—. Pero tampoco hubiera luchado cara a cara. Buen efecto va a hacer su piel puesta sobre la Peña del Consejo. Manos a la obra y rápido.

Mowgli estaba concentrado en su tarea de quitar la piel al tigre, cuando de pronto se apoyó en su hombro una mano, y, levantando los ojos, vio a Buldeo con el viejo mosquete. En la aldea los jovencitos habían contado el pánico que se apoderó de los búfalos, y Buldeo salió malhumorado, movido solo por el vivo deseo de imponer a Mowgli un castigo por no haber cuidado mejor el rebaño. Los lobos se escondieron apenas vieron venir al hombre.

—¿Qué locura es ésta? —exclamó Buldeo incomodado—. ¿Y tú te imaginas que vas a poder descarnar un tigre? ¿Dónde lo mataron los búfalos? Y además es el tigre cojo, por cuya cabeza han ofrecido cien rupias. ¡Bien, bien! Haremos vista gorda en eso de que hayas dejado escaparse el rebaño, y tal vez te dé yo una de las rupias como premio cuando haya llevado la piel a Khanhiwara.

Se tocó la ropa, tanteando para buscar un pedazo de acero y una piedra, y se agachó para quemarle los bigotes a Shere Khan. La mayor parte de los cazadores indígenas practica esta operación, para evitar que el espíritu que habita en el tigre después los persiga.

—¡Je! —dijo Mowgli entre dientes—. ¿Así que piensas llevarte la piel a Khanhiwara para recibir el premio, y tal vez después me des una rupia? Entonces, se me ocurre que esa piel la voy a necesitar para mi propio uso. ¡Ea, viejo, aparta ese fuego!

—¿Y así es como hablas al jefe de los cazadores de la aldea? Lo que has hecho se lo debes a la suerte y a la ayuda que te ha prestado la imbecilidad de tus búfalos. Mira, Mowgli: no voy a darte ni un anna como premio; lo que te daré será un buen golpe. ¡Suelta el tigre!

—¡Por el toro que me rescató! —exclamó Mowgli—. ¿Te imaginas que voy a estar toda la tarde hablando contigo, mono viejo? ¡Ven acá, Akela! Líbrame de este hombre que me está molestando.

Buldeo que continuaba aún inclinado sobre la cabeza de Shere Khan, se encontró de pronto tendido sobre la hierba con un lobo gris encima, mientras Mowgli seguía descarnando como si en toda la India no hubiera nadie más que él.

—¡Maharaj! ¡Gran Rey! —dijo por fin Buldeo, con voz ronca y tan baja que parecía un susurro—. Soy un anciano. Ignoraba que fueras algo más que un niño. ¿Me permites que me levante y me vaya, o me va hacer pedazos ese servidor que tienes a tus órdenes?

—Ándate, ándate en paz. Pero otra vez no te metas con mi caza. ¡Suéltalo, Akela!

Buldeo se fue cojeando hacia la aldea, tan rápido como pudo, mirando hacia atrás, para ver si Mowgli se transformaba en algo que causara espanto.

Mowgli siguió en su labor, pero ya se acercaba el anochecer cuando entre él y los lobos terminaron de separar del cuerpo del tigre la enorme y vistosa piel.

—Ahora —observó— hay que esconder esto, y hacer que los búfalos vuelvan a casa. Ayúdame a reunirlos, Akela.

El rebaño se agrupó, a la luz dudosa del crepúsculo, y se dirigió hacia la aldea; pero al llegar cerca de ella Mowgli vio algunas luces, y oyó cómo en el templo estaban tocando las campanas y trompetas. La mitad de la población parecía estar esperándolo a las puertas del lugar.

“Esto será porque he matado a Shere Khan”, dijo para sí Mowgli; pero una lluvia de piedras silbó en sus oídos, al mismo tiempo que los aldeanos le gritaban:

—¡Hechicero! ¡Hijo de una loba! ¡Diablo de la Selva! ¡Ándate! ¡Ándate en seguida de aquí, si no quieres que el sacerdote te transforme otra vez en lobo! ¡Dispara, Buldeo, dispara!

—Pero ¿qué significa esto? —exclamó Mowgli perturbado al ver que la lluvia de piedras era cada vez más fuerte.

—Esos hermanos tuyos no dejan de parecerse a los de la manada —observó Akela—. Se me ocurre que, si las balas tienen algún significado, la intención de esta gente es la de expulsarte del lugar.

—¡Lobo! ¡Pequeño lobo! ¡Ándate! —gritó el sacerdote agitando una ramita de tulsi.

—¡Ah! ¿Otra vez? La anterior fue porque era un hombre, y ésta porque soy un lobo. Vámonos, Akela.

Una mujer, Messua, corrió hacia el rebaño y gritó:

—¡Hijo mío! Dicen que eres un hechicero que si quiere puede transformarse en fiera. Yo no lo creo, pero ándate, porque si no te van a matar. Buldeo dice que eres un brujo; pero yo sé que tú no has hecho más que vengar la muerte de Nathoo.

—¡Atrás, Messua! ¡Vuelve atrás o te apedreamos! —gritó entonces la multitud.

—Retrocede, Messua —indicó Mowgli—. Ese es uno de aquellos estúpidos cuentos que inventan al anochecer, bajo la sombra del árbol. Al menos te habré pagado la vida de tu hijo. ¡Adiós! Y corre cuanto puedas, porque voy a lanzar el rebaño contra ellos. No soy ningún brujo, Messua. ¡Adiós! Ahora, Akela, júntame otra vez el rebaño —gritó.

El rebaño se lanzó como un torbellino a través de las puertas, dispersando a la gente.

—¡Cuéntalos! —gritó Mowgli con aire desdenguado—. Podría ser que nos hubiera robado alguno. ¡Quédense con Dios, hijos de los hombres, y agradézcanle a Messua que no vaya yo también con mis lobos a cazarlos en medio de sus calles!

”Se acabó para mí el dormir dentro de una trampa, Akela. Recojamos la piel de Shere Khan y vámonos. No causemos a la aldea el menor daño: consideremos lo bien que Messua se ha portado conmigo”.

Empezaba a descender la luna cuando Mowgli y los dos lobos llegaron al cerro en que estaba la Peña del Consejo y se detuvieron ante la caverna de mamá Loba.

—Me expulsaron de la manada de los hombres, mamá —gritó Mowgli—; pero he cumplido mi palabra, y vengo con la piel de Shere Khan.

Mamá Loba salió de la caverna, y sus ojos brillaron vivamente en cuanto vio la piel.

—Ya le dije aquel día en que metió la cabeza y los hombros en esta caverna buscándote para matarte, renacuajo mío, ya le dije que el cazador sería cazado un día u otro. ¡Bien lo has hecho!

—¡Muy bien, Hermanito! —dijo una voz profunda, allá en medio de los arbustos—. ¡Ya te echábamos de menos! —Y Bagheera vino corriendo, hasta tocar los pies desnudos de Mowgli.

Juntos subieron a la Peña del Consejo, y sobre la roca llana en que solía ponerse Akela, Mowgli tendió la piel. Akela se echó sobre ella, y lanzó el antiguo grito del Consejo:

—¡Miren bien, lobos, miren! —exactamente como dijo la primera vez que le llevaron a Mowgli.

Desde aquel día en que Akela había sido destituido, la manada se había quedado sin jefe, cazando y luchando como mejor podían. Pero aún contestaban a aquel grito por costumbre, y los que quedaban vinieron todos al Consejo de la Peña, y vieron la piel rayada de Shere Khan tendida sobre la roca. Fue entonces cuando Mowgli compuso una canción sin rimas, una canción que se le vino espontáneamente a los labios, y comenzó a cantarla a grandes voces, tendiéndose sobre la piel y llevando el compás con los talones, hasta que se le acabó el aliento, y mientras tanto el Hermano Gris y Akela aullaban entre las estrofas.

—¡Miren bien, lobos, miren bien! —exclamó Mowgli cuando había terminado—. ¿He cumplido mi palabra?

Y los lobos, ladrando como perros, dijeron:

—¡Sí!

Y uno de ellos, lleno de cicatrices, aulló:

—¡Vuelve a guiarnos, Akela! Vuelve a guiarnos, hombrequito, porque estamos aburridos de vivir sin ley, y quisiéramos ser de nuevo el Pueblo Libre de otros tiempos.

—No —murmuró Bagheera—; podría ser que se equivoquen. Cuando estén ya cansados, les puede volver la locura de antes. No por nada los llaman el Pueblo Libre. Por la libertad lucharon y ahora es suya. Devórenla, lobos.

—De la manada de los hombres y de la de los lobos me expulsaron —declaró Mowgli—. En adelante cazaré solo en la Selva.

—Y nosotros contigo —dijeron los cuatro pequeños lobos.

Así se fue Mowgli y desde ese día cazó con ellos en la Selva.

LA SELVA INVASORA

Lo primero que hizo Mowgli cuando la manada se dispersó fue irse a la cueva donde había tenido su hogar, y dormir allí durante un día y una noche.

Luego les contó a papá Lobo y a la mamá todo lo que creyó que podrían entender de cuantas aventuras había vivido entre los hombres; pero cuando, por la mañana, se entretuvo en hacer brillar la hoja de su cuchillo al sol, entonces confesaron que algo había aprendido.

—Sin la ayuda de Akela y del Hermano Gris, no habría podido hacer nada —confesó Mowgli al terminar de relatar su pelea—. ¡Ah, mamá, mamá! ¡Si hubieras visto a esos toros negros bajar por el barranco, o precipitarse por las puertas de la aldea cuando me apedreaba la manada de hombres!

—Me alegro de no haber visto esto último —dijo mamá Loba—. Me hubiera desquitado de esa manada humana; pero perdonando a la mujer que te dio leche.

—¡Calma, calma, Raksha! —pidió papá Lobo—. Nuestra rana ha vuelto..., y tan sabia, que hasta su propio padre tiene que lamerle los pies... Deja en paz a los hombres.

Mowgli, con la cabeza sobre el lomo de mamá Loba, sonrió tranquilamente, y dijo que, por su parte, no deseaba ver u oír a ningún hombre.

—Pero... —contestó Akela—, pero ¿y si fueran los hombres los que no te dejaran en paz, Hermanito?

—Somos cinco... —dijo el Hermano Gris.

—También nosotros podríamos tomar parte en la caza —añadió Bagheera, mirando a Baloo—. Pero ¿por qué pensar ahora en los hombres, Akela?

—Por esta razón —contestó el Lobo Solitario—: cuando la amarilla piel de ese ladrón estuvo tendida sobre la Peña, volví hacia la aldea, pisando en mis mismas huellas, volviéndome de lado y deslizándome, para que así se perdiera el rastro por si alguien intentaba seguirnos. En eso, llegó Mang, el murciélago, y se puso a revolotear en el lugar en que yo estaba. Entonces me dijo:

“—La aldea en que vive la manada de hombres que expulsó al cachorro humano está como un panal de avispas.

“Le pregunté a Mang qué es lo que había visto. Me dijo que a la puerta de la aldea florecía la Flor Roja, y que alrededor suyo, se sentaban hombres que llevaban escopetas. Ahora bien, yo sé que los hombres no llevan escopetas solo por el gusto de llevarlas. No pasará mucho tiempo, Hermanito, antes de que un hombre nos siga el rastro.

—Pero ¿por qué tendría que seguirlo? Los hombres me han expulsado. ¿Qué más quieren? —preguntó Mowgli.

—Un hombre eres, Hermanito —contestó Akela—. No somos nosotros, los Cazadores Libres, los indicados para decirte lo que hacen los de tu casta, ni las razones que tengan para ello.

Apenas tuvo tiempo de levantar una pata, el cuchillo de Mowgli se clavaba en el suelo, en el lugar en que había estado aquella.

—Otra vez —advirtió Mowgli— procura pensarlos dos veces antes de hablar de la manada de los hombres y de mí.

De un salto Bagheera se puso de pie, levantó la cabeza y resopló. De inmediato el Hermano Gris siguió su ejemplo, corriéndose un poco hacia la izquierda para recibir mejor el viento que soplaba de la derecha; y, mientras tanto, Akela saltaba a una distancia de casi cincuenta metros y se quedaba agachado, con todos sus músculos tensos.

—¡El hombre! —gruñó Akela dejándose caer sobre las ancas.

—¡Buldeo! —exclamó Mowgli, sentándose—. Sigue nuestro rastro; allá abajo veo brillar al sol su escopeta. ¡Miren!

—Ya sabía yo que los hombres seguirían el rastro. Por algo he dirigido la manada.

Los cuatro cachorros no dijeron nada; pero se deslizaron montaña abajo, casi aplastados contra el suelo, y parecieron fundirse con los espinos y malezas, como un topo desaparece bajo la tierra.

—¿A dónde van, así y sin decir palabra? —les gritó Mowgli.

—¡Chist! Antes de mediodía haremos rodar por aquí su cráneo —contestó el Hermano Gris.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Esperen! ¡Los hombres no se comen unos a otros! —chilló Mowgli.

—¿Y quién, sino tú es el que hace un momento quería ser lobo? ¿Quién me tiró una cuchillada por creer que tú podías ser un hombre? —preguntó Akela, mientras los cuatro lobos volvían de mala gana y se dejaban caer sobre las patas traseras.

—¿Tengo, acaso, que explicar los motivos de todo lo que se me antoje hacer? —contestó, furioso, Mowgli.

—¡Ya apareció el hombre! ¡Así es como los hombres hablan! —murmuró entre dientes Bagheera.

Y elevando la voz añadió:

—El hombrecito tiene razón en esto. Los hombres cazan en cuadrilla. Matar a uno, mientras no sepamos qué es lo que van a hacer los demás, es cazar mal. Vengan, vamos a ver qué es lo que ése intenta hacer contra nosotros.

—No iremos —refunfuñó el Hermano Gris—. Anda, caza solo, Hermanito. Nosotros... sabemos lo que queremos. El cráneo ya hubiera estado ahora a punto de ser traído aquí.

Mowgli miraba de uno en uno a sus amigos, con el pecho palpitante y los ojos llenos de lágrimas. Se adelantó a grandes pasos hacia los lobos e hincando una rodilla dijo:

—¿Por suerte no sé yo lo que quiero? ¡Mírenme!

Lo miraron con cierta vergüenza, y cuando sus ojos se desviaron los volvió a llamar una y otra vez, hasta que se les erizó el pelo en todo el cuerpo y les temblaron sus cuerpos, mientras Mowgli seguía clavándoles la vista.

—Ahora —les dijo—, de nosotros cinco, ¿quién es aquí el jefe?

—Tú, Hermanito —dijo el Hermano Gris, y se acercó a lamer el pie de Mowgli.

—Entonces síganme —contestó éste.

Y los cuatro lo siguieron pisándole los talones y con la cola entre las piernas.

—Esa es la consecuencia de haber vivido en la manada de los hombres —dijo Bagheera, deslizándose tras ellos—. Hay ahora en la Selva algo más que su Ley, Baloo.

El oso no contestó nada; pero se quedó pensando muchas cosas.

Mowgli atravesó la Selva sin producir el menor ruido, en ángulo recto con el camino que seguía Buldeo, hasta que, separando la maleza, vio al viejo con el mosquete al hombro, y siguiendo el rastro de la noche anterior con un trote como de perro. De pronto llegó Buldeo al lugar en que Akela había retrocedido, y confundido todas las señales de la pista. Se sentó, entonces, tosió y refunfuñó, dio rápidas ojeadas alrededor suyo y en dirección a la Selva, para recuperar el perdido rastro, y durante todo el tiempo que estuvo haciendo esto hubiera podido alcanzar con una pedrada a los que estaban observándolo. Todos rodeaban al viejo, y, mientras lo tenían encerrado en un círculo hablaban descuidadamente, porque se mantenían a un tono que los oídos humanos no eran capaces de percibir.

—Esto es más divertido que la caza misma —expresó el Hermano Gris, al ver que Buldeo se agachaba, miraba a escondidas y jadeaba fuertemente—. Parece un cerdo perdido en las selvas de

la orilla del río. ¿Qué es lo que dice? —añadió al ver que Buldeo murmuraba algo con aire furioso.

Mowgli tradujo entonces:

—Dice que manadas enteras de lobos debieron de bailar alrededor mío..., y que en toda su vida no vio jamás un rastro así... y que está cansado.

—Ya descansará antes de que haya podido dilucidar la pista —dijo fríamente Bagheera—. Y ahora, ¿qué es lo que hace ese viejo flacucho?

—Comer o echar humo por la boca. Los hombres siempre juegan con ella —repuso Mowgli.

Descendió, entonces, por el camino, un grupo de carboneros, y, naturalmente, se pararon a hablar con el cazador, cuya fama se extendía por lo menos cinco leguas a la redonda. Se sentaron todos y fumaron, acercándose Bagheera y los demás para observarlos, mientras Buldeo comenzó a contar la historia de Mowgli, el niño-diablo, de principio a fin, con exageraciones y mentiras. Les habló de cómo él, él mismo, había matado realmente a Shere Khan; de cómo Mowgli se había convertido en lobo, luchando con él toda la tarde, transformándose luego nuevamente en un jovencito; por último, de cómo sabiendo los de la aldea que era él el más bravo de todos los cazadores de Seeonee le habían encargado ir en busca del niño-diablo y matarlo. Pero, mientras tanto, los aldeanos habían capturado a Messua y a su marido, que eran, indudablemente, los padres del niño-diablo, y los habían encerrado en su propia choza, y dentro de poco los amenazarían, para hacerles confesar que él era un brujo, y una bruja ella, para luego quemarlos vivos...

—¿Cuándo? —preguntaron los carboneros, porque ellos deseaban muchísimo estar presentes en la ceremonia.

Buldeo contestó que no se haría nada hasta que él volviera, porque en la aldea querían que matara antes al niño de la Selva.

Después de esto despacharían a Messua y a su marido, y dividirían sus tierras y sus búfalos entre los demás habitantes. El marido de Messua tenía algunos búfalos magníficos.

—Pero ¿qué ocurriría si se enteraran los ingleses? —objetaron los carboneros.

—¿Y qué? —contestó Buldeo.

El jefe de la aldea diría que Messua y su marido habían muerto de la picadura de una serpiente. En cuanto a eso, podía decirse que ya estaba todo listo; lo único que faltaba ahora era matar al niño-lobo. ¿No habían visto ellos, por casualidad, a aquel monstruo?

Los carboneros dijeron que no, pero manifestaron que indudablemente él podría encontrarlo mejor que nadie. El sol iba ya al ocaso, y ellos pensaban que quizás podrían darse una vuelta por la aldea de Buldeo para ver a aquella bruja malvada. A esto Buldeo contestó que, aunque su deber era matar al niño-diablo, no podía permitir que un grupo de hombres desarmados atravesara la Selva sin ir escoltado por él. Por lo tanto, él les acompañaría, y si el hijo de hechiceros se presentaba..., ya les enseñaría él cómo vérselas con tal clase de seres el mejor cazador de Seeonee.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —repetían los lobos cada cinco minutos, y Mowgli iba traduciendo, hasta que llegó a aquella parte en que se hablaba de la bruja, y que era algo superior a sus capacidades, por lo que dijo que el hombre y la mujer que habían sido tan amables con él estaban metidos en una trampa.

Mowgli se quedó pensando profundamente, mientras sus dedos jugaban con el mango del cuchillo, y, mientras tanto Buldeo y los carboneros se alejaron muy tranquilos, formando una hilera.

—Me vuelvo corriendo a la manada de los hombres —dijo al fin, Mowgli.

—¿Y ésos? —preguntó el Hermano Gris.

—Cántales un poco mientras regresan a casa —contestó Mowgli, sonriendo—. No quisiera que llegaran a las puertas de la aldea hasta que fuera de noche. Y la canción que canten, Hermano Gris, no hay ninguna necesidad de que sea de las más dulces. Acompáñalos, Bagheera. Cuando haya oscurecido ven a encontrarme junto a la aldea; el Hermano Gris sabe dónde.

—No es poco trabajo el de cazar para el hombrecito. ¿Y cuándo dormiré —preguntó Bagheera bostezando, aunque en los ojos se le viera la alegría con que se prestaba a ese juego—. ¡Cantarles yo a hombres desnudos! Pero probemos.

Bajó la cabeza para que el sonido llegara más lejos, y lanzó un larguísimo grito de: “¡Buena Suerte!”, un grito para ser lanzado en la mitad de la noche y que ahora por la tarde no dejaba de sonar horriblemente, sobre todo, para comenzar. Entonces, lanzó el Hermano Gris el ¡ya-la-hi! ¡yalaha!, el grito de caza para los ciervos. Los otros tres le contestaron al lobo, de manera que hasta el mismo Mowgli podía haber jurado que la manada entera gritaba a la vez.

Mientras tanto, Mowgli iba devorando leguas. Su idea fija era sacar a Messua y su marido de la trampa, fuera de la clase que fuere, porque a él le inspiraban igual desconfianza todas. Más tarde se prometía pagar con creces las deudas que tenía pendientes con los aldeanos. Era ya el anochecer cuando llegó a las puertas de la aldea.

Se arrastró a lo largo de la parte exterior del muro hasta llegar a la choza de Messua, y, una vez allí, miró por la ventana hacia el interior de la habitación. En ella estaba echada Messua, amorazada, con los pies y las manos atadas, respirando con fuerza y dando gemidos; mientras a su marido se le veía amarrado a la cama pintada de alegres colores. La puerta de la choza que daba a la calle estaba sólidamente cerrada, y se veían tres o cuatro personas sentadas con la espalda contra ella.

Mowgli conocía bastante bien los usos y costumbres de los aldeanos. Dedujo, entonces, de sus observaciones, que mientras pudieran aquéllos comer, conversar y fumar, nada más que esto tenían que hacer; pero en cuanto estuvieran aburridos, comenzarían a ser peligrosos. Dentro de poco estaría de vuelta Buldeo, y si al escoltar a los otros había cumplido con su deber, el cazador tendría un interesantísimo cuento que decir. Así, entró por la ventana, y, agachándose junto al hombre y a la mujer, cortó las ligaduras, le quitó la venda de la boca, y buscó en la choza un poco de leche.

—Ya sabía yo..., ya sabía yo que vendría —dijo, al fin, Messua sollozando—. ¡Ahora sí que sé positivamente que es mi hijo! —Y, al decirlo, apretaba a Mowgli contra su corazón.

Hasta aquel momento el jovencito había estado completamente tranquilo; pero de pronto comenzó a temblarle todo el cuerpo, y se sorprendió mucho al notarlos.

—¿Qué significan esas ligaduras? ¿Por qué te han atado? —preguntó, después de un rato de pausa.

—¡Verse a punto de morir por haberte hecho nuestro hijo!... ¿Qué otra cosa quieres que sea? —dijo duramente el hombre—. ¡Mira! ¡Sangre!

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Mowgli—. Quien lo haya hecho lo pagará caro.

—Ha sido toda la aldea. Era yo demasiado rico. Tenía demasiado ganado. Por lo tanto, ella y yo somos brujos, por haberte acogido bajo nuestro techo.

—No lo entiendo. Que me lo cuente Messua.

—Yo te di leche, Nathoo. ¿Te acuerdas? —preguntó Messua con timidez—. Te la di porque eras mi hijo, el que el tigre me quitó, y porque te quería de verdad. Dijeron entonces que yo era tu madre, la madre de un diablo, y que, por lo tanto, merecía la muerte.

—Y ¿qué es un diablo? —preguntó Mowgli—. En cuanto a la muerte, ya la he visto.

—¿Ves? —dijo Messua a su marido—. Ya lo sabía yo..., ya decía yo que no era él ningún hechicero. ¡Es mi hijo..., mi hijo!

—Hijo o hechicero..., ¿de qué nos sirve ahora? —contestó el hombre—. Lo que es nosotros, podemos darnos por muertos.

—Ahí está el camino de la Selva... —dijo Mowgli—. Ya tienen libres las manos y los pies. Váyanse ahora mismo.

—Nosotros no conocemos la Selva, hijo mío, como... como la conoces tú —comenzó a decir Messua—. No creo, tampoco, que yo podría llegar muy lejos.

—Y hombres y mujeres nos seguirían para arrastrarnos nuevamente hasta aquí —añadió el marido.

—¡Pche! —contestó Mowgli, mientras se hacía cosquillas en la palma de la mano con su cuchillo—. No tengo ninguna gana de causar a nadie en la aldea el menor daño... todavía; pero no creo que a ustedes los detengan. De aquí a un rato tendrán otras muchas cosas en que pensar. ¡Ah! —añadió levantando la cabeza y escuchando los gritos y el ruido de pasos fuera de la casa—. ¡Así que, por fin, han dejado volver a Buldeo!

—Lo mandaron esta mañana para que te matara —gritó llorando Messua—. ¿No lo encontraste?

—Sí..., lo encontramos..., lo encontré yo. Tiene algo que contar, y, mientras lo cuenta, hay tiempo para hacer muchas cosas. Pero antes tengo que enterarme de sus propósitos. Piensen a dónde quieren ir, y díganmelo cuando vuelva.

Saltó por la ventana y corrió nuevamente, a lo largo del muro de la aldea, hasta llegar a la distancia en que pudiera oír a la muchedumbre reunida alrededor del árbol comunal. Buldeo estaba echado en el suelo tosiendo y gimiendo, y todos le agobiaban con preguntas.

—¡Bah! —exclamó Mowgli—. ¡Habla..., habla! ¡Palabrerías!

Y se deslizó otra vez en dirección a la choza. Estaba ya sobre la ventana cuando sintió el contacto de una lengua no desconocida para él sobre su pie.

—Mamá —dijo—, ¿Qué estás haciendo ahí?

—Oí cantar a mis hijos en el bosque, y le seguí los pasos al que yo quiero más que a todos. Oye, ranita: tengo ganas de ver a la mujer que te dio la leche —indicó mamá Loba.

—La han atado y quieren matarla. Pero yo he cortado las ligaduras, y ella se escapará con su hombre hacia la Selva.

Mamá Loba se enderezó sobre sus patas traseras, y miró por la ventana hacia el interior de la choza. Luego dijo:

—Yo iré detrás también. Soy vieja, pero aún tengo dientes.— Y se hundió en la tupida y alta hierba para ocultarse.

—Y ahora —dijo alegremente Mowgli al saltar dentro de la choza—, allí están todos sentados alrededor de Buldeo, que les cuenta lo que no ocurrió. Para cuando haya terminado, dicen que seguramente vendrán aquí con el fuego, y los quemarán a los dos. ¿Y entonces?

—Ya le he hablado a mi hombre —explicó Messua— Khanhiwara está a siete leguas de aquí..., pero allí podríamos encontrarnos con los ingleses...

—¿Y de qué manadas son éstos? —preguntó Mowgli.

—No sé. Son blancos, y se dice que gobiernan toda esta tierra, y no permiten que la gente se queme o que se peguen unos a otros, sin tener testigos. Si logramos llegar allí esta noche, viviremos; pero de lo contrario podemos darnos por muertos.

—Vivan, pues. Nadie pasará esta noche por las puertas de la aldea. Pero... ¿qué es lo que está haciendo él, tu hombre?

El marido de Messua, en cuatro patas, cavaba la tierra en un rincón de la choza.

—Son sus pequeños ahorros —informó Messua—. Es lo único que podemos llevarnos.

—Con el dinero podré comprar un caballo —manifestó el hombre—. Tenemos el cuerpo demasiado adolorido para caminar muy lejos, y dentro de una hora toda la aldea se nos vendrá atrás, persiguiéndonos.

—Yo les aseguro que los seguirán hasta que a mí se me antoje; pero es buena idea la de llevarse un caballo, porque Messua está fatigada. Tengan presente que no deben tener miedo. Solo que podría ser que delante y detrás de ustedes hubiera un poquito de canturreo en la Selva. Y, les digo, que ni un solo diente de cuantos hay en la Selva se clavará en sus pieles; ni una garra se levantará contra ustedes. No les cerrarán el paso ni hombres ni fieras antes de llegar a la vista de Khanhiwara. Ya tendrán quien los cuide.

Mowgli se volvió rápidamente hacia Messua y añadió:

—Él no me cree; pero tú, al menos, ¿querrás creerme?

—¡Ay, hijo mío! Con toda el alma. Seas hombre, duende o lobo de la Selva, yo te creo.

—Él tendrá miedo cuando oiga cantar a mi gente. Tú, enterada ya, lo comprenderás. Anda ahora, y despacio, porque ninguna necesidad hay de apurarse. Las puertas de la aldea están cerradas.

Se alejaron en dirección de la Selva, y mamá Loba saltó entonces de su escondite.

—¡Síguelos! —le ordenó Mowgli—, y cuida de que sepa toda la Selva que estos dos han de pasar sanos y salvos. Haz que corra la voz. Yo llamaré a Bagheera.

El largo, grave aullido, se alzó y se extinguió luego y Mowgli vio cómo el esposo de Messua vacilaba y se volvía en redondo, casi decidido a correr, retrocediendo a la choza.

—¡Adelante! —gritó alegremente Mowgli—. Ya les dije que escucharán algunos suaves cantos. Este ruido les irá siguiendo hasta que lleguen a Khanhiwara. Es una prueba de amistad que les da la Selva.

Messua hizo que su marido siguiera adelante, y se perdieron en la oscuridad ellos y mamá Loba, mientras Bagheera se levantaba del suelo, casi a los pies de Mowgli, temblorosa de la alegría que le inspiraba la noche, que es capaz de volver feroz al Pueblo de la Selva.

—Mucho se alarga la conversación de éstos, allá a la sombra del árbol —observó Mowgli—. Buldeo debe de haberles dicho interminables cuentos. Ya vendrán a sacar de la trampa a la mujer y al hombre para ponerlos sobre la Flor Roja; pero encontrarán que la trampa se ha abierto. ¡Ja, ja!

—¡Escucha! —dijo Bagheera—. Permíteme ir allí, para que cuando vayan ellos se encuentren conmigo. Pocos serían los que salgan de sus casas después de verme a mí. No será esta la primera vez que me he visto metida en una jaula, y no creo que a mí me amarren con cuerdas.

—Pero ten cuidado —contestó Mowgli riendo, porque él mismo empezaba a sentirse tan atrevido como la pantera, que ya se había deslizado dentro de la choza.

—¡Uf! —gruñó Bagheera—. Este lugar apesta a hombre; pero aquí veo una cama parecida precisamente a la que me dieron para que me acostara en las jaulas de Oodeypore. Deja que me eche en ella. Por la cerradura que me dio libertad, te aseguro —continuó— que dirán que ésta es caza mayor. Ven y siéntate a mi lado, Hermanito, que así les gritaremos juntos “¡Buena suerte!”

—No; otra idea me da vueltas en la cabeza. La manada de los hombres no deben saber la parte que tengo yo en este juego. Caza tú sola. No quiero verlos.

—¡Así será! —asintió Bagheera—. ¡Ah! Ahora vienen.

La conferencia celebrada a la sombra del árbol estaba siendo cada vez más fuerte. Estalló, al fin, en salvajes alaridos y en una especie de masa humana que invadían la calle rompiendo garrotes, bambúes, hoces y cuchillos. Al frente iban Buldeo y el bracmán; pero el gentío los seguía pisándoles los talones y gritando:

—¡A la bruja y al brujo! ¡Vamos a ver si la moneda enrojecida al fuego les hará confesar! ¡Ahora les enseñaremos a recoger lobos o diablos! No, ¡mejor será apalearlos primero! ¡Antorchas! ¡Más antorchas! ¡Calienta los cañones de la escopeta, Buldeo!

Se precipitaron a la luz de las antorchas en la habitación donde estaba Bagheera, negra como el abismo y terrible como un diablo, tendida tan larga como era sobre la cama. Hubo, entonces, unos minutos de mortal silencio, y en aquel mismo instante Bagheera levantó la cabeza y bostezó..., bostezó ostentosamente, como solía hacerlo para insultar a alguno de sus iguales. Un momento después la calle estaba vacía. Bagheera había saltado por la ventana otra vez, y se encontraba al lado de Mowgli; mientras tanto, un verdadero torrente de personas huía gritando y atropellándose, con el pánico que los dominaba y el apuro por llegar cada uno a su choza.

—No se moverán de allí hasta que se haga de día —dijo suavemente Bagheera—. ¿Y ahora, qué más?

Parecía como si el silencio de la siesta se hubiera apoderado de la aldea; pero, escuchando atentamente, oyeron el ruido de pesadas cajas de las que sirven para guardar el grano, y que eran arrastradas por la tierra para colocarlas contra las puertas. Tenía razón Bagheera: la gente de la aldea no se movería hasta que se hiciera de día. Mowgli se sentó en silencio y se puso a pensar, mientras su rostro parecía cada vez más asombrado.

—Pero ¿qué he hecho yo? —preguntó Bagheera, por fin, echándose a sus pies con aire halagador.

—Nada más que un gran bien. Obsérvalos hasta que llegue el día. Yo me voy a dormir.

Mowgli corrió hacia la Selva y se dejó caer como muerto sobre una roca, donde durmió, sin interrupción, todo el día y toda la noche siguientes.

Al despertarse, Bagheera estaba a su lado, y a los pies tenía un ciervo que acababa de matar. Miraba la pantera curiosamente, mientras Mowgli comenzó a manejar el cuchillo, comió, bebió y se puso, al fin, de lado, con su mentón apoyado en las manos.

—El hombre y la mujer han llegado sanos y salvos a la vista de Khanhiwara —dijo Bagheera—. Tu madre mandó el aviso por medio de Chil, el milano. Encontraron un caballo antes de media noche, y pudieron, así, alejarse con toda velocidad. ¿No te alegras de eso?

—Está bien —contestó Mowgli.

—Y tu manada humana, allá en la aldea, no se ha movido hasta que el sol estaba ya alto, esta mañana. Entonces tomaron su alimento, y corrieron de nuevo hacia sus casas.

—¿Te vieron, por casualidad?

—Es posible. Yo me estaba revolcando a la hora del alba ante la puerta, y podría ser, también, que hubiera cantado un poco por diversión. Ahora, Hermanito, no queda nada por hacer. Vente a cazar conmigo y con Baloo. Ha encontrado unas colmenas nuevas que nos quiere mostrar, y todos nosotros queremos que vuelvas, como antes, a estar en nuestra compañía. ¡No mires así, que hasta a mí me das miedo! Ni el hombre ni la mujer serán puestos ya sobre la Flor Roja, y todo va bien ahora en la Selva. ¿No es cierto? Olvidemos a la manada de los hombres.

—La olvidaremos de aquí a un rato. ¿Dónde comerá esta noche Hathi?

—Donde se le antoje. ¿Quién es capaz de decir lo que hará el Silencioso? Pero ¿por qué me lo preguntas? ¿Qué puede hacer aquí Hathi que no podamos nosotros?

—Dile que venga con sus tres hijos a encontrarme.

—Pero... verdaderamente, Hermanito..., no está bien que se le diga a Hathi: “ven” o “ándate”. Acuérdate de que él es dueño de la Selva y de que antes que la manada de los hombres cambiara el aspecto de tu rostro, él te enseñó las Palabras Mágicas de la Selva.

—Da lo mismo. Yo tengo ahora una palabra mágica contra él. Dile que venga a encontrar a Mowgli, la rana; y, si no te escucha a la primera vez, dile que venga por la destrucción de los campos de Bhurtpore.

—La destrucción de los campos de Bhurtpore —repitió Bagheera dos o tres veces, para estar segura de recordar las palabras—. Voy en seguida —continuó—. Lo peor que puede suceder es que Hathi se enoje, y yo daría toda la caza que pueda matar de una luna a otra, con tal de oír una palabra mágica que pudiera obligar al Silencioso a hacer algo.

Se fue, entonces, dejando a Mowgli ocupado en dar furiosas cuchilladas al suelo. Mowgli no había visto en su vida sangre humana, hasta que vio, olió la sangre de Messua sobre las ligaduras que la ataban. Y Messua había sido bondadosa con él. Pero por profundo que fuera su desprecio por los hombres, nunca se habría decidido a quitar una sola vida humana. Su plan era mucho más sencillo, pero mucho más completo también, y, a solas, se reía él cuando pensaba que, precisamente, uno de los cuentos que decía Buldeo bajo el árbol, al anochecer, era lo que le había dado la idea.

—Verdaderamente fue una palabra mágica —murmuró a su oído Bagheera—. Estaban comiendo junto al río, y obedecieron como si fueran bueyes. Míralos: ya vienen.

Mowgli levantó apenas la cabeza, cuando Hathi lo saludó con el grito de: “¡Buena Suerte!” El hombrecito lo tuvo mucho rato antes de hablar, meciéndose, levantando una pata y después otra; y al fin, cuando despegó los labios, fue para dirigirse a Bagheera, no a los elefantes.

—Voy a contar un cuento que me dijo a mí el cazador que fuiste tú a cazar hoy —dijo Mowgli—. Es relativo a un elefante, viejo y sabio, que cayó en una trampa, al cual el palo afilado en el fondo de ella le produjo una herida en la parte de arriba de una pata, dejándole una señal blanca.

Mowgli tendió la mano, y, cuando Hathi se movió, la luz de la luna hizo visible una larga cicatriz blanca sobre el costado, similar a la que podría dejar un látigo metálico al rojo vivo.

—Unos hombres vinieron a sacarle de la trampa —continuó Mowgli—; pero él rompió las cuerdas con que le ataron, y se fue, esperando, luego, que se le cicatrizara la herida. Entonces volvió, furioso, de noche, a los campos de esos cazadores. Y ahora recuerdo que tenía tres hijos. Todo eso sucedió hace muchas, muchísimas lluvias, y lejos, allá por los campos de Bhurtpore.

¿Qué ocurrió en esos campos al venir la época de cosecha, Hathi?

—Yo ya les había cosechado, junto con mis tres hijos —contestó Hathi.

—¿Y respecto al trabajo de arado que sigue a la cosecha? —preguntó Mowgli.

—No se hizo —respondió Hathi.

—¿Y en cuanto a los hombres que viven cerca de los verdes cultivos que sustenta la tierra? —preguntó Mowgli.

—Se fueron.

—¿Y qué fue de las chozas en que dormían los hombres? —continuó Mowgli.

—Sus techos los hicimos pedazos nosotros, y la Selva se tragó las paredes —contestó Hathi.

—Y ¿qué más? —añadió Mowgli.

—Todo pasó a ser dominio de la Selva. En más de cinco aldeas expulsamos nosotros a sus habitantes; y en ellas y en sus terrenos no hay un solo hombre que se alimente de lo que produce la tierra. Esto fue la destrucción de los campos de Bhurtpore, realizada por mí y por mis tres hijos; y ahora te pregunto yo, hombrecito —agregó Hathi—: ¿cómo tuviste tú noticias de todo esto?

—Un hombre me lo dijo, y ahora observo que hasta él, Buldeo, es capaz de decir la verdad. Bien hiciste las cosas, Hathi; pero la segunda vez se harán aún mejor, porque habrá un hombre que las dirija. ¿Conoces la aldea en que vive la manada humana que me expulsó a mí de ella? Todos son allí perezosos, sin sentido

común y crueles: se entretienen en jugar con la boca y no matan al débil para comérselo, sino por diversión. Cuando están cansados serían capaces de tirar sobre la Flor Roja a sus propios hijos. Yo lo he visto. No está bien que sigan viviendo aquí por más tiempo. ¡Los odio!

—¡Entonces mátalos! —indicó el más joven de los hijos de Hathi.

—¿Y para qué necesito yo huesos blancos? —contestó Mowgli—. ¿Soy acaso un pequeño lobo para entretenerme jugando al sol con cráneos? Maté a Shere Khan, pero no sé a dónde ha ido a parar él, y todavía tengo hambre a falta de su carne. Esta vez quiero algo que yo pueda ver y tocar. ¡Lanza a la Selva en masa contra la aldea, Hathi! Que corran como corrieron los hombres que cultivaban los campos de Bhurtpore, hasta que el agua de la lluvia sea el único arado que trabaje la tierra... ¡Lanza sobre esa gente a toda la Selva, Hathi!

—Pero yo..., pero nosotros no tenemos nada pendiente con ellos, y se necesita sentir toda la rabia que un gran dolor da para poder destrozar los lugares donde los hombres duermen —replicó Hathi dudando.

—¿Acaso ustedes son los únicos que comen hierbas en la Selva? Trae a toda tu gente. Deja que se encarguen de eso el ciervo, el jabalí y el nilghai. No es necesario ni que les vean un pedazo de la piel hasta que los campos hayan quedado completamente limpios. ¡Lanza a toda la selva allí, Hathi!

—¿No habrá matanza? Tenía los colmillos rojos de sangre cuando fue la destrucción de los campos de Bhurtpore, y no quisiera despertar nuevamente con el olor que sentí esa vez.

—Ni yo tampoco. No desearía ni ver siquiera cómo sus huesos andan esparcidos por la tierra. Que se vayan y busquen nuevas guaridas: no pueden quedarse aquí. He visto, he sentido el olor de la sangre de la mujer que me alimentó..., de la mujer a quien ellos hubieran matado de no haber sido por mí. Solo el olor de

la hierba fresca creciendo sobre los umbrales de sus casas puede borrar de mi memoria el otro olor. Parece como que me quema la boca. ¡Lanza sobre ellos a toda la Selva, Hathi!

—¡Ah! —dijo éste—, así me quemaba a mí la piel la herida que me hizo aquella estaca, hasta que vimos cómo desaparecían las aldeas con el crecimiento de la vegetación en la primavera. Ahora me hago cargo de todo. Tu guerra la considero ya como nuestra. ¡Lanzaremos a toda la Selva sobre ellos!

Mowgli apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento perdido, cuando ya el lugar donde habían estado los elefantes estaba vacío. Hathi y sus tres hijos habían partido separados, como dirigiéndose hacia los cuatro puntos cardinales, y se alejaban a grandes pasos por los valles, a un cuarto de legua de distancia. Siguieron andando así durante dos días a través de la Selva; y cada paso que dieron y cada balanceo de sus tropas era visto, observado cuidadosamente por Mang, Chil, el Pueblo de los Monos y todos los pájaros. Luego empezaron a comer y comieron tranquilamente durante aproximadamente una semana.

Pasado este tiempo comenzó a comentarse por la Selva que en tal o cual valle se podía encontrar mejor comida y agua de lo acostumbrado. Poco a poco los animales se fueron yendo por grandes grupos, animados por Sahi, el puerco espín, otras veces por Mang, o el mismo Baloo, quien, jugueteando con ellos, les obligaba a tomar el verdadero camino. Al cabo de unos diez días se habían esparcido por todo un círculo de dos leguas a la redonda, más o menos, cuyo centro era la aldea. Cuando Hathi y sus tres hijos derrumbaron los machans (plataformas parecidas a palomares, hechas de palos colocados sobre cuatro puntales, para espantar a los pájaros y ladrones de otra clase), los animales de la Selva se lanzaron sobre las tierras de pasto y de cultivo que desaparecían a medida que éstos pasaban. El trabajo puede decirse que estaba terminado, y cuando los aldeanos miraron

hacia sus cultivos, vieron que las cosechas estaban perdidas; y eso significaba que la muerte estaba cercana para ellos si no se iban.

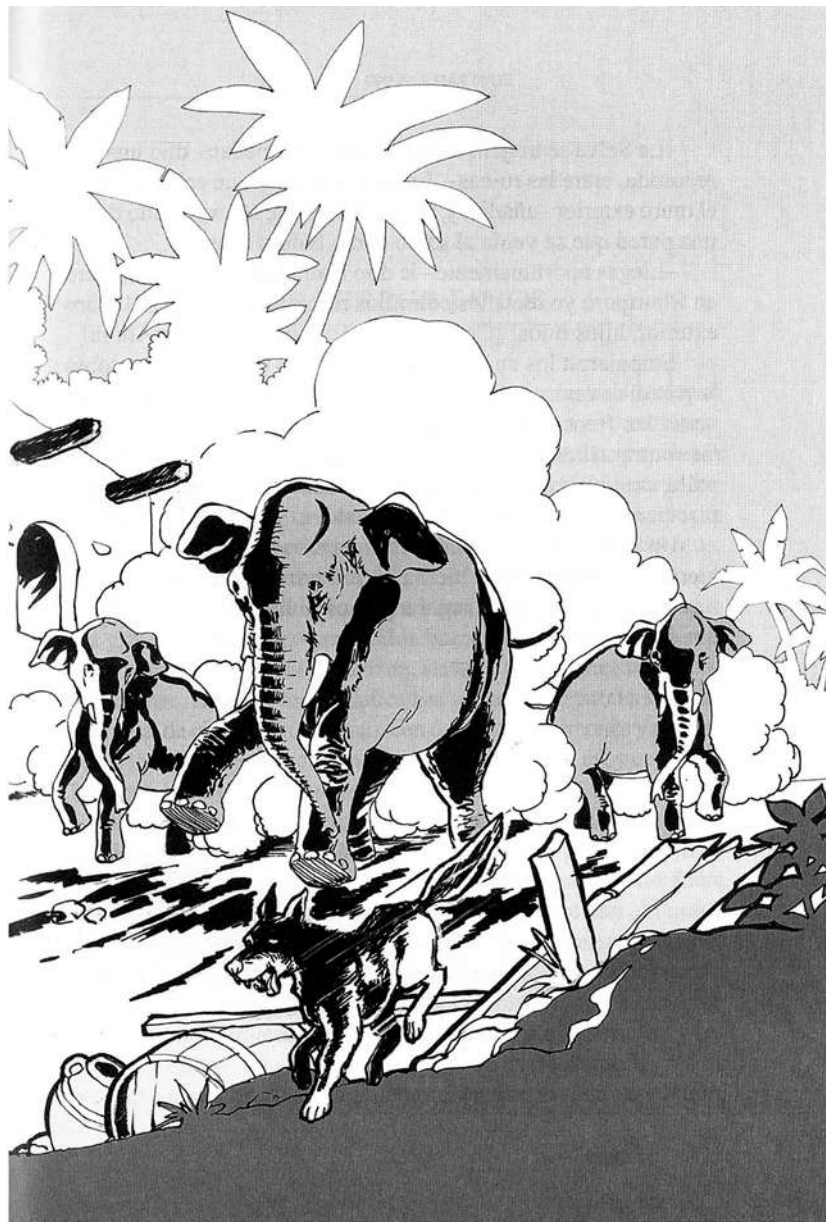
Los hombres decidieron vivir del trigo que guardaban para semilla, hasta que vinieran las lluvias, pero los afilados colmillos de Hathi arrancaron una esquina de los graneros y rompieron la gran arca de mimbre en la que se guardaba el grano.

Los aldeanos creyeron, entonces, que inadvertidamente habían ofendido a alguno de los dioses de la Selva, y, como consecuencia de esto, mandaron llamar al jefe de la tribu de gondos errantes más cercana (gente pequeña, inteligente y de color muy negro, cuyos antepasados fueron la raza más antigua de la India) para saber si sus dioses (los antiguos dioses) estaban enojados con ellos, y qué sacrificio había que ofrecerles.

El gondo no dijo una palabra, pero les predijo, mediante signos, que las calabazas silvestres crecerían en adelante en el lugar en que habían adorado a su dios, y convendría que todos se pusieran a salvo, cuanto antes mejor.

Los hombres solteros fueron los primeros en huir, y expandieron por todas partes la noticia de que la aldea estaba condenada a desaparecer. Así, el poco comercio que había con el mundo exterior fue reduciéndose, como los caminos trillados, se fueron borrando y disminuyendo en medio de la maleza. Al fin, los trompeteos nocturnos de Hathi y de sus tres hijos dejaron de molestar a los aldeanos, porque ya no tenían nada que les pudieran robar. Los alejados campos iban perdiendo su antigua forma, y era hora de irse donde los ingleses que vivían en Khanhiwara.

En el momento en que atravesaba las puertas de la aldea la última familia, se oyó un ruido de vigas y techos de paja que se hundían detrás de los muros. Dando agudos gritos, Hathi y sus tres hijos se habían lanzado por las estrechas calles, apoyándose con gran empuje contra las chozas a derecha e izquierda y destrozando las resquebrajadas puertas y aplastando los aleros.



—La Selva se tragará esas cáscaras que quedan —dijo una voz reposada, entre las ruinas—. Lo que ahora hay que echar abajo es el muro exterior —añadió, y, en ese momento, Mowgli saltó desde una pared que se venía al suelo como búfalo cansado.

—Llegas oportunamente —le dijo Hathi jadeante—. ¡Oh! ¡Pero en Bhurtpore yo tenía los colmillos rojos de sangre!... ¡Al muro exterior, hijos míos! ¡Con la cabeza! ¡Todos a la vez! ¡Ahora!

Empujaron los cuatro puestos en fila y rozándose; se dobló la pared, se rajó y cayó, mientras los aldeanos, mudos de terror, veían las feroces cabezas de los destructores apareciendo por las roturas. Entonces huyeron, sin hogar y sin alimentos, por el valle, contemplando cómo la aldea, hecha pedazos esparcidos y pisoteados, se desvanecía a sus espaldas.

Un mes después, el lugar era un cerro lleno de hoyos y cubierto de blanda, verde hierba recién nacida, y al terminar las lluvias, la Selva entera rugía a plenos pulmones en el lugar en que hace seis meses el arado solía remover la tierra.

LOS PERROS JAROS

Para Mowgli, la parte más agradable de su vida empezó después de la verdadera invasión de la Selva. Con su conciencia tranquila por considerar que había pagado sus deudas, y se había amigado de todos los habitantes de la Selva, era mirado por todos con algo de temor. Lo que hizo, vio y oyó vagando solo o con sus cuatro compañeros bastaría para escribir innumerables cuentos, cada uno tan largo como éste.

Papá Lobo y mamá Loba se murieron, y con los años, Akela que era gris, se puso blanco como la leche, y ahora Mowgli tenía que cazar para él. Pero los lobos jóvenes, los hijos de la deshecha manada de Seeonee, crecían y se multiplicaban, y cuando llegaron a ser unos cuarenta, de cinco años, sin amo, con excelentes pulmones y rápidos pies, Akela les dijo que debían juntarse, obedecer la Ley, y estar bajo la dirección de uno, como corresponde a los del Pueblo Libre.

El derecho de dirigir la manada fue ganado en una buena pelea por Fao, hijo de Faona, y Mowgli volvió a asistir al Consejo de la Peña, como en los antiguos tiempos. Ninguno que no fuera de allí se atrevía a entrar en las selvas que pertenecían al Pueblo de Mowgli, como llamaban a la manada; los lobos más jóvenes crecían fuertes y gordos, y abundaban los pequeños lobos cuando había que revisarlos para llevarlos a la Peña.

Una tarde, mientras Mowgli caminaba por el bosque, y los cuatro jugaban y se empujaban, oyó un grito como nunca se había vuelto a oír desde los tiempos en que vivía Shere Khan.

Los cuatro lobos dejaron de jugar en el acto, con los pelos erizados y gruñendo. Mowgli tomó un cuchillo y se detuvo.

—No hay por aquí ningún rayado que se atreva a matar... —dijo.

—No es éste el grito del Explorador —observó el Hermano Gris—. Eso es alguna gran cacería. ¡Escucha!

Se escuchó nuevamente el grito, que parecía entre sollozo y risa ahogada, como si el chacal tuviera ni más ni menos que flexibles labios humanos. Entonces Mowgli respiró con fuerzas y se fue corriendo en dirección a la Peña del Consejo.

Solo se oía el rumor del Waingunga, corriendo entre la oscuridad, cuando de pronto, al otro lado del río, aulló un lobo. No era ninguno perteneciente a la manada, ya que estaban todos alrededor de la Peña. El aullido se fue prolongando, adquiriendo un tono como de desesperación. Se oyó un ruido de pasos cansados entre las rocas, y un demacrado lobo se lanzó en medio del círculo y se echó jadeante a los pies de Mowgli.

—“¡Buena Suerte!” ¿Quién es tu jefe? —le interrogó gravemente Fao.

—“¡Buena Suerte!” Soy Won-tolla —contestó el recién llegado.

Con esto quería decir que era un lobo solitario, que atendía a su defensa y a la de su familia en alguna guarida lejana, como hacen algunos lobos en medio del país.

—¿Quién anda por ahí? —añadió Fao.

—¡Los dholes, los dholes del Dekkan..., los perros jaros, los Asesinos! Cuando estábamos en luna nueva, asesinaron a mi compañera y a mis tres lobos pequeños. Entonces hice uso del Derecho de la Sangre y fui en busca de los dholes.

—¿Cuántos eran? —preguntó rápidamente Mowgli, mientras la manada gruñía rabiosamente.

—No lo sé. Tres de ellos no matarán ya a nadie más; pero al fin me persiguieron como a un ciervo, haciéndome correr con las tres patas que me quedan. ¡Mira, Pueblo Libre!

Adelantó entonces su destrozada pata, ennegrecida con la sangre que se había secado ya. Tenía en su lomo terribles mordiscos, y el cuello herido, desgarrado.

—¡Come! —le dijo Akela, levantándose de un montón de carne que le había traído Mowgli, e inmediatamente el solitario se lanzó sobre ella.

—No perderán lo que me dan —afirmó humildemente luego de satisfacer un poco su hambre—. Préstame fuerzas, Pueblo Libre, y también yo mataré. Mi guarida que antes estaba llena, ahora está vacía, y la Deuda de Sangre no está pagada del todo aún.

—Esas caderas tuyas nos pueden ser útiles —expresó Fao—. ¿Iban cachorros con los dholes?

—No, no. Todos eran cazadores rojos, perros de manada, grandes y fuertes, aunque allá en el Dekkan no coman más que lagartos.

Lo que acababa de decir Won-tolla significaba que los dholes iban de paso en busca de algo que matar. Aunque no tengan ni el tamaño ni la astucia del lobo, son muchos y muy fuertes. No comienzan a considerar que forman una manada hasta que juntan cientos de ellos. Mowgli los despreciaba y odiaba, porque no olían como el Pueblo Libre, no vivían en cavernas y les crecía el pelo entre los dedos de las patas. Pero sabía lo terrible que es una manada de dholes cuando va de caza.

Algo sabía Akela respecto a los perros jaros; porque dijo en voz baja a Mowgli:

—Más vale morir entre todos los de la manada, que sin guía y solo. Esta es una gran cacería... y será la última en que yo participe. Pero a ti, Hermanito, te quedan aún muchas noches y muchos días de vida. Anda hacia el norte, échate a dormir allí, y si alguien queda vivo después del paso de los dholes, te llevará de inmediato noticias del resultado de la lucha.

—¡Aowa! ¡Aowa! —exclamó Mowgli con mal humor—. Escucha: hubo una vez un lobo que era mi padre, y una loba que era mi madre, y otro lobo viejo y gris (no muy discreto a veces, y blanco ahora) que era para mí como mi padre y mi madre juntos. Así, entonces —y aquí levantó más la voz—, yo afirmo que cuando vengan los dholes, si vienen, Mowgli y el Pueblo Libre lucharán como iguales contra ellos; y digo, por el toro que me rescató, digo... que este cuchillo que ves será para la manada como un colmillo más con el que pueda contar..., y no me parece, en verdad, que su filo esté muy desgastado. Eso es todo lo que tengo que decir, y la palabra que prometo.

—Tú no conoces a los dholes, hombre que hablas como los lobos —dijo Won-tolla—. Yo no deseo más que liquidar la Deuda de Sangre que con ellos tengo pendiente, antes de que me hagan pedazos. Avanzan despacio, matando a medida que se alejan, y dentro de dos días ya habré recuperado algo de fuerzas, para poder volver a la lucha. Pero en cuanto a ustedes, Pueblo Libre, mi opinión es que se vayan hacia el norte y que se contenten con comer poco durante el tiempo que tarden en pasar los dholes. Es ésta una cacería que no les producirá carne.

—¡Miren con qué sale ahora el solitario! —exclamó Mowgli riendo—. ¡Pueblo Libre! ¡Tenemos que huir hacia el norte y dedicarnos a capturar lagartos y ratas por miedo a tropezar con algún dhole! ¡Es indudable que hemos de huir, Pueblo Libre, y pedirles por favor a los del norte que nos dejen comer alguna res muerta! Ya saben el dicho: “En el norte, miseria; en el sur, piojos. En cuanto a nosotros, somos la Selva”. Escojan, entonces, escojan. ¡La cacería valdrá la pena! ¡Por la manada..., por toda la manada..., juremos la lucha..., juremos..., juremos!

Contestó la manada con un profundo aullido que estalló resonando en la noche como si fuera el estruendo de la caída de un árbol enorme.

—¡Lo juramos! —gritaron los lobos.

—Quédense con ellos —ordenó Mowgli a los cuatro—. No habrá diente que aquí sobre. Fao y Akela que lo preparen todo para la batalla. Yo voy a contar los perros.

—¡Eso es la muerte! —gritó Won-tolla, levantándose a medias—. ¿Qué puede hacer ése, que ni siquiera tiene pelos, contra los perros jaros? Acuérdense que hasta el rayado...

—Vamos, que eres un verdadero solitario —interrumpió Mowgli—; pero ya hablaremos de esto cuando los dholes estén muertos. “¡Buena Suerte!”

Se puso a correr, hundiéndose en las sombras, tan agitada que apenas miraba dónde ponía los pies, por lo que se cayó tan largo como era sobre los grandes anillos de Kaa, la serpiente pitón, en el lugar en que ésta estaba echada al acecho, cerca del río, frente a un sendero al que solían ir los ciervos.

—¡Kscha! —silbó Kaa malhumorada—. ¿Es actuar según el estilo de la Selva el venir aquí haciendo ese ruido con los pies, caminando tan torpemente, para estropearle a una el trabajo de toda una noche..., y precisamente cuando la caza se presenta tan bien?

—Confieso que he estado torpe —se disculpó Mowgli levantándose—. La verdad es que iba en tu busca. Cabeza Chata, pero cada vez que nos encontramos has engordado y has crecido al menos un pedazo como este brazo. No hay en la Selva nadie como tú, discreta, anciana, fuerte y hermosísima, Kaa.

—A ver..., ¿a dónde va a ir a parar por ese camino? —preguntó Kaa con voz algo más suavizada y haciéndole espacio.

Como de costumbre, bajo el peso del cuerpo de Mowgli, Kaa había convertido el suyo en una especie de blanda hamaca. El hombrecito se tendió, en medio de la obscuridad, y se enroscó sobre el cuello flexible, semejante a un cable, hasta lograr que la cabeza de Kaa descansara sobre su hombro. Luego le contó todo lo sucedido en la Selva esa noche.

—Astuta puedo ser —dijo Kaa cuando él terminó—. Pero sorda también, ya que no he oído nada. ¿Cuántos son los dholes?

—No los he visto aún. Vine corriendo a encontrarte. Tú eres más vieja que Hathi. Pero, Kaa..., ¡qué gran cacería va a ser! Pocos de nosotros vivirán cuando cambie la luna.

—¿Es que tú también vas a participar en esto? Acuérdate de que eres hombre, y de cuál fue la manada que te expulsó de ella. Deja que el lobo salde sus cuentas con el perro. Tú eres un hombre.

—Cierto que soy un hombre —replicó Mowgli—, pero me parece haber dicho esta noche que era un lobo. Pertenezco al Pueblo Libre, Kaa, hasta que hayan pasado los dholes. He dado mi palabra. Los árboles lo saben y el río también. Hasta que el dhole se haya ido no quedará libre de mi compromiso.

—¡Ah! Así la cosa cambia por completo. Pensé llevarte conmi-go a los pantanos del norte, pero palabra es palabra, aunque sea la de un hombrecito desnudo y sin pelo como tú. Así, entonces, yo, Kaa, digo que...

—Piensa bien lo que vas a decir, Cabeza Chata, para que no resulte que también tú te has ligado más de lo conveniente. No necesito que me des palabra de hacer nada, porque bien sé que...

—Bueno: así sea —contestó Kaa—. No daré palabra alguna; pero ¿qué piensas hacer cuando vengan los dholes?

—Tienen que pasar a nado el Waingunga. Pues bien: yo pensaba salirles al encuentro, cuchillo en mano, cuando crucen algún lugar poco profundo, y llevar detrás de mí a la manada, para que, a cuchilladas y atacados por los míos, tuvieran que retroceder algo río abajo o ir a refrescarse la garganta.

—Los dholes no retroceden, y, en cuanto a su garganta, hierva siempre —contestó Kaa—. Cuando esta cacería termine, no quedará ya hombrecito ni lobo pequeño, sino únicamente los huesos.

—¡Alala! Si morimos, moriremos. Será una cacería magnífica. Pero soy joven y no he visto muchas lluvias aún. Ni sé mucho ni soy fuerte. ¿Tienes tú, Kaa, algún plan mejor?

—He visto todas las temporadas del año —dijo Kaa después de un rato—. Los árboles enormes, los viejos elefantes, y las rocas desnudas y ásperas cuando todavía no se cubrían de musgo. Ahora iremos al río y te enseñaré cómo hay que actuar contra los dholes.

La serpiente se devolvió y se dirigió, recta como una flecha, hacia el lugar más fuerte de la corriente del Waingunga, hundiéndose en el agua un poco más arriba de la laguna que oculta la Roca de la Paz, y llevando a Mowgli a su lado.

—No, no nades. Yo me deslizaré rápidamente. Agárrate y te llevaré auestas, Hermanito.

Mowgli apretó el brazo izquierdo alrededor del cuello de Kaa, dejó caer el derecho, bien pegado al cuerpo, y puso los pies en punta. Entonces Kaa se fue contra la corriente como solo ella era capaz de hacerlo, mientras las ondas del agua formaba como un collar alrededor del cuello de Mowgli, y sus pies se balanceaban en el remolino que se veía al lado de la serpiente. Éste miraba a cada lado de esa estrecha garganta y respiraba fuertemente como molesto, porque se sentía en el aire un olor, como entre dulce y agrio, que era muy parecido al de un gran hormiguero en día caluroso. Instintivamente se metió entero bajo el agua, levantando solo de vez en cuando la cabeza para respirar, hasta que Kaa, al fin, ancló por medio de una doble torsión de la cola alrededor de una roca hundida, sosteniendo a Mowgli en el hueco que formaban sus anillos, mientras el agua corría.

—Esto es la Morada de la Muerte —dijo el jovencito—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Duermen —observó Kaa—. Hathi no tuerce su camino cuando ve al rayado. Y, sin embargo, tanto Hathi como el mismo rayado

se apartan cuando vienen los dholes. De éstos se dice que no cambian dirección por nada. Ahora bien: ¿ante quién retrocede el diminuto Pueblo de las Rocas? Dime, amo de la Selva, ¿quién es en ella el verdadero amo?

—Éstas —susurró Mowgli—. Aquí habita la Muerte. Vámonos.

—No, mira bien, porque ahora están durmiendo. Todo está como antes, cuando yo no era más larga que tu brazo.

Las rajadas y carcomidas rocas de aquella garganta del Waingunga habían servido desde el principio de la Selva para el diminuto Pueblo de las Rocas: las laboriosas y feroces abejas negras de la India; y, como Mowgli sabía perfectamente, todo rastro animal torcía a un lado u otro a más de ochocientos metros antes de llegar a ese lugar. En toda su longitud, la garganta parecía adornada con negras cortinas de terciopelo, de un suave brillo, y Mowgli se sintió desfallecer al verlo, porque aquella especie de cortinas eran los millones de abejas amontonadas que allí dormían. El solo olor penetrante de aquel conjunto bastaba para asustar a cualquier ser viviente que no tuviera alas y supiese lo que era el Pueblo Diminuto.

De nuevo Kaa se dirigió corriente arriba hasta que llegó a un banco de arena que estaba al extremo de aquella garganta.

—Aquí está lo que mataron en esta temporada —exclamó Kaa—. ¡Mira!

Sobre el banco se veían tendidos los esqueletos de un par de ciervos y de un búfalo. Mowgli pudo asegurarse de que ni lobos ni chacales habían tocado sus huesos, que estaban en la posición natural.

—Traspasaron el límite, sin conocer la Ley —murmuró Mowgli—, y el Pueblo Diminuto los mató. Vámonos antes de que éste despierte.

—No despierta hasta que llega la aurora —repuso Kaa—. Ahora voy a contarte una cosa. Venía un ciervo perseguido desde el sur

hacia este lugar, hace ya muchas lluvias, sin conocer la Selva y llevando tras de sí a toda una multitud de perros que seguía su rastro. Ciego de miedo, saltó desde lo alto, mientras la manada iba siguiéndolo guiada solo por la vista, porque corría desatinadamente tras él, ciega también para todo obstáculo. El sol estaba ya alto y el Pueblo Diminuto era numeroso y estaba enfurecido. Fueron igualmente numerosos los perros que saltaron al Waingunga; pero antes de que llegaran al agua estaban ya muertos. Los que no saltaron murieron en las rocas, allá arriba. En cuanto al ciervo, quedó vivo.

—¿Y cómo fue eso?

—Porque él llegó primero, corriendo para salvar la vida, y saltó antes de que el Pueblo diminuto estuviera prevenido, estando ya en el río cuando las abejas se juntaron con intención de matarlo. Pero la manada que venía detrás se perdió por completo bajo el peso de aquellas.

—¿Y el ciervo vivió? —preguntó pausadamente Mowgli, insistiendo en la misma idea.

—Por lo menos no murió entonces, aunque no tuviera nadie que, al caer, lo esperara para recibirlo sobre un cuerpo recio que lo protegiera contra el agua, como esta gruesa, sorda y amarilla Cabeza Chata está a punto de hacer por un cierto hombrecito..., sí, aunque detrás de él fueran todos los dholes del Dekkan siguiendo el rastro. ¿Qué opinas tú de esto?

—Es jugar con la Muerte, pero..., verdaderamente, Kaa, tú eres quien más sabe en toda la Selva.

—Eso me han dicho muchos. Pues bien, mira: si los dholes te siguen...

—Así lo harán, con toda seguridad... ¡Oh! Ya cuidará mi lengua de lanzarles agudísimas espinas que irán a irritarles la piel.

—Pues si te siguen furiosos, ciegos, sin mirar a ningún lado, fija solo la vista en ti, los que no mueran arriba caerán al agua aquí

o más abajo, porque el Pueblo Diminuto levantará el vuelo y los cubrirá a todos. Las aguas del Waingunga siempre tienen hambre, y ellos no contarán con ninguna Kaa que vaya a sostenerlos cuando caigan, sino que, los que vivan serán arrastrados por la corriente hasta los bajos, allá por los Cubiles de Seeonee, y en ese lugar podría tu manada salirles al encuentro y arrojarlos sobre ellos.

—¡Ahai! ¡Eowawa! Ni una lluvia cayendo a tiempo en medio de temporada seca es mejor que este plan. No queda más que decidir la cuestión insignificante del salto y de la carrera. Ya iré yo a que me vean y conozcan los dholes, a fin de que me persigan muy de cerca.

—¿Has visto las rocas que están ahí arriba? ¿Las has visto desde la tierra?

—¡Ah!, no. No se me había ocurrido esto.

—Anda a verlas. La tierra está como podrida, llena de grietas y agujeros. Si pusieras tus torpes pies en terreno inseguro, la cacería terminaría. Mira, voy a dejarte aquí y haré una cosa: ir a contarles a los de la manada lo que hemos dicho, para que sepan dónde podrán encontrar a los dholes.

Nadó río abajo, y al llegar frente a la Peña se encontró con Fao y con Akela, que estaban escuchando los ruidos nocturnos.

—¡Hisch! ¡Perros! —dijo alegremente—; los dholes bajarán por el río. Si no les tienen miedo, podrán matarlos en los bajos.

—¿Cuándo vendrán? —preguntó Fao.

—Y ¿dónde está mi hombre-cachorro? —agregó Akela.

—Vendrán cuando vengan —contestó Kaa al primero—. Espéralo y lo verás. En cuanto a tu hombre-cachorro —le dijo al segundo—, al cual le has hecho hacer una promesa, y que has conducido así a la muerte..., tu hombrecito está conmigo, y si no está muerto ahora mismo, no tienes tú la culpa, ¡perro blanqueado! Espera aquí a los dholes, y alégrate de que el hombre-cachorro y yo peleemos a tu lado.

Kaa volvió a remontar con rapidez la corriente y hasta que el agua le llegara a su estrecha garganta, mirando hacia arriba, hacia el borde de la cascada. De pronto, vio la cabeza de Mowgli proyectándose contra las estrellas, luego se oyó un rumor, como un silbido, en el aire, el agudo schloop de un cuerpo que caía de pie, y un momento después estaba el hombrecito descansando nuevamente sobre los anillos del cuerpo de Kaa.

—Este salto no es nada de noche —dijo Mowgli tranquilamente—. Yo he saltado desde doble altura solo por gusto; pero ahí arriba sí que es mal lugar: todos son arbustos y zanjas muy profundas, llenos de unos y otras de Pueblo Diminuto. Yo he colocado grandes piedras superpuestas en el borde de tres zanjas. Al correr los golpearé con el pie y las lanzaré abajo y todo el Pueblo Diminuto se levantará detrás de mí, furioso.

—Eso son palabrerías y astucias de hombre —replicó Kaa—. Es cierto que eres astuto, pero ese Pueblo está enfurecido siempre.

—No, al anochecer todas las alas descansan un rato. Yo me entretendré con los dholes a esa hora, porque sé que ellos suelen cazar mejor de día. Ahora siguen el rastro de sangre que ha dejado Won-tolla.

—Ni Chil abandona nunca un buey muerto, ni los dholes un rastro de sangre —afirmó Kaa.

—Pues, entonces yo les daré otro nuevo, hecho con su propia sangre, si me es posible, y les haré morder el polvo. ¿Te quedarás aquí, Kaa, hasta que vuelva con mis dholes?

—Sí, pero ¿y si te matan en la Selva, o si es el Pueblo Diminuto el que te quita la vida antes de que puedas saltar al río?

—Cuando llegue mañana cazaremos según lo que mañana exija —respondió Mowgli, citando, al decirlo, una frase de uso común en la Selva, y luego añadió—: Que me canten la Canción de la Muerte cuando muerto esté. “¡Buena Suerte!”, Kaa.

Apartó su brazo del cuello de la serpiente y descendió por la garganta que formaba el río en dirección a la lejana orilla. Mowgli sabía que el Pueblo Diminuto no puede sufrir el olor a ajo silvestre; así, recogió una flor de estas plantas y comenzó a seguir el rastro de sangre de Won-tolla en dirección al sur, estudiando cuidadosamente el terreno; al fin, se acomodó en un árbol a dos metros y medio del suelo y allí se quedó sentado tranquilamente.

Poco antes del mediodía, cuando hacía mucho calor, oyó ruido de pasos y sintió el detestable olor de la manada de dholes que iba siguiendo, con aire feroz, el rastro de Won-tolla. Estuvo observando la cabeza puntiaguda y de color rojizo del que los dirigía, ocupado en olfatear la pista, y le gritó:

—¡“Buena Suerte!”

Miró hacia arriba la fiera, y sus compañeros se pararon detrás de él. Unos doscientos debían de ser, cuando menos, los que se juntaron a los pies del jovencito; pero notó que los delanteros olfateaban con aire de hambrientos el rastro de Won-tolla e intentaban hacer seguir hacia delante a toda la manada. Esto no le convenía, porque así llegarían a las guaridas en pleno día, y la intención de Mowgli era entretenerlos allí, bajo el árbol, hasta el anochecer.

—¿Con qué permiso vienen a este lugar? —les preguntó.

—Todas las Selvas son nuestras —dijo un dhole mostrándole los dientes.

Mowgli miró hacia abajo sonriendo, e imitó perfectamente los agudos chillidos de Chikai, el ratón saltador del Dekkan, queriendo decir con esto a los dholes que los tendrían dentro de poco, tal como al mismo Chikai. Los perros se agruparon alrededor del tronco del árbol, y el que la dirigía ladró furiosamente llamando mono a Mowgli. Entonces el hombrecito alargó una de sus desnudas piernas y movió los dedos del pie, precisamente

sobre la cabeza del perro. No se necesitaba más para poner fuera de sí a toda la manada. Mowgli quitó su pie en el momento en que el jefe de la manada saltaba para mordérselo, y le dijo con gran suavidad:

—¡Perro, perro jaro! ¡Vuélvete al Dekkan a comer lagartos! ¡Vete con Chikai, tu hermano..., perro, perro... jaro, perro jaro! ¡Tienes pelo entre todos tus dedos! —Y, al decirlo, movió los suyos por segunda vez.

—¡Baja de ahí, antes que te dejemos junto a nosotros por hambre, mono pelón! —aulló toda la manada, y eso era precisamente lo que el jovencito quería.

Se acostó a lo largo de la rama, con el brazo derecho libre e insultando a la manada de dholes. Durante todo el tiempo tuvo Mowgli la mano derecha lista para la acción, y cuando el jefe dio un salto de más de dos metros del suelo, la mano de Mowgli, rápida como serpiente, le agarró por el cuello levantándolo poco a poco. Con la izquierda cortó la roja y peluda cola, arrojando después al dhole. No necesitaba hacer más: la manada no se movería hasta entablar un duelo a muerte con Mowgli. Se encaramó, entonces, a un lugar más alto, donde se quedó dormido.

Se despertó, luego de tres o cuatro horas, y contó los perros que había en la manada. Allí estaban aún todos, silenciosos, con aspecto feroz, con las bocas secas, y el mirar duro de sus ojos de acero. El sol comenzaba a hundirse en el horizonte. Dentro de media hora el Pueblo Diminuto, allá en las rocas, terminaría su labor, y, como queda dicho, los dholes no pelean tan bien a la hora del obscurecer como en la mitad del día.

—No necesitaba tan buenos vigilantes —dijo con irónica cortesía, poniéndose de pie sobre una rama—; pero ya me acordaré de esto. Son verdaderos dholes, pero demuestran tener mucho cuidado. Por este motivo no le devuelvo su cola a ese gran devorador de lagartos. ¿No estás contento, perro jaro?

—Yo mismo seré quien te saque las tripas —aulló el que dirigía la manada, arañando el pie del árbol.

—No harás tal, y, en vez de eso, piensa un poco, rata sabia del Dekkan. Vuélvete a tu casa, perro jaro, y cuenta a viva voz que un mono te ha puesto como estás. ¿No quieres irte? ¡Ven conmigo, y yo te enseñaré a ser discreto!

Mowgli saltó, al estilo de los Bandar-log, al árbol más próximo, de aquél al siguiente, y así al otro, y al de más allá, siguiéndole siempre los perros con la cabeza levantada, hambrientos. De cuando en cuando fingía caerse, y todos los de la manada tropezaban, entonces, unos con otros, apurados para llegar al lugar donde podrían matarlo. Al llegar al último árbol, tomó los ajos que llevaba y se frotó con ellos el cuerpo cuidadosamente, mientras al verlo aullaban los dholes con aire de desprecio.

—Mono que tienes lengua de lobo, ¿crees que así vas a hacernos perder tu rastro? —le gritaron—. Te seguiremos hasta matarte.

—Tomen la cola —repuso Mowgli. Instintivamente la manada se lanzó sobre aquélla—. Y ahora síganme hasta la muerte —añadió.

Se había ya deslizado desde el tronco de un árbol hasta el suelo, lanzándose, desnudos los pies y rápido como el viento, hacia las Rocas de las Abejas, antes de que los dholes pudieran adivinar lo que iba a hacer.

Éstos lanzaron un profundo aullido, y comenzaron a correr con ese largo y pesado medio galope que finalmente termina por cansar a cuanto corra delante de ellos. Mowgli sabía que su velocidad, cuando iban todos juntos en la manada, era muy inferior a la de los lobos, o de lo contrario nunca se hubiera arriesgado a una carrera así, de media legua en campo abierto. Ellos estaban seguros de que, al fin, se apoderarían del hombrécito, y él lo estaba también de que podría jugar con ellos como quisiera.

El Pueblo Diminuto se había dormido al comenzar la hora del crepúsculo; pero en cuanto sonaron los primeros pasos de Mowgli sobre el suelo hueco, oyó tal ruido que parecía que la tierra entera zumbaba. Entonces corrió como nunca antes había corrido; dio un puntapié a uno de los montones de piedras... y luego a otro... y a otro..., arrojándolos a las oscuras grietas de las que se desprendía un olor dulzón: oyó un gran ruido semejante al del mar entrando en una caverna; mirando con el rabillo del ojo vio que el aire se oscurecía a su espalda; vio también la corriente del Waingunga allá abajo, y sobre el agua, una cabeza chata de forma parecida a la de los diamantes; saltó en el vacío con todas sus fuerzas, sintiendo, mientras estaba en el aire, cómo, el dhole sin cola cerraba la boca tras su hombro, queriendo morderlo; y al fin el hombrécito cayó de pie sobre el río, a salvo ya, sin aliento y triunfante. Ni una picada tenía en el cuerpo, porque el olor del ajo había mantenido a distancia al Pueblo Diminuto durante el tiempo en que estuvo entre las abejas.

Cuando salió a la superficie del agua, los anillos de Kaa lo sostenían y una multitud de cosas iban saltando desde el borde del acantilado: grandes montones que eran, al parecer, abejas apiñadas, y descendían abruptamente, pero antes de que cualquiera tocara el agua, las abejas emprendía el vuelo hacia arriba, y el cuerpo de un dhole caía dando vueltas sobre la corriente, que lo arrastraba. Algunos de éstos habían caído en las grandes grietas que comunicaban con las cavernas subterráneas, y allí, ahogándose, se peleaban y mordían rodeados de panales desprendidos, hasta cuando ya estaban muertos. Otros de los dholes habían saltado sobre los árboles que crecían en los acantilados, y las abejas cubrían sus cuerpos, borrando hasta sus contornos; pero la mayoría de ellos, locos por las picadas recibidas, se lanzaron al río, y, como Kaa había dicho, el Waingunga está siempre hambriento.

Kaa sostuvo a Mowgli fuertemente hasta que el jovencito recobró el aliento.

—Más vale que no nos quedemos aquí —dijo—. El Pueblo Diminuto anda verdaderamente alborotado. ¡Ven!

Nadando tan aplastado contra el agua como le era posible y zambulléndose con la mayor frecuencia, Mowgli descendió la corriente, cuchillo en mano.

—¡Despacio, despacio! —le aconsejó Kaa—. Para matar a un centenar no basta un solo diente, a menos que sea el de una culebra.

Muchos de los dholes se tiraron al agua, sin pérdida de tiempo, cuando vieron que todo el Pueblo Diminuto se ponía a volar.

—Pues con eso tendrá más trabajo mi cuchillo. ¡Fai! ¡Cómo nos siguen las abejas!

Mowgli volvió a zambullirse. La superficie del agua estaba cubierta de ellas, que susurraban irritadas, picando cuanto se les pusiera a su alcance.

—Nunca se pierde nada con guardar silencio —declaró Kaa, cuyas escamas no había aguijón que pudiera atravesar—; y tienes toda la noche para tu cacería. ¿Oyes como aúllan?

Casi la mitad de la manada se había dado cuenta a tiempo de la trampa en que sus compañeros acababan de caer, y volviéndose rápidamente a un lado habían ido a tirarse al agua donde la estrecha garganta formaba como unos bordes.

—¡Alguien mata detrás de nosotros, en la oscuridad! —ladró uno de los dholes—. ¡La sangre tiñe el agua!

Mowgli se había zambullido avanzando al mismo tiempo; había arrastrado bajo el agua a uno de los dholes antes de que tuviera tiempo ni de abrir la boca, y unos círculos oscuros surgieron a la superficie del agua al reaparecer el cuerpo, dando media vuelta hacia un lado. Los dholes habían intentado retroceder; pero la corriente se los impedía; el Pueblo Diminuto seguía picándoles

en la cabeza y en las orejas, y, además, allá en la obscuridad creciente, oían cada vez más fuerte el vocerío amenazador de la manada de lobos de Seeneee. Volvió Mowgli a zambullirse y de nuevo otro dhole fue a parar bajo el agua, surgiendo muerto a la superficie. Nuevamente estalló el alarido entre los rezagados de la manada, algunos aullando que más les valía arrimarse a la orilla; otros llamando a su jefe y pidiéndole que los volviera al Dekkan; otros, finalmente, desafiando a Mowgli a que se presentara, para matarlo.

—Esos vienen a la pelea con pensamientos diferentes y muchas voces que hablan a la vez. Lo que falta hacer les corresponde a los de tu raza, allá abajo. El Pueblo Diminuto vuelve a irse a dormir. Ya se han alejado bastante persiguiéndonos. Yo también me vuelvo, porque no soy de la misma clase de los lobos. “¡Buena Suerte!”, Hermanito, y acuérdate de que los dholes dirigen bajo sus mordiscos.

Llegó un lobo corriendo en tres patas por la orilla del río, saltando como si estuviera jugando con sus cachorros. Era Won-tolla, el solitario, y en silencio continuó su horrible juego persiguiendo a los dholes.

—¡Eso no es cazar como se debe! —dijo uno jadeando.

—“¡Buena Suerte!” —exclamó Mowgli, saliendo valientemente al lado de la fiera, clavándole su largo cuchillo junto a una de sus paletas y apretando lo que más pudo para evitar que en la agonía lo mordiera.

—¿Estás ahí, hombre-cachorro? —gritó Won-tolla desde la orilla.

—Pregúntaselo a los muertos, solitario —contestó Mowgli—. ¿No has visto bajar ninguno por el río? ¡Bien les he hecho morder el polvo a esos perros! Los he engañado a plena luz del día, y su jefe se ha quedado sin cola; pero aún tendrás algunos para entretenerte. ¿Hacia dónde quieres que les obligue a ir?

—Esperaré —dijo Won-tolla—. Tiempo tengo. Aún me queda toda la noche.

Cada vez se oían más cerca los ladridos de los lobos de Seeonee.

—¡Por la manada! ¡Por la manada en pleno lo hemos jurado!

Y una corriente del río lanzó a los dholes entre la arena y los bajos que había frente a las guaridas.

Pronto notaron su error. Debieron haber saltado a tierra unos ochocientos metros más arriba y atacar a los lobos en terreno seco. Ahora era tarde para ellos. La orilla estaba llena de ojos que parecían fuego. Won-tolla no había estado haciendo otra cosa que atrayéndolos hacia ese lugar.

—¡Den la vuelta y ataquen! —ordenó el que dirigía a los dholes.

Entonces comenzó la gran lucha, levantándose, aplanándose, haciéndose pedazos unos a otros, por grupos o esparcidos a lo largo de la roja y húmeda arena, por encima o entre las enredadas raíces de los árboles, a través o en medio de los matorrales, entrando y saliendo por los lugares que cubría la hierba, porque, hasta entonces eran dos de los dholes contra uno de los lobos. El cuchillo de Mowgli no descansaba ni un momento. Los cuatro se habían, al fin, abierto paso hasta llegar a su lado. El Hermano Gris, agachado entre las rodillas del hombrecito, lo protegía de los golpes en dirección a su estómago, mientras los demás le guardaban la espalda y los costados, o lo cubrían con su cuerpo cuando la sacudida de un dhole, que se había lanzado con toda su fuerza, de un salto y aullando, contra la resistente hoja del cuchillo, arrastraba al hombrecito en su caída. En cuanto a los demás que combatían, no eran sino una masa desordenada y confusa, una apretada y ondulante multitud, que iban tanto de derecha a izquierda, como de izquierda a derecha, a lo largo de la orilla del río, o girando pausadamente una y otra vez sobre su propio centro. Pero gran parte de la lucha era una mera confusión y un continuo ahogarse

en medio de la obscuridad; dar golpes, girar, caerse, ladrar, gruñir y mucho morder y desgarrar en alrededor suyo y por todos lados. Al avanzar la noche, el rápido e insoportable movimiento giratorio aumentó incluso más. Los dholes, acobardados, no se atrevían a atacar a los lobos, más fuertes que ellos; pero tampoco se atrevían a huir. Mowgli percibió que la pelea estaba a punto de terminar, y se contentó solo con herir, para dejar inutilizadas a sus víctimas.

—Casi no queda más que el hueso por roer —gritó el Hermano Gris, que iba derrochando sangre por veinte heridas a la vez.

—Pero hay que roerlo —contestó Mowgli—. ¡Eowawa! ¡Así hacemos las cosas en la Selva!

Y al decir esto, la ensangrentada hoja del cuchillo fue a hundirse en las espaldas de un dhole cuyo trasero quedaba oculto por el cuerpo de un lobo que lo tenía agarrado.

—¡Es mi presa! —gruñó Won-tolla—. ¡Déjame!

—¿Tienes aún vacío el estómago, solitario? —le preguntó Mowgli.

Won-tolla estaba lleno de heridas que su aspecto horrorizaba, pero, así y todo, tenía como paralizado al dhole bajo sus garras, y éste no podía volverse para morderlo.

—¡Por el toro que me rescató! —exclamó Mowgli con amarga sonrisa—. ¡Si es el rabón!

En aquel momento un dhole acudió en ayuda de su jefe; pero, antes de que hubiera clavado los dientes en el costado de Won-tolla, el cuchillo de Mowgli se había clavado en su garganta, y el Hermano Gris se encargó de rematarlo.

—Así es como hacemos las cosas en la Selva —repitió Mowgli.

Won-tolla no dijo nada: únicamente sus mandíbulas fueron apretándose cada vez más sobre el espinazo del dhole, al paso que su vida llegaba a su fin. El perro se estremeció, inclinó la cabeza y quedó tendido, inmóvil, mientras el mismo Won-tolla caía también sobre su cuerpo.

—¡Huh! La Deuda de Sangre queda ahora pagada —declaró Mowgli—. Canta la canción, Won-tolla.

—No cazaré más —observó el Hermano Gris—. Y también Akela —continuó— hace mucho rato que guarda silencio.

—¡Ya hemos roído el hueso! —gritó con voz de trueno Fao—. ¡Ya huyen! ¡Mátenlos! ¡Exterminenlos a todos, cazadores del Pueblo Libre!

—¡La Deuda! ¡La Deuda! —gritó Mowgli—. ¡Hay que hacer que la paguen! ¡Han asesinado al solitario! ¡No dejen escapar con vida a ni uno de ellos!

Corría agitado hacia el río, cuchillo en mano, para detener a cualquiera de los perros jaros que intentara tirarse al agua, cuando, bajo un montón de nueve cadáveres, vio aparecer la cabeza y parte del cuerpo de Akela. Mowgli se dejó caer de rodillas al lado del lobo.

—¿No te dije que ésta sería mi última lucha? —le recordó Akela, jadeando—. La cacería ha sido buena... ¿Y tú, Hermanito?

—Yo estoy vivo y he matado a muchos.

—¡Bien! Yo me muero... y quisiera morir a tu lado, Hermanito.

Mowgli le tomó la cabeza, llena de horribles heridas, la puso sobre sus rodillas, y puso los brazos del animal alrededor de su cuello también desgarrado.

—¡Cuánto tiempo ha pasado desde aquellos días en que vivía Shere Khan y en que un hombre-cachorro se revolcaba desnudo en el polvo!

—¡No! ¡No! Yo soy un lobo. Yo soy de la misma raza que el Pueblo Libre —dijo Mowgli llorando—. ¡No quiero ser un hombre!

—Un hombre eres, Hermanito. Eres un hombre, o de lo contrario la manada hubiera huido frente a los dholes. Yo te debo la vida, y tú nos has salvado hoy a todos, de igual manera que yo te salvé a ti. ¿Lo has olvidado? Todas las deudas quedan ya saldadas. Anda con tu propia gente. Te repito que la cacería ha

terminado. Vuélvete a donde están los tuyos.

—No iré nunca. Cazaré solo en la Selva. Ya lo he hecho.

—Después del verano vienen las lluvias, y luego de las lluvias, la primavera. Vuélvete antes de que te veas obligado a hacerlo.

—¿Y quién me obligará?

—Mowgli mismo obligará a Mowgli.

—Cuando Mowgli sea quien obligue a Mowgli a irse, entonces me iré.

—Nada más tengo que decirte respecto a esto —continuó Akela—. Hermanito, ¿no podrías levantarme y ponerme de pie? Yo también fui jefe del Pueblo Libre.

Con el mayor cuidado y muy suavemente Mowgli levantó y apartó los cuerpos amontonados, puso en pie a Akela, abrazándolo, y el Lobo Solitario jadeó con fuerza y comenzó a cantar la Canción de la Muerte que todo jefe de manada debe cantar al morir. Fue adquiriendo cada vez más fuerza, elevándose, resonando a través del río, hasta llegar al grito final de: “¡Buena Suerte!” Entonces, Akela se soltó por un instante de los brazos de Mowgli, y, saltando en el aire, cayó de espalda, muerto, sobre su última y más terrible matanza.

Mowgli se quedó allí sentado hasta la hora del alba, cuando el enrojecido y húmedo hocico de Fao se puso sobre su mano, y entonces el hombrecito se apartó para mostrarle el demacrado cuerpo de Akela.

—“¡Buena Suerte!” —dijo Fao, como si Akela estuviera aún vivo, y luego, hablando a los otros por encima del ensangrentado cuerpo, gritó—: ¡Aúllen, perros! ¡Esta noche ha muerto un lobo!

Pero de toda la manada de doscientos dholes aptos para la lucha, que se vanagloriaban de ser los dueños de todas las selvas y de que no había ser viviente que pudiera luchar contra ellos, ni uno volvió al Dekkan para repetir las palabras de Fao.

EL ANKUS DEL REY

Kaa, la enorme serpiente pitón que vive en la Peña, acababa de cambiar la piel, lo que ya le había ocurrido doscientas veces desde su nacimiento, y Mowgli, que no olvidaba que le debía la vida, por lo mucho que trabajó una noche en las Moradas Frías, fue a felicitarla. El cambio de piel siempre pone a una serpiente en un estado de irritabilidad y de depresión que dura hasta que la piel nueva empieza a mostrarse brillante y hermosa.

Aquella tarde Mowgli estaba sentado en el círculo que formaban los grandes repliegues del cuerpo de Kaa, manoseando la rota piel vieja de ésta, que se todavía estaba tendida entre las rocas enroscada, tal como la dejó la serpiente.

—Hasta las escamas de los ojos están perfectamente conservadas —dijo Mowgli entre dientes—. ¡Qué extraño resulta eso de verse uno mismo, a sus pies, la propia cabeza!

—Sí, pero yo no tengo pies —contestó Kaa—, y como toda mi gente tampoco los tienen, no lo encuentro extraño. ¿Es que a ti no se te pone la piel vieja y áspera?

—Entonces voy y me lavo, Cabeza Chata; pero es cierto, en los grandes calores, algunas veces he deseado poder, como tú, cambiar sin dolor la piel, y luego correr sin ella.

—Yo me lavo y, además, me quito la piel. ¿Qué te parece mi traje nuevo?

—La tortuga tiene la superficie más dura; pero es de colores menos alegres —dijo Mowgli muy seguro—. La rana, mi tocaya, los tiene más

alegres; pero no es tan dura. En cuanto al aspecto, es hermosísimo..., se parece a las manchas que hay en el interior de los lirios.

—Necesito agua. Una piel nueva no llega a adquirir su verdadero color antes del primer baño. Vamos a bañarnos.

Mowgli se levantó, y siguió a Kaa hacia el bañadero favorito de la serpiente: una laguna negra como el alquitrán, rodeada de rocas y con algunos hundidos troncos de árbol. El hombrecito se metió al agua, y se tendió en la superficie de espaldas.

—¡Qué bien se está así! —exclamó Mowgli—. Pues mira: en la manada de los hombres se tendrían sobre unos pedazos de madera muy duros, en el interior de una trampa hecha con barro, y después de haber cerrado, para que no entrara el aire puro de afuera, se echaban por encima de la casi atontada cabeza una tela sucia y entonaban unas canciones muy feas. Mucho mejor se está en la Selva.

—¡Ssss! —silbó Kaa, como si de pronto se acordara de algo—. ¿Así que en la Selva encuentras todo lo que puedes desear, Hermanito?

—¿Qué más puedo desear? Tengo la Selva y en ella se me mira con buenos ojos. ¿Hay, acaso, algo más en algún otro lugar, en lo que hay desde que sale hasta que se pone el sol?

—La culebra me dijo... —empezó Kaa.

—¿Tratas tú mucho a las del Pueblo Venenoso? Yo les dejo bien libre el camino. Llevan la muerte en los dientes delanteros y eso es malo..., porque son muy pequeñas. Pero ¿qué culebra es esa con la que tú has hablado?

—Hace cuatro o cinco lunas —prosiguió Kaa— que cacé en las Moradas Frías, lugar que no has olvidado. Lo que yo perseguía se escapó chillando más allá de los estanques, y, yendo a parar a aquella casa de la cual, por culpa tuya, hice pedazos uno de los lados, se hundió en el suelo. Se metió en un escondite muy profundo, y yo me fui detrás. Y una vez que lo había matado me dormí. Cuando desperté fui metiendo más bajo tierra. Me encontré allí, por fin, con

una Capucha Blanca (una culebra blanca) que habló de cosas superiores a todos mis conocimientos, y me enseñó muchas que nunca había visto antes. No eran piezas de caza, y además me hubieran roto los dientes. Pero la Capucha Blanca dijo que un hombre hubiera dado con gusto la vida nada más que por mirar todo aquello.

Entonces yo hablé de ti, diciendo que eras un hombre. Ella dijo:

—Hace mucho tiempo que no veo a un hombre. Que venga, y contemplará todas esas cosas; por la más insignificante de ellas muchos como él se dejarían matar.

—Iremos allá —dijo Mowgli—. Nunca he visto una Capucha Blanca, y además me gustaría ver las otras cosas. ¿Las mató ella?

—Son cosas muertas. Dice que es la guardiana de todas.

—¡Ah!... De la misma manera que un lobo vigila la carne que ha llevado a su guarida. Vamos.

Mowgli nadó hacia la orilla, y ambos partieron en dirección a las Moradas Frías. Kaa iba adelante, y cuando llegaron, se dirigieron hacia las ruinas del pabellón de la reina, que se elevaban sobre la terraza, y se deslizaron por encima de los escombros, hundiéndose en la casi enterrada escalera subterránea que descendía del centro del pabellón. Se arrastraron durante largo rato, por un pasadizo inclinado, y por fin, llegaron a un lugar en el que la raíz de algún árbol muy grande, que crecía a más de nueve metros por encima de la altura en que se encontraban, había arrancado una de las pesadas piedras de la pared. Se metieron por el hueco y se aparecieron en una gran caverna, cuyo techo abovedado estaba también roto en ciertos puntos por raíces de árboles, de tal suerte que algunos rayos de luz penetraban en la oscuridad.

—Aquí tenemos una guarida bien segura —observó Mowgli, enderezándose; pero está demasiado lejos para venir todos los días. Y, ahora, ¿qué es lo que aquí se ve?

—¿Yo no soy nada acaso? —respondió una voz, en medio de la caverna.

Y Mowgli vio algo blanco que se movía, hasta que, poco a poco, se paró ante él la más enorme culebra que jamás habían visto sus ojos..., un animal de cerca de dos metros y medio de largo y descolorido, por estar siempre en la oscuridad, hasta haber tomado cierto aspecto como de marfil viejo.

—“¡Buena Suerte!” —exclamó Mowgli, que no abandonaba nunca ni los buenos modales ni el cuchillo.

—¿Qué noticias me traes de la ciudad? —preguntó la culebra blanca, sin contestar el saludo—. ¿Qué me cuentas de la inmensa población amurallada..., la ciudad de cien elefantes, veinte mil caballos y tantas reses que no se pueden ni contar..., la ciudad del Rey de veinte reyes? Yo me vuelvo sorda aquí, y mucho tiempo ha pasado desde que oí sus ruidos de guerra.

—Eso es como un rastro perdido —dijo Mowgli, volviéndose hacia Kaa—. No entiendo su lenguaje.

—Ni yo. Es muy vieja. —Y dirigiéndose a la Capucha Blanca, le dijo—: Madre de las culebras, aquí no hay más que la Selva, y así fue desde el principio.

—Pues, entonces, ¿quién es este que está sentado delante de mí, sin tenerme miedo, sin saber el nombre del Rey, y que habla nuestro lenguaje, valiéndose para ello de labios humanos? —preguntó la culebra blanca.

—Me llaman Mowgli —fue la respuesta—. Pertenezco a la Selva. Los lobos son mi gente, y Kaa, que aquí ves, es mi hermana. Madre de las culebras, ¿quién eres tú?

—Yo soy la guardiana del tesoro del Rey. Kurrum Raja puso la piedra que está ahí arriba, en los tiempos en que mi piel era oscura, a fin de que yo enseñara lo que es la muerte a los que vinieran aquí para robar. Luego bajaron el tesoro, levantando la piedra, y oí el canto de los bracmanes, mis amos. Cinco veces, desde que vine aquí, han levantado la piedra: siempre para traer más, nunca para sacar algo. No hay riquezas como éstas: son los tesoros de cien reyes. Pero ha

transcurrido mucho, muchísimo tiempo desde la última vez que levantaron la piedra, y creo que mi ciudad se ha olvidado ya de lo que aquí existe. Dos o incluso tres veces, han encontrado los hombres la manera de llegar hasta aquí, pero nunca hablaron hasta que yo me les eché encima, y aun entonces solo gritaron un rato breve. Pero ustedes vienen ambos con mentiras, tanto el hombre como la serpiente, y quisieran hacerme creer que la ciudad ya no existe y que mi misión de guardiana ha terminado. ¡Hombre con lengua de serpiente, si puedes salir con vida por el mismo camino que entraste, todos los malditos reyes del país serán tus servidores!

—Madre de las culebras, yo aquí no veo nada que pueda llevarme —replicó Mowgli.

—¡Por los dioses del Sol y de la Luna que el hombrecito está loco de remate! —silbó la culebra—. Antes de que tus ojos se cierren para siempre, voy a hacerte un favor: mira, contempla lo que jamás vio hasta ahora hombre alguno.

Mowgli miró con los ojos medio cerrados alrededor de la caverna, y luego levantó del suelo un puñado de algo que brillaba.

—¡Oh! —exclamó—. Esto es como aquello con que juegan en la manada de los hombres; solo que eso era de color oscuro y esto es amarillo.

Dejó caer las monedas de oro, y siguió adelante. El suelo estaba cubierto por una capa de oro y plata acuñados, de un espesor de más de metro y medio, y encima, dentro y apareciendo de aquella masa, se veían toda clase de joyas con piedras preciosas de incalculable valor, cuchillos y otras armas, yelmos y cinturones de siete dedos de ancho con diamantes y rubíes escuadrados, y cajas de madera, en las que las tablas dejaban ver los montones de zafiros, ópalos, ágatas, rubíes, diamantes, esmeraldas y granates, todo sin tallar.

Como era natural que ocurriera, Mowgli no entendió el significado de todo aquello. Los cuchillos despertaron algo su curiosidad; pero no le parecieron de tan fácil manejo como el

suyo, y por lo tanto pronto los soltó. Encontró, por fin, algo que le atraía. Era un ankus de cerca de un metro de largo, o sea una vara como las que se usan con los elefantes. El extremo superior era un redondo y brillante rubí, debajo del cual venían ocho pulgadas de astil lleno de turquesas en bruto.

La culebra blanca había estado, entretanto, siguiéndole muy de cerca.

—¿No vale la pena de morir por esto con tal de contemplarlo? —preguntó— ¿No te he hecho un gran favor?

—No te entiendo —contestó Mowgli—. Todas estas cosas son duras y frías, y de ninguna manera sirven para comer. Pero esto —y levantó el ankus—, esto deseo sacarlo de aquí para verlo a la luz del sol. ¿Quieres darme solo esto, y yo te traeré ranas para que las comas?

La culebra blanca se estremeció, llena de una malvada alegría.

—Por supuesto que te lo daré —exclamó—. Todo voy a dártelo..., cuando te vayas.

—Pero si me voy ahora. Este lugar es oscuro y frío, y deseo llevarme a la Selva eso que tiene una punta como de espina.

—¡Mira a tus pies! ¿Qué hay junto a ellos?

Mowgli tomó algo blanco y liso.

—Es el cráneo de un hombre —dijo en voz baja—. Y aquí hay dos más.

—Vinieron para llevarse el tesoro hace muchos años. Yo les hablé en medio de la obscuridad, y se quedaron inmóviles para siempre.

—Pero ¿para qué necesito yo eso que se llama tesoro? Si me quieres dar el ankus para llevármelo, ya habré cazado todo lo que deseo. Si no, me es igual. Yo no lucho contra los del Pueblo Venenoso, y además ya me enseñaron la palabra mágica para los de tu tribu.

—¡Aquí no hay más palabra mágica que una y ésta es la mía!

Kaa se lanzó hacia delante con los ojos echando llamas.

—¿Quién me invitó a traer al hombre a este lugar? —preguntó silbando.

—Yo, no hay duda —balbuceó la vieja culebra—. Hace mucho tiempo que no he visto al hombre, y, además, éste conoce nuestro lenguaje.

—Pero no se habló de matar. ¿Cómo puedo yo ahora volver a la Selva diciendo que lo he traído aquí a morir? —replicó Kaa.

—Yo no hablo de matar hasta que llega la hora. Y respecto a irte o no irte tú, ahí está el agujero en la pared. Déjame en paz, matadora de monos. No tengo que hacer más que tocarte en el cuello, y la Selva no volverá a tener noticias tuyas. Jamás entró aquí hombre alguno que saliera con vida. Yo soy la guardiana del tesoro perteneciente a la ciudad del Rey.

—Pero si te digo, gusano de estas tinieblas, que ya no hay Rey ni ciudad. ¡La Selva es la que reina alrededor nuestro!

—Aún existe el tesoro. Más verás lo que podemos hacer: espera un poco, Kaa de las Peñas, y mira cómo corre el hombrecito. Aquí hay espacio suficiente para entregarnos a ese juego. La vida es algo bueno. ¡Corre de un lado a otro, y juguemos, jovencito!

Mowgli puso, calmadamente, la mano sobre la cabeza de Kaa.

—Esa cosa blanca no ha tratado hasta ahora más que con hombres de los que forman parte de la manada humana. A mí no me conoce —murmuró—. Ella misma ha pedido esa clase de juego; démoselo.

Mowgli había estado todo ese tiempo de pie, sosteniendo el ankus con la punta hacia abajo. Lo arrojó lejos de sí, con gran rapidez, y cayó atravesando la parte de atrás de la cabeza de la gran serpiente, clavando a ésta en el suelo. Como una exhalación Kaa lanzó todo su peso sobre aquel cuerpo que se retorció, inmovilizándolo hasta la cola. Los colorados ojos de su presa parecían de fuego.

—¡Mata! —urgió Kaa en el instante en que Mowgli sacaba el cuchillo.

—No —contestó él al sacarlo—; nunca más mataré a menos que sea para conseguir comida. ¡Pero, mira, Kaa!

Tomó a la serpiente enemiga por detrás de la cabeza, le abrió violentamente la boca con la hoja de acero, y mostró los terribles colmillos venenosos de la mandíbula superior, ya negros y consumidos en la encía. La culebra blanca había sobrevivido a su veneno, como les ocurre a las serpientes.

—Thuu (está seco) —dijo Mowgli; y, haciendo señas a Kaa para que se alejara, recogió el ankus, dejando a la culebra en libertad—. El tesoro del Rey necesita un nuevo guardián —afirmó con gravedad—. Thuu, has hecho mal. ¡Corre de un lado a otro y juguemos, Thuu! (Literalmente Thuu significa tocón podrido.)

—¡Qué vergüenza para mí! ¡Mátame! —silbó la culebra blanca.

—Demasiado hemos hablado ya aquí de matar. Ahora nos iremos. Me llevo esa cosa de punta de espina, Thuu, porque con ella he peleado y te he vencido.

—Cuida, pues, de que esa cosa no te mate, al fin, a ti; ¡es la Muerte! ¡Acuérdate de lo que te digo: es la Muerte! Hay en ella lo suficiente para quitar la vida a todos los hombres de mi ciudad. No estará mucho tiempo en tu poder, hombre de la Selva, ni tampoco en el del que de ti lo tome.

“¡Por ello se matarán sin cesar unos a otros! Mi fuerza se ha consumido: pero el ankus continuará mi tarea. ¡Es la Muerte!... ¡La Muerte!... ¡La Muerte!...”

Salieron los vencedores a la luz del día, contentos de estar nuevamente al aire libre. El ankus brillaba bajo la luz matinal.

—Esto brilla aun más que los ojos de Bagheera —dijo Mowgli—. Se lo mostraré, pero ¿qué es lo que quiso dar a entender Thuu cuando habló de la Muerte?

—Lo ignoro. Lo que siento es que no le hicieras probar tu cuchillo. Pero ahora tengo hambre. ¿Cazas conmigo esta mañana? —preguntó.

—No; Bagheera tiene ver esto. “¡Buena Suerte!”

Mowgli se fue bailando, moviendo de un lado a otro el gran ankus y parándose, de vez en cuando, para admirarlo, hasta que encontró a Bagheera bebiendo, después de fatigosa caza. Mowgli le contó todas sus aventuras, de principio a fin, y a ratos olfateaba Bagheera el ankus. Al llegar Mowgli a las últimas palabras de la culebra blanca, la pantera lanzó un susurro especial de aprobación.

—Bueno ¿y entonces?, ¿dijo la culebra blanca lo que era realmente? —preguntó Mowgli, en seguida.

—Nací en las jaulas del Rey de Oodeypore, y tengo la seguridad de conocer un poco a los hombres. Muchísimos de ellos matarían a tres de sus semejantes en una sola noche solo por tener esa gran piedra roja.

—Pero esa piedra no hace otra cosa que añadir peso. Mi brillante cuchillo, aunque pequeño, es mejor; y además... la piedra roja no sirve para comer. Por lo tanto, ¿para qué esas muertes que dices?

—Mowgli, anda a dormir. Has vivido entre los hombres y...

—Ya me acuerdo. Los hombres matan sin ir de caza..., matan por ociosidad y por gusto. ¿Con qué utilidad hicieron esa cosa con punta de espina?

—La hicieron los hombres para meterla en la cabeza de los hijos de Hathi, de manera que la sangre corriera. Yo he visto una semejante en la calle de Oodeypore, delante de nuestras jaulas. Esto es algo que ha probado la sangre de muchos como Hathi.

—Pero ¿para qué se la meten en la cabeza a los elefantes?

—Para enseñarles la Ley del Hombre, como no tienen ni garras ni dientes, los hombres fabrican esas cosas... y aun otras peores.

—Siempre sangre y más sangre, si me acerco a investigar, aun en aquello que hizo la manada humana —dijo Mowgli con ademán de asco, y comenzando a sentirse algo cansado de sostener el peso del ankus—. Si hubiera sabido eso no me lo llevo. No quiero usar más esto. ¡Mira!

Voló el ankus por los aires, lanzando chispazos de luz, y se clavó de punta a más de veinticinco metros de distancia, entre los troncos de los árboles.

—Así quedan mis manos limpias de toda muerte —aseguró Mowgli—. Thuu afirmó que la Muerte seguiría mis pasos. Es vieja, y blanca, y está loca.

—Sea blanca o negra, trátese de muerte o de vida, lo que es yo me voy a dormir, Hermanito.

Mowgli se encaramó a un árbol y durmió hasta la hora del crepúsculo. Cuando se despertó, se acordó de las hermosas piedrecillas que había tirado.

—Volveré por lo menos una vez más a contemplar eso —dijo, y se deslizó por una enredadera hasta tocar el suelo.

Ante él estaba Bagheera. Mowgli podía oírla olfatear en medio de la relativa obscuridad que reinaba.

—¿Dónde está aquello que tiene punta de espina? —gritó Mowgli.

—Se lo ha llevado un hombre. Ahí está el rastro.

—Ahora veremos si Thuu dijo la verdad. Si esa cosa es la Muerte, ese hombre morirá. Sigámoslo.

—No hay más que un mismo pie (quería decir que no había más que un solo hombre) —dijo Bagheera.

—Ahora corre muy rápido —indicó Mowgli, mientras trotaban rápidamente.

Siguieron por una tierra húmeda.

—Y ahora ¿por qué dobla hacia un lado?

—¡Espera! —dijo Bagheera—. Ahí hay una huella seguida de otra. Es de un pie más pequeño, y las marcas de los dedos están vueltas hacia dentro.

—Es el pie de un cazador gondo —exclamó Mowgli—. ¡Mira! Aquí ha arrastrado el arco por encima de la hierba. Por esto la primera huella doblaba hacia un lado tan rápidamente. Pie Grande quería esconderse, viéndose perseguido por Pie Pequeño.

—Es verdad —asintió Bagheera—. Ahora vamos a seguir cada uno la suya. Yo soy Pie Grande, Hermanito, tú eres Pie Pequeño, el gondo.

Ahora —continuó Bagheera, siguiendo paso a paso la hilera de huellas— yo, Pie Grande, doblo aquí hacia un lado. En seguida me escondo detrás de una roca y me quedo quieto. Dí tú cómo es tu huella, Hermanito.

—Ahora yo, Pie Pequeño, llego a la roca —dijo a su vez Mowgli, siguiendo la pista—. Me siento debajo de ella. Espero largo rato, porque mis huellas son aquí profundas.

—A mí me ocurre lo mismo —observó Bagheera—. Espero, descansando sobre la roca el extremo del objeto que llevo.

—Una..., dos ramitas... y una rama grande... se ven aquí rotas —fue diciendo Mowgli en voz baja—. ¿Y cómo explicaré ahora esto? ¡Ah! Ya lo veo claro. Yo, Pie Pequeño, me voy, haciendo ruido y pisando fuerte, a fin de que Pie Grande pueda oírme. Me voy... muy lejos, al lugar... donde... el ruido... del agua que... cae... apaga... mi propio... ruido... y... aquí... espero. ¡Dí tú, ahora, tu pista, Bagheera, Pie Grande!

—Abandono el amparo de la roca, caminando en cuatro patas y arrastrando el objeto que tiene punta de espina, y, no viendo nada, me pongo a correr. Yo, Pie Grande, corro velozmente. La huella está aquí claro. Sigamos cada uno la suya. ¡Voy corriendo! ¿Dónde estás, Pie Pequeño? —gritó Bagheera.

La voz de Mowgli le contestó a unos cuarenta metros de distancia a la derecha.

—¡Huy! —exclamó la pantera, tosiendo—. Ambos corren, uno al lado del otro, y acercándose.

Continuó la carrera durante un rato, hasta que Mowgli gritó:

—Ya se han encontrado. ¡Buena ha sido la caza!... ¡Mira! Aquí se paró Pie Pequeño, con la rodilla puesta sobre una roca..., y más allá está, realmente, Pie Grande.

Frente a ellos, a menos de nueve metros, tendido sobre un

montón de rocas, se veía el cuerpo de un aldeano de la comarca, con la espalda y el pecho atravesados por un largo dardo de plumas muy cortas, como las que usan los gondos.

—¿Merecía Thuu que se le calificara de vieja y de loca, Hermanito? —preguntó Bagheera muy suavemente—. Al menos ya hemos encontrado un muerto.

—Sigue adelante. Pero ¿dónde está la espina que tiene un ojo colorado?

—Pie Pequeño la tiene... tal vez. De nuevo no se observa ya más que un solo pie.

El rastro de un hombre muy ligero, que había estado corriendo a gran velocidad, continuaba alrededor de una larga y baja tira de hierba seca, que ofrecía la forma de una espuela.

—¡Otra vez! —exclamó Bagheera deteniéndose, de pronto, como petrificada.

El cuerpo de un gondo, pequeño y delgado, yacía allí, y al verlo, levantó los ojos Bagheera hacia Mowgli, como interrogándolo.

—La muerte ha sido causada con un bambú —explicó el jovencito después de mirar un poco—. La madre de las culebras conocía a fondo la raza, como debía haberla conocido yo. ¿No dije yo mismo que los hombres mataban por culpa de la ociosidad?

—Hay cuatro huellas de pies calzados. Pero ¿qué daño les había hecho este hombrecito de las selvas? Mira: los cinco habían estado conversando juntos antes de que lo mataran.

—No han ido muy lejos esos ocho pies calzados —observó la pantera—. ¡Sigamos!

La luz del día era ya clara y el sol calentaba, cuando Bagheera dijo:

—Siento olor a humo.

—Siempre están los hombres más dispuestos a comer que a correr —contestó Mowgli—. Aquí hay uno que no comerá ya más

—manifestó. Bajo un arbusto se veía un montón de ropas de vivos colores, y alrededor alguna harina esparcida.

—Este es el tercero —dijo Bagheera—. ¡Sigue adelante!

No habían andado un cuarto de legua cuando oyeron a Ko, el cuervo, cantando la Canción de la Muerte en la punta de un arbusto, a cuya sombra yacían los cadáveres de tres hombres. En el centro del círculo humeaba un fuego semiapagado, sobre el cual había un plato de hierro que contenía una torta negra y quemada, hecha de pan sin levadura. Junto al fuego y brillando estaba el ankus de los rubies y turquesas.

—Trabaja eso muy rápido: todo termina aquí —exclamó Bagheera—. Y éstos ¿cómo murieron, Mowgli? En ninguno de ellos se ve señal que lo indique.

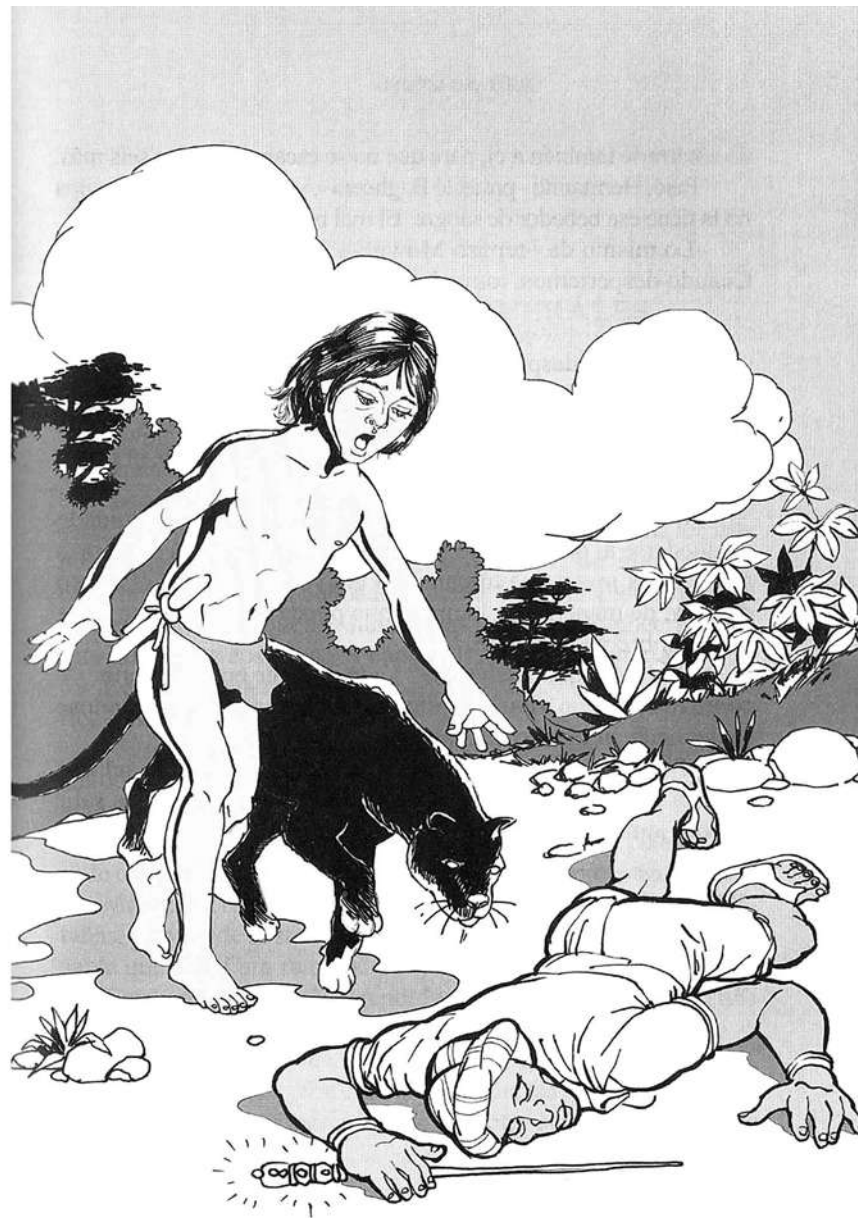
Mowgli olió el humo que se elevaba del fuego, partió un pedazo de pan, lo probó y lo escupió en seguida.

—La Manzana de la Muerte —contestó—. El primero debió de mezclarla en la comida para éstos, que lo mataron a él, después de haber matado al gondo.

La Manzana de la Muerte es lo que en la Selva se llama manzana espinosa o datura, el veneno más activo que existe en toda la India.

—¿Y ahora? —preguntó la pantera—. ¿Qué haremos? ¿Matarnos uno a otro por ese asesino colorado que está ahí en el suelo?

—¿Puede hablar? —interrogó a su vez Mowgli en voz tan baja que parecía un leve susurro—. ¿Le ofendí al tirarle? A nosotros dos no puede ya causarnos daño, porque no deseamos lo que desean los hombres. Si lo dejamos aquí, de seguro que seguirá matándolos uno tras otro; no siento yo cariño por los hombres, pero aun así no quisiera ver muy a menudo eso de que mueran seis en una noche. La culpa la tuve yo. Nunca más traeré a la Selva cosas extrañas..., aunque fueran tan hermosas como las flores. Esto va a volver a donde está la madre de las culebras. Pero antes tenemos que dormir, y no podemos hacerlo junto a durmientes como éstos. Además hemos



de enterrarle también a él, para que no se escape y mate a seis más.

—Pero, Hermanito—protestó Bagheera—, yo te aseguro que la culpa no la tiene ese bebedor de sangre. El mal proviene de los hombres.

—Lo mismo da—repuso Mowgli—. Haz el hoyo bien hondo. Cuando despertemos, tomaré eso e iré a devolverlo.

* * *

Dos noches después, mientras la culebra blanca estaba entre la oscuridad de la caverna, desolada, solitaria, llena de vergüenza por haber sido robada, el ankus pasó, dando vueltas, por el agujero que había en la pared, y cayó fuertemente sobre el suelo, cubierto de monedas de oro.

—Madre de las culebras—dijo Mowgli, que tuvo buen cuidado de quedarse al otro lado de la pared—, busca entre los de tu raza alguna más joven que tú para que te ayude a guardar el tesoro del Rey, de manera que lo único que pueda ocurrir es que salga otro hombre vivo de aquí.

—¡Ah! ¿Así que vuelve eso? Ya te dije que era la Muerte. ¿Y cómo tú estás aún vivo?—replicó la culebra vieja, enroscándose suavemente al mango del ankus.

—¡Por el toro que me rescató! ¡Te aseguro que no lo sé! Esa cosa ha matado seis veces en una sola noche. No la dejes salir de aquí jamás.

CORRETEOS PRIMAVERALES

Habían pasado dos años ya de la gran lucha contra los perros jaros y de la muerte de Akela, y Mowgli tenía diecisiete años. Representaba un poco más de edad, porque el rudo ejercicio, los buenos alimentos y los baños le habían dado fuerzas y desarrollo superiores a su edad. El Pueblo de la Selva, que antes solía temerle por su ingenio, le temía ahora por su fuerza. Y, sin embargo, sus ojos miraban siempre bondadosamente. Hasta en plena lucha no despedían nunca aquellas llamaradas de los de Bagheera, y era esto una de las cosas que la pantera no llegaba a entender.

Le hizo alguna pregunta acerca de ello, y el hombrecito se rió, contestando:

—Si fallo en el tiro me incomodo; cuando paso un par de días sin comer, me enfurezco, ¿No se me ve, entonces, en los ojos el mal humor?

—Tu boca puede sentir hambre—repuso Bagheera—, pero tus ojos no lo revelan. Cazando, comiendo o nadando, siempre están iguales...

Mowgli la miró con aire perezoso a través de sus largas pestañas, y como de costumbre, bajó la pantera la cabeza; Bagheera sabía que aquél era su amo.

Estaban los dos solos, tendidos cerca de la cumbre de una colina que dominaba al río Waingunga, y la niebla matutina se veía allá abajo, a sus pies, colgando en harapos blancos y verdes. La fría temporada llegaba entonces a su fin; las hojas y los árboles parecían gastados y marchitos, y, al soplar el viento, se oían un

rumor seco y un tictac por todas partes. Una hojita comenzó a golpear furiosamente contra una rama como suele hacerlo toda hoja agitada por una corriente de aire.

—El año va a cambiar —anunció Bagheera—. La Selva adelanta. La época del Nuevo Lenguaje se acerca. Esa hojita lo sabe. ¡Buenísimo!

Mowgli se sentó con los codos apoyados sobre las rodillas, mirando a través del valle, a lo lejos, la luz del día. En un rincón de los bosques, un pájaro ensayaba con voz entre ronca y aflautada las primeras notas de su canción primaveral.

—Dije que la época del Nuevo Lenguaje está cerca —gruñó la pantera.

—Ya lo sé —contestó Mowgli—. Pero, Bagheera, ¿por qué te tiembla todo el cuerpo? El sol quema.

—Este es Ferao, el pájaro carpintero de color rojo —dijo Bagheera—. Lo que es él, no ha olvidado nada. Ahora también a mí me toca probar si me acuerdo de mi canción.

Al decirlo comenzó a producir un susurro como de gato y a berrear, escuchándose a sí misma, una y otra vez, con aire poco satisfecho.

—No hay ninguna pieza de caza a la vista —expresó Mowgli.

—Pero, Hermanito, ¿estás completamente sordo? Esto no es un grito de caza, sino mi canción, que estoy ensayando para cuando la necesite.

—Se me había olvidado. Yo sabré cuándo llega la época del Lenguaje Nuevo porque entonces tú y los otros me abandonarán todos y se escapan. —Mowgli dijo esto con visible mal humor.

—Pero no siempre, Hermanito —repuso Bagheera—. La verdad es que no siempre...

—No sé... ni me interesa entrar en averiguaciones —replicó Mowgli soñoliento—. Durmamos, Bagheera. ¡Siento una cosa en el pecho! Déjame reclinar la cabeza contra tu cuerpo.

La pantera se echó de nuevo, dando un suspiro, porque oía

a Ferao ensayando una y otra vez su canción para la época de primavera, o del Lenguaje Nuevo, como ellos dicen.

En las selvas indias, las temporadas se deslizan pasando de una a otra casi sin que se note separación entre ellas. No parece haber más que dos: la húmeda y la seca; pero mirando atentamente, notarán que las cuatro van sucediéndose según el ciclo acostumbrado. La primavera es la más admirable, porque no tiene que cubrir de hojas nuevas y de flores un campo limpio y desnudo, sino llevarse y arrinconar los montones de cosas medio verdes que sobreviven y cuelgan aún, respetadas por el suave invierno, y hacer, de paso, que la tierra envejecida vuelva a sentirse nueva y joven una vez más. Hasta aquel año Mowgli había disfrutado siempre con el cambio de las temporadas. Él era, generalmente, el que antes que nadie veía el primer ojo de primavera escondido entre la hierba, y la primera aglomeración de nubes primaverales, que son comunes en la Selva. Su voz podía oírse en todas partes, en los lugares húmedos, donde hubiera algo que floreciera, uniéndose al coro de ranas, o imitando a los búhos pequeños que graznan, haciendo las cosas al revés, durante las noches claras. Pero en aquella ocasión, tal como Mowgli le dijo a Bagheera, "su pecho" había cambiado. Desde que los retoños del bambú habían adquirido un color moreno, lleno de manchas, que él estaba esperando que llegara la mañana en que cambiaran todos los olores. Pero cuando esa mañana llegó, y Mor, el pavo real, lanzó su agudo grito desde los bosques, y Mowgli abrió la boca para contestar con otro suyo, las palabras se le quedaron entre los dientes, y experimentó una sensación que empezó en los dedos de los pies y terminó en el cabello..., una sensación de malestar, de tan hondo aplanamiento, que se examinó cuidadosamente para asegurarse de que no había pisado ninguna espina. En las ramas cubiertas de retoños, situadas sobre la cabeza de Mowgli, hubo chillidos y fugas de Bandar-log mientras él se quedaba allí de pie, lleno del deseo de contestar a Mor, y no haciendo más que decir dolorosamente que lo inundaba un sentimiento de infelicidad.

“He comido buenos alimentos –dijo Mowgli para sí–, y he bebido buena agua. No arde mi garganta ni parece cerrarse, como cuando mordí la raíz de manchas azuladas que Oo, la tortuga, me dijo que era alimento sano. Pero siento el pecho apretado, y he hablado con violencia a Bagheera y a otros, a los de la Selva, en general, y a los míos. Por otra parte, tengo calor, frío, o bien ni calor ni frío, pero mal humor contra algo que no logro ver. ¡Huhu! ¡Es hora de correr! Esta noche atravesaré los terrenos de pastos, sí, emprenderé mi correría primaveral a los Marjales del Norte. Hace demasiado tiempo que cazo con harta comodidad. Los cuatro vendrán conmigo, porque se están poniendo gordos como larvas de insectos”.

Los llamó entonces, pero ninguno de los cuatro le contestó. Estaban donde no podían oírlo, cantando las canciones de primavera con los lobos de la manada.

En aquel momento descendían corriendo por uno de los senderos dos lobos jóvenes pertenecientes a la manada, buscando un campo abierto para luchar. Tenían los pelos del cuello erizados, como si fueran alambres, y gruñían furiosamente, acercándose agachados unos a otros, prontos al ataque. Mowgli dio un salto hacia delante y tomó con cada mano uno de los estirados cuellos, creyendo poder lanzar hacia atrás a ambos animales, como lo había hecho muy a menudo en juegos o cacerías de la manada. Pero nunca había tenido que intervenir en ninguna de las luchas de primavera. Ambos saltaron hacia delante y lo apartaron derribándolo, después de lo cual, y sin perder tiempo en explicaciones, se agarraron, y así fueron rodando y rodando.

Casi antes de llegar al suelo Mowgli ya estaba de pie, con el cuchillo listo, mostrando los dientes, y deseando en aquel momento matarlos a uno y otro, nada más que por luchar cuando él quería que estuvieran quietos, aunque, según la Ley, todo lobo tiene el indiscutible derecho de pelearse. Dio vueltas alrededor de los dos, con los hombros encogidos, la mano temblorosa, preparándose para atacar-

los a cuchillazos cuando hubiera pasado la primera furia del ataque; pero, esperando, sus fuerzas parecieron abandonarle, la punta del cuchillo fue bajándose, y terminó por guardarlo y quedarse mirando.

“No hay duda de que he comido algo venenoso –se dijo al fin, suspirando–. Desde que interrumpí el Consejo de la Flor Roja..., desde que maté a Shere Khan..., ni uno solo de los de la manada era capaz de echarme al suelo. ¡Y éstos no son más que los últimos de la manada... cazadores sin importancia! He perdido la fuerza, y no tardaré en morirme. ¡Ah! ¿Por qué, Mowgli, no los matas a los dos?”

Cazó temprano aquella noche y no comió más que un poco, para así estar listo para comenzar su correría primaveral. Olvidándose de lo desdichado que le parecía ser, Mowgli cantaba en voz alta con la más pura alegría al emprender su carrera. Tenía ésta, más bien, algo de vuelo, porque había escogido como punto de partida la larga y rápida pendiente que conduce a los Marjales del Norte, atravesando por el corazón de la Selva, donde el terreno, verdaderamente elástico, por la hierba, amortiguaba el ruido de sus pasos. Cuando estaba cansado de caminar por el suelo levantaba las manos al aire, colgándose como un mono de algunas de las enredaderas más cercanas, y parecía flotar, más bien que encaramarse, llegando hasta las más delgadas ramas de los árboles, desde donde seguía alguno de los caminos tupidos de árboles, hasta que cambiaba de idea y se lanzaba al suelo otra vez, dando una larga curva.

Así fue corriendo, unas veces gritando, otras cantando, sintiéndose ahora el más feliz de todos los seres que allí viven, hasta que, al fin, el olor de las flores le indicó que estaba cerca de los pantanos y éstos estaban mucho más lejos de su acostumbrado cazadero. Corrió hacia el centro del charco, asustando a los patos al pasar, y se sentó sobre un tronco cubierto de musgo y caído sobre el agua negra. Todos los habitantes del pantano estaban despiertos alrededor suyo, pero ninguno de ellos hizo el menor caso de Mowgli. Toda su infelicidad parecía haberla dejado atrás, en la Selva; pero comenzaba,

precisamente, a entonar una de sus canciones a grito pelado cuando volvió a apoderarse de él..., y diez veces peor que antes.

Fue entonces cuando Mowgli sintió miedo.

“¡También está aquí! —se dijo casi en alta voz—. ¡Me ha seguido! —Y miró por encima del hombro para ver si aquello estaba realmente allí, a su espalda—. No hay nadie —añadió.

”De seguro que estoy envenenado —continuó con voz que reflejaba el terror que sentía—. Habré tragado algún veneno sin darme cuenta, y he perdido las fuerzas. Sentí miedo. Mowgli tuvo miedo cuando los dos lobos se peleaban. Esto es señal indudable de que he tragado algún veneno... Pero ¿qué les importa a los de la Selva? Cantan, aúllan, luchan unos con otros y corren en cuadrillas a la luz de la luna, mientras yo..., ¡Hai-mai!..., yo me estoy muriendo aquí, en los pantanos, víctima de ese veneno que he tragado. Y luego, me encontrarán echado sobre esa agua negra. No, volveré a mi Selva y moriré sobre la Peña del Consejo, y Bagheera, a quien quiero..., tal vez vigilará algún rato lo que quede de mí, para que Chil no haga conmigo lo que hizo con Akela aquella noche en que yo salvé a la manada de los perros jaros. Akela me dijo infinitas tonterías antes de morir. Dijo..., pero no importa; a pesar de todo, yo pertenezco a la Selva”.

En medio de la excitación que sentía al recordar la lucha en las orillas del Waingunga, Mowgli pronunció las últimas palabras gritando, y la hembra de un búfalo salvaje que estaba entre las cañas se levantó del suelo, y dijo dando un bufido:

—¡Un hombre!

—¡Uh! —contestó Mysa, el búfalo—, eso no es un hombre. No es más que el lobo pelón de la manada de Seeonee. En noches como ésta anda corriendo de un lado a otro. ¡Mowgli! ¿Hay algún peligro? —mugió entonces Mysa.

—¡Mowgli! ¿Hay algún peligro? —repitió el hombrecito burlándose—. ¡Eso es lo único que piensa Mysa: si hay algún

peligro! Pero de Mowgli, que va por la noche de un lado a otro vigilando, ¿qué le importa? —Y dirigiéndose al búfalo—: ¿Qué manada de hombres hay por aquí cerca de los pantanos, Mysa? Yo no conozco esta parte de la Selva.

—Vete hacia el norte, pues —dijo fuerte y molesto el búfalo.

Saltó sobre la tierra movediza y se puso a correr.

“No he perdido aún toda la fuerza —se dijo—. Allá lejos hay una estrella, muy baja”. Al decirlo, la miró por el hueco que quedaba entre sus manos casi cerradas.

—¡Por el toro que me rescató! ¡Es la Flor Roja..., la Flor Roja junto a la cual me senté yo antes..., antes de ir a unirme a la primera manada de Seeonee. Ahora que la he visto daré por acabados mis correteos.

Olvidándose de que ya no estaba en su Selva, donde podía hacer lo que se le antojara, comenzó a correr descuidadamente por la hierba, húmeda de rocío, hasta que llegó a la choza donde ardía la luz. Tres o cuatro perros avisaron su llegada ladrando, ya que estaban ahora en los alrededores de una aldea.

Se abrió la puerta de una choza y apareció una mujer que miró hacia la oscuridad de afuera. Lloró un niño, y la mujer dijo por encima del hombro:

—Duerme. No era más que un chacal que despertó a los perros. Pronto se hará de día.

Mowgli, oculto en la hierba, comenzó a temblar como atacado de fiebre. Conocía perfectamente aquella voz, pero, para estar más seguro, gritó suavemente, se sorprendido él mismo de la facilidad con que todavía podía usar el lenguaje de los hombres.

—¡Messua! ¡Messua!

—¿Quién llama? —preguntó la mujer con voz temblorosa.

—¿Me has olvidado ya? —exclamó Mowgli, que al hablar sentía del todo seca la garganta.

—Sí eres tú realmente, ¿cuál es el nombre que te dí? ¡Dime!

—¡Nathoo! ¡Nathoo! —le contestó Mowgli.

—Ven, hijo mío —gritó ella, y Mowgli, adelantándose hacia la luz, miró cara a cara a Messua, la mujer que tan bondadosa había sido con él y cuya vida salvó el hombrecito, en pago, hace mucho tiempo atrás. Le pareció más vieja, con el cabello gris, pero ni sus ojos ni su voz habían cambiado. Como mujer que era, esperaba ver a Mowgli tal como cuando lo dejó, y su mirada vagaba perpleja desde se pecho a se cabeza, que llegaba hasta la parte superior de la puerta.

—¡Hijo mío! —balbuceó; y luego, echándose a sus pies, siguió diciendo—: Pero ya no eres ahora mi hijo, sino un pequeño dios de los bosques, ¡ay!

De pie como estaba; alumbrado por la roja luz de la lámpara de aceite; fornido, alto, hermoso; con el largo cabello negro cayéndole sobre los hombros; con el cuchillo colgando de su cuello; la cabeza coronada de blancos jazmines, fácilmente podía confundirse con alguno de los dioses que aparecen en las leyendas de la Selva.

—¿Quieres comer o beber algo? —preguntó Messua—. Todo esto es tuyo. Nosotros te debemos la vida. Pero ¿realmente eres tú aquel a quien yo llamé Nathoo, o más bien eres un pequeño dios?

—Soy Nathoo —contestó Mowgli—. He ido a parar muy lejos de mis propios lugares. Vi esta luz y vine. No sabía que estabas aquí.

—Después de haber venido a Khanhiwara —dijo Messua tímidamente—, los ingleses se prestaron a ayudarnos para ir contra aquella gente que nos quería quemar. ¿Te acuerdas?

—¡Ya lo creo! No lo he olvidado.

—Pero cuando la ley inglesa lo tuvo todo preparado, fuimos a la aldea de aquella gente tan mala y nos dimos cuenta de que ya no existía.

—También de eso me acuerdo —señaló Mowgli, acompañando las palabras estremeciendo las cavidades de su nariz.

—Mi hombre se puso entonces a trabajar en los campos al servicio de otro, y al fin tuvimos alguna porción de tierra propia. No es tan buena como la de la otra aldea, pero no necesitamos mucho... los dos.

—¿Dónde está el..., el hombre que escarbaba en la tierra cuando tenía miedo... aquella noche?

—Está muerto..., hace un año.

—¿Y éste? —preguntó Mowgli señalando al niño.

—Es mi hijo, que nació hace dos lluvias. Si tú eres un dios, haz que la Selva lo proteja, que no le ocurra nunca nada entre tu..., entre tu gente, del mismo modo que nos protegiste aquella noche.

Levantó en brazos al niño, que, olvidándose ya del pasado miedo, se abalanzó al cuchillo que colgaba del cuello de Mowgli y se puso a jugar con la hoja, por lo que éste le apartó los deditos con gran cuidado.

—Y si tú eres Nathoo, el que el tigre se llevó —siguió diciendo Messua—, entonces él es tu hermanito. Dale tu bendición como hermano mayor.

—¡Hai-mai! ¿Y qué sé yo de eso que se llama bendición? Yo no soy ni un dios ni tampoco su hermano, y..., ¡oh, madre, madre!, tengo el corazón oprimido...

—¡Claro está! —replicó Messua, muy atareada con sus vasijas—. Eso es por haber corrido por los pantanos de noche. No hay duda de que las fieras se han apoderado de ti hasta los huesos.

Mowgli se sonrió ante la idea de que hubiera algo en la Selva que pudiera hacerle daño.

—Voy a encender fuego y beberás leche caliente. Quitate la corona de jazmines, el olor es demasiado fuerte para un espacio tan pequeño como éste.

—Hijo —exclamó al fin, y al decirlo sus ojos brillaban de orgullo—, ¿Nadie te ha dicho que eres hermoso, más hermoso que todos los hombres?"

—¿Eh? —contestó Mowgli, porque, naturalmente, nunca había oído semejante cosa.

Messua se rió cariñosamente y con aire de felicidad. La expresión que reflejaba el rostro de Mowgli le bastaba.

—¿Yo soy la primera, entonces? Es justo, aunque pocas veces ocurra, que una madre diga estas cosas agradables a su hijo. Eres hermoso. Nunca he visto un hombre que lo fuera tanto.

Mowgli no entendía ni una palabra de todo esto, y como, por otra parte, la leche comenzaba a producirle efecto después de tanta agitación, se acomodó para dormir, y al cabo de un minuto se quedó profundamente dormido, durante el resto de la noche y todo el día siguiente. Al despertar Messua le dio la comida de la tarde. La puerta de la choza estaba cerrada, pero Mowgli oyó un ruido que conocía perfectamente, y vio cómo el rostro de Messua se desencajaba horrorizado, al notar que una enorme pata pasaba por debajo de la puerta.

—¡Quédate ahí y espera! Cuando llamé no quiso venir... —observó Mowgli, en el lenguaje de la Selva, sin volver la cabeza, y entonces desapareció la gran pata gris.

—No..., no traigas contigo a tus..., a tus servidores —suplicó Messua—. Yo..., nosotros..., hemos vivido siempre en paz con los de la Selva.

—Viene en son de paz —contestó Mowgli levantándose—. Acuérdate de aquella noche que pasaste en el camino de Khanhiwara. Alrededor tuyo había docenas como éste. Pero veo que hasta en la época de la primavera el Pueblo de la Selva nunca olvida. Mamá, me voy.

Messua se apartó humildemente (“no hay duda —pensó— de que es un dios de la Selva”); pero al poner Mowgli la mano sobre la puerta, los sentimientos de madre de la pobre mujer fueron más fuertes y le tiró los brazos al cuello, abrazándolo una y otra vez.

—¡Vuelve! —murmuró—. Seas o no mi hijo, vuelve, porque te quiero... Mira, hasta él siente que te vayas —añadió señalando al niño.

Éste lloraba porque veía que el hombre que llevaba aquel cuchillo brillante se iba.

Mowgli sentía como si todos los nervios le tiraran de la garganta, y su voz pareció salir de ella como arrancada con dificultad, al contestar:

—Con seguridad que volveré. Y ahora —añadió, dirigiéndose al lobo—, tengo una queja que darte, Hermano Gris. ¿Por qué no acudieron los cuatro juntos cuando los llamé hace tanto tiempo?

—¿Tanto tiempo? Si no fue más que ayer en la noche. Yo..., nosotros..., estábamos cantando en la Selva las nuevas canciones, porque ésta es la época del Lenguaje Nuevo. ¿Te acuerdas?

—Es verdad, es verdad.

—Y en cuando terminamos de cantar —continuó el Hermano Gris—, yo me fui tras de tu rastro. Me adelanté a todos los demás y seguí sin parar un momento. Pero, Hermanito, ¿qué has hecho viniéndote a comer y a dormir con la manada de los hombres?

—Si hubieras venido cuando te llamé, no habría ocurrido esto —expresó Mowgli, corriendo mucho más rápido.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó el Hermano Gris.

Mowgli iba a contestar, cuando una joven vestida de blanco comenzó a descender por un camino que venía desde un extremo de la aldea. El Hermano Gris desapareció inmediatamente, y Mowgli retrocedió, sin producir el menor ruido, hasta llegar a unos altos sembrados. Hubiera podido casi tocar a la jovencita con solo alargar la mano, cuando los tibios y verdes tallos se juntaron frente al rostro de él y le hicieron desaparecer como a un fantasma. La joven chilló, porque creyó haber visto un duende, y después dio un suspiro. Mowgli separó los tallos con las manos, y se quedó mirándola hasta que estuvo fuera del alcance de su vista.

—Y ahora no sé... —dijo suspirando a su vez—. Pero ¿por qué no viniste cuando te llamé?

—Nosotros te seguimos..., te seguimos siempre —insistió el Hermano Gris—, excepto en la época del Lenguaje Nuevo.

—¿Y tú me seguirías hasta la manada de los hombres? —preguntó en voz muy baja Mowgli.

—¿No te seguí aquella noche en que nuestra manada te expulsó?

—Sí; pero ¿volverías a hacerlo?

—¿No te he seguido esta noche?

—Sí, pero una... y otra vez... y quizá alguna más..., Hermano Gris.

Éste se quedó callado. Cuando, por fin, rompió el silencio, fue para decir como hablando consigo mismo:

—La negra estaba en lo cierto.

—¿Y qué es lo que dijo?

—Que, al fin, el hombre vuelve siempre al hombre. Raksha, nuestra madre, dijo...

—También Akela, aquella noche de los perros jaros... —murmuró Mowgli.

—Lo mismo dice Kaa, que sabe más que todos nosotros.

—Y tú, ¿qué opinas, Hermano Gris?

Hablaban ambos mientras iban corriendo. El Hermano Gris galopó aún un rato más sin contestar, y, al fin dijo entre salto y salto:

—Hombre-cachorro... Dueño de la Selva... Hijo de Raksha, hermano mío..., aunque sea algo olvidadizo en primavera, tu rastro es el mío, tu guarida es mi guarida, tu caza es la mía, y donde tú mueras luchando, moriré yo. Hablo también en nombre de los otros tres. Pero, ¿y qué vas a decirle ahora a la Selva?

—Bien pensado. Adelántate y llámalos a todos para que asistan al Consejo de la Peña, y yo les diré entonces lo que aquí en el pecho siento. Pero tal vez no acudirán al llamado... Como estamos en la época del Lenguaje Nuevo, quizá me olvidarán.

—¿Es que tú no te has olvidado alguna vez de algo? —gruñó

el Hermano Gris, volviendo la cabeza mientras corría al galope y Mowgli le seguía pensativo.

Así, cuando Mowgli, con el corazón oprimido, subió por entre las rocas que tan bien conocía, al lugar en que en otro tiempo le presentaron al Consejo, no encontró allí más que a los cuatro, Baloo, que estaba ya casi ciego con los años, y la pesada y fría Kaa, enroscada en el puesto que solía usar Akela.

—¿Termina, pues, aquí tu rastro, hombrecito? —preguntó Kaa cuando Mowgli se arrojó al suelo con el rostro entre las manos—. Lanza tu grito: somos de la misma sangre tú y yo..., el hombre y la serpiente.

—¿Qué necesidad hay de que hablemos? —replicó Baloo muy reposadamente, volviendo la cabeza hacia el lugar en que estaba echado Mowgli—. Akela, allá junto al río, dijo que Mowgli arrastraría a Mowgli nuevamente hacia la manada de los hombres. Yo lo dije también. Pero ¿quién escucha ahora a Baloo? Bagheera..., ¿dónde está Bagheera esta noche? Ella lo sabe igualmente. Es la Ley.

—Cuando nos encontramos en las Moradas Frías, hombrecito, ya lo sabía yo —afirmó Kaa—. Al fin, el hombre siempre vuelve al hombre, aunque la Selva no lo expulse.

Los cuatro se miraron unos a otros y luego a Mowgli, perplejos, pero listos para obedecer.

—¿Entonces la Selva no me expulsa? —balbuceó Mowgli.

Dijo Baloo:

—Yo te enseñé la Ley. A mí me toca hablar ahora. Ranita, sigue tu rastro; haz tu guarida entre los de tu propia sangre, entre los de tu manada; pero cuando necesites comida; o quieras que te ayudemos con los dientes, con los ojos, o llevando rápidamente por la noche alguna orden tuya, acuérdate, Dueño de la Selva, de que ésta está lista para seguir tus órdenes.

—También la Selva media es tuya —aseguró Kaa—. Ten en cuenta que no hablo en nombre de gente sin importancia.

—¡Hai-mai!, hermanos míos —exclamó Mowgli, levantando los brazos al aire y sollozando—. ¡No sé ya lo que deseo! No quisiera irme, pero se me van los pies, contra mi voluntad. ¿Cómo podré renunciar a estas noches nuestras?

—Vamos, levanta los ojos, Hermanito —repuso Baloo—. No hay aquí nada de que avergonzarse. Cuando hemos comido la miel, es natural que abandonemos la colmena vacía.

—Una vez tirada la piel, no solemos ponerla de nuevo —observó Kaa—. Esa es la Ley.

—Escucha. Te quiero sobre todas las cosas —dijo Baloo—; pero no hay palabra ni voluntad alguna que pueda detenerte aquí. ¡Levanta los ojos! ¿Quién se atreve a preguntarle al hombre la razón de lo que haga?

—Pero Bagheera y el toro que me rescató... —declaró Mowgli—. No quisiera...

Sus palabras fueron interrumpidas por un rugido y por el rumor de algo que caía en los matorrales vecinos, y un instante después, rápida, fuerte, terrible como de costumbre, apareció frente a él Bagheera.

—Por esta razón —dijo, estirando una de sus patas que chorrea sangre—, no vine antes. La caza fue larga, pero ahí entre los matorrales queda muerto... Es un toro de dos años..., el toro que te devuelve la libertad, Hermanito. Todas las deudas quedan ya pagadas. Por lo demás, yo no digo otra cosa que lo que Baloo diga.

Le lamió el pie a Mowgli, y luego gritó desapareciendo de un salto:

—Acuérdate de que Bagheera te quería.

Cuando estaba ya a los pies del cerro, volvió a gritar con fuerza:

—“¡Buena Suerte!” en el nuevo camino que sigues, Dueño de la Selva. Acuérdate de que Bagheera te quería.

—Ya lo has oído —dijo Baloo— No hay más: ándate ahora. Pero antes acércate a mí, ven, ranita sabia.

—Siempre es duro cambiar de piel —observó Kaa mientras Mowgli sollozaba largo rato, con la cabeza puesta sobre el lado del oso ciego y con los brazos colgando de su cuello, mientras Baloo intentaba débilmente lamerle los pies.

—Las estrellas se apagan —expresó el Hermano Gris, olfateando el viento del alba—. ¿Dónde dormiremos hoy? Porque desde ahora vamos a seguir nuevos caminos.

* * *

Y aquí termina la última de las narraciones sobre Mowgli.